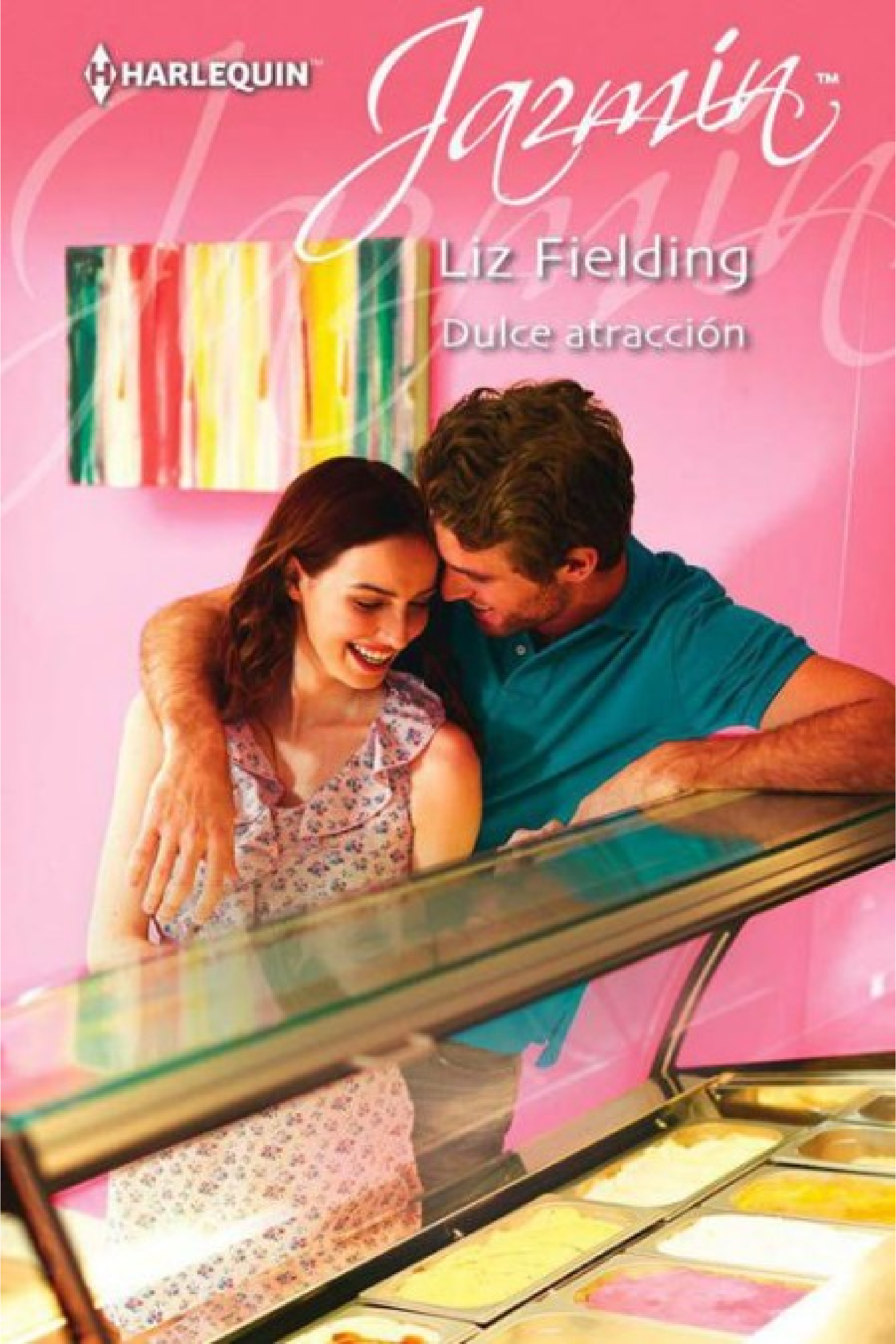

HARLEQUIN
Jazmín
Liz Fielding
Dulce atracción



Liz Fielding

Dulce atracción



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

DULCE ATRACCIÓN, N.º 2521 - Agosto 2013
Título original: Anything but Vanilla...
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3492-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Cuando tienes problemas, lo segundo mejor que te puede pasar es que un amigo te ayude; lo primero, que te ayude un amigo con helado.

Del *Libro de los helados,* de Rosie.

–¿Hola? ¿Hay alguien?

Alexander West ignoró la llamada en la puerta de la tienda. Para algo había puesto el cartel. Knickerbocker Gloria estaba cerrado. Fin de la historia.

Las cuentas eran un desastre. La caja solo contenía clips para papel y había encontrado un montón de facturas por pagar en el fondo de uno de los cajones. Los síntomas clásicos de un pequeño negocio que se iba a pique, mientras Ria hacía oídos sordos a los acreedores.

Lo más probable era que fuera uno de ellos quien llamaba a la puerta. Por eso, aquello no podía esperar.

Alexander se llenó la taza de café e, ignorando el dolor de sus hombros agarrotados, se dispuso a hacer frente al montón de facturas que aguardaban en sus sobres sin abrir.

No servía para nada enfadarse con Ria, pensó. Era él quien tenía la culpa.

Ella le había prometido ser más organizada, no dejar que las cosas se le fueran de las manos. Y él había creído que había aprendido la lección, había querido creerlo. Pero se había equivocado.

Sabía que Ria lo había intentado y había conseguido que todo fuera como debía durante un tiempo. Sin embargo, el más mínimo detalle bastaba para que entrara en depresión. Luego, cuando su ánimo mejoraba, ella solía ignorarlo todo, sobre todo esos molestos sobres con facturas que escondía en el cajón. Lo peligroso era que, si no se atendía bien, un pequeño negocio podía caer en picado de un día para otro.

–¿Ria?

Alexander frunció el ceño. Era la misma voz que había llamado en la puerta, pero parecía sonar dentro de la tienda.

–He venido a por el pedido de Jefferson –dijo la voz de nuevo–. Si estás ocupada, no te molestes. Puedo encontrarlo yo misma.

Alexander se puso en pie y salió del pequeño despacho para asomarse al almacén.

Entonces vio de dónde provenía la voz. Un par de largas piernas y

una corta minifalda que se ajustaba a un trasero perfecto. Era un placer inesperado en un mal día como aquel; por eso él no se apresuró en presentarse y se apoyó en el quicio de la puerta, deleitándose con las vistas mientras la extraña se asomaba al congelador.

Murmurando algo, la mujer rebuscó en el interior, balanceándose sobre un pie y extendiendo el otro. Alexander admiró su esbelto tobillo, la pantorrilla, el terso muslo, un atisbo de encaje de su ropa interior bajo la minifalda.

La combinación de aquellas piernas tan largas, la minifalda roja y la seda color crema de las medias y la ropa interior le recordó a uno de los helados de Ria, un delicioso cono de frambuesa.

Tenía la frescura de la fruta y la dulzura de la crema, una mezcla tan perfecta que le hizo desear lamerla desde los pies a la cintura.

–Tengo el helado de fresa y de crema y las galletas, Ria –dijo la mujer con una voz sensual desde las profundidades del congelador, mientras rebuscaba en los distintos contenedores–. Y he encontrado también el helado de miel. Pero no encuentro el de pepino, ni los sorbetes de té y de champán.

¿Helado de pepino?

No era de extrañar que Ria tuviera problemas con el negocio, pensó Alexander.

–Si no está ahí, lo siento, no has tenido suerte –dijo, tras dar una última mirada apreciativa a aquellas piernas interminables.

Sorrel Amery se quedó helada, de forma metafórica y literal.

No llevaba más que una fina blusa de seda de tirantes y, sumergida hasta la cintura en el congelador, estaba empezando a sentir el frío. Y aquella voz... o Ria tenía la peor ronquera de la historia o...

Sorrel se enderezó, sacó la cabeza del congelador y se dio la vuelta.

De forma instintiva, se tiró de la falda hacia abajo. Sin embargo, era demasiado tarde para la modestia, pensó a punto de gritarle a aquel hombre quién diablos creía que era para estarla espiando. Pero decidió no hacerlo.

El silencio era, según algunos clásicos griegos, la mejor arma de una mujer y, aunque por lo general ella no estuviera de acuerdo, en ese caso no se le ocurrió nada mejor. Por los ojos ardientes y la amplia sonrisa de aquel tipo, estaba claro que había estado poniéndose las botas con las vistas. No iba a darle la satisfacción, encima, de ponerse hecha una histérica.

–¿Que no he tenido suerte? ¿Qué quieres decir? –preguntó ella con tono indiferente y profesional.

Si él creía que iba a derretirse ante su sensual sonrisa, se equivocaba, pensó Sorrel. Aunque la mano con la que se apoyaba en la puerta fuera fuerte y ancha, con largos dedos que tenían aspecto de saber qué hacer para que una mujer se derritiera...

Cuando ella se estremeció, él sonrió un poco más, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

En ese momento, Sorrel se arrepintió de no haberse puesto la chaqueta al salir de casa. Aunque con eso no habría conseguido taparse las piernas, al menos habría tenido menos frío. Además, cuando llevaba un traje de chaqueta, por muy corta que fuera la falda, se sentía con la situación bajo control. Un detalle importante cuando se era joven y mujer y quería ser tomada en serio en un mundo dominado por los hombres.

Sin embargo, no había tenido la necesidad de impresionar a Ria, ni había contado con tener que sumergirse en el congelador. Ni con el público.

El hombre que la miraba desde la puerta, por otra parte, no parecía necesitar un traje de chaqueta para sentirse en su salsa. Como única armadura, llevaba una barba de dos días. El pelo moreno y desarreglado le llegaba hasta los hombros. La camiseta gastada se ajustaba a su ancho pecho, mientras los vaqueros viejos le resaltaban unos musculosos muslos.

El bronceado natural de su piel confirmaba la idea de que no era la clase de hombre que perdiera el tiempo detrás de un escritorio. Por otra parte, sus ojeras delataban una intensa vida nocturna.

–Ria no está –dijo él, envolviéndola con su voz grave y ronca–. Yo estoy a cargo de la tienda por ahora.

Embriagada por el sensual sonido de sus palabras, Sorrel se agarró al borde del congelador, como si necesitara sostén.

–¿Y quién eres tú? –inquirió, tratando de sonar tranquila. Por desgracia, no lo consiguió.

–Alexander West.

–¿Eres el hombre de la postal?

–¿Qué? –preguntó él, sin entender.

–El hombre de la postal –repitió ella y, al momento, se arrepintió de haber dicho nada. Él parecía más joven de lo que había esperado, bastante más que Ria–. Así es como te llama Nancy, la ayudante de Ria, porque le mandas postales –explicó, esforzándose por no delatar su sorpresa ni lo impresionada que estaba por su presencia.

–¿Le mando postales a Nancy? –preguntó él con sonrisa burlona, como si fuera consciente de las sensaciones que estaba provocando en su interlocutora.

–A Ria –añadió ella–. Muy de cuando en cuando.

No era su frecuencia sino el efecto que causaban las postales lo que las hacía memorables. En una ocasión, Sorrel había encontrado a Ria abrazada a una de ellas, con lágrimas en las mejillas.

Solo un amante o un niño podían provocar ese efecto. Alexander West era más joven de lo que ella había esperado, pero no lo bastante

como para ser hijo de Ria. Por eso, solo podía ser su amante. Un amante ausente. Las postales solían ser fotos en blanco y negro de playas tropicales, las típicas que evocaban paradisíacos paseos por la arena de la mano de un hombre con el mismo aspecto del que tenía justo delante. No era de extrañar que, al recibirlas en su casa de Maybridge, Ria llorara.

–De pascuas a ramos –puntualizó ella, por si no había captado la indirecta.

Sorrel conocía a la clase de hombre aventurero que se aprovechaba de una mujer de buen corazón y la dejaba hecha pedazos a su marcha. Su propio padre había sido así, aunque nunca se había molestado en mandar ninguna postal. Ni en visitar a su madre.

–No solía tener cerca oficinas de correos –replicó él.

–No tienes por qué darme explicaciones –aseguró ella, concentrándose en mantener las rodillas firmes.

–Bueno es saberlo –repuso él y cambió de posición, para apoyar los hombros en el quicio de la puerta, logrando que la camiseta se le estirara y resaltara todavía más su musculoso pecho–. Me pareció que estabas lanzándome algún tipo de indirecta.

–¿Qué? –dijo ella y se dio cuenta de que llevaba unos segundos conteniendo el aliento–. No –añadió, incapaz de apartar la vista de su camiseta. Tragó saliva–. La frecuencia de vuestra correspondencia no es asunto mío.

–Lo sé, pero estaba empezando a dudar que tú lo supieras.

Sin poder evitarlo, Sorrel notó que le estaba subiendo la temperatura. Ya no tenía frío. Sabía que ese hombre no era su tipo. Sin embargo, su cuerpo traidor pensaba de otra manera y ansiaba que la tocara. Sintió que los pezones se le endurecían, apuntando hacia él bajo la fina seda de la blusa...

¡No!

Sorrel volvió a tragar saliva. Y se aferró con más fuerza al congelador. No para no caerse, sino para no lanzarse a su cuello. Eso era lo que habría hecho su madre, una mujer que siempre se había entregado a los placeres de la carne sin pensar. Y prueba de ello eran las tres hijas sin padre que había tenido.

Desde los diecisiete años, cuando había tenido edad suficiente para comprender su origen, Sorrel había decidido hacer siempre lo opuesto a lo que su madre habría hecho en lo relativo a los hombres. Sobre todo, si eran tipos imponentes como ese que tenía delante.

Ella no tenía ni idea de qué hacía Alexander West en Maybridge, pero estaba segura de que su presencia iba a trastornar a Ria. Y, con ello, afectaría a su ya caótico negocio.

Lo más probable era que Ria no hubiera acudido a trabajar esa mañana porque estuviera guardando cama después de haberle dado

una entusiasta bienvenida al recién llegado.

Él también parecía agotado, pensó, sin poder evitar imaginar qué había estado haciendo.

Sin embargo, hacía falta algo más que un pecho musculoso para impresionarla. Claro que sí.

Cuando sus amigas habían empezado a salir con chicos, ella había preferido centrarse en su futuro y en estudiar Empresariales. Y se había jurado convertirse en millonaria antes de los veinticinco años.

Cualquier hombre que quisiera llamar su atención tenía que ser igual de ambicioso que ella en el terreno profesional. Además, tenía que vestir ropa elegante, ir bien aseado y, sobre todo, ser una persona estable.

Toda su vida había estado dominada por hombres que causaban problemas a su paso y que desaparecían dejando a las mujeres con el corazón destrozado. Por eso, había aprendido la lección.

Alexander West no cumplía ninguno de los tres requisitos, se dijo, sin poder dejar de mirarle el ancho pecho. Además, le pertenecía a Ria.

–¿Qué estás haciendo aquí?

En apariencia, estaba consiguiendo comportarse como una mujer fría e indiferente. Después de haberse enfrentado a directores de banco, dueños de grandes empresas y organizadores de eventos, tenía práctica en mantener la calma en el exterior, aunque por dentro estuviera hecha un flan. Aunque, en ese momento, para ser exactos, su nerviosismo tuviera más que ver con la sensación de tener miles de mariposas en el estómago.

–Eso tampoco es asunto tuyo.

–Pues resulta que sí. Ria es la proveedora de helado para mi negocio y, ya que parece que te ha dejado al mando... deberías saber que tienes que llevar gorro cuando estás en una zona de preparación de alimentos –le espetó, tratando de enfriar un poco más la situación–. Y una bata blanca.

–Como Knickerbocker Gloria se ha cerrado, eso no es problema –indicó él y señaló a los contenedores de helado que Sorrel había apilado sobre una mesa–. Así que, si eres tan amable de volver a poner la mercancía en el congelador...

Sorrel necesitó unos segundos para digerir sus palabras.

–¿Se ha cerrado? ¿De qué diablos estás hablando? Ria sabe que tengo que recoger mi pedido hoy. ¿A qué hora llega ella?

–A ninguna.

–¿Cómo dices?

–No vendrá por aquí por el momento –explicó él y se encogió de hombros. Ante la obvia confusión de ella, añadió–: Esta semana va a recibir una visita del fisco. Al parecer, no ha estado pagando sus

impuestos y lleva bastante tiempo ignorando las cartas que ha recibido de Hacienda y de otros acreedores. Ya sabes lo quisquillosa que es esa gente cuando se les debe dinero.

–No por propia experiencia –contestó Sorrel, conmocionada. Ella siempre llevaba sus impuestos al día–. ¿Qué ha pasado?

–No lo sé con exactitud, pero adivino que se han presentado sin avisar para realizarle una auditoría, han echado un vistazo a uno de sus libros de contabilidad y la han declarado insolvente.

–Pero eso quiere decir...

–Quiere decir que no puede salir nada de la tienda hasta que se haya hecho un inventario de los bienes del negocio y se hayan pagado las deudas. O hasta que se declare en bancarrota y sus acreedores archiven sus deudas.

–¿Qué? ¡No! –exclamó ella y posó la mano con gesto protector sobre la pila de contenedores que había sacado del congelador–. Tengo que llevarme esto ahora mismo. Y las otras cosas que pedí –añadió y, al momento, se sintió horriblemente culpable por poner sus necesidades por delante de los problemas de Ria.

Siempre había intentado ayudar a Ria a ser más organizada con su negocio, pero había sido como querer enviar el agua de un río montaña arriba. Por otra parte, sin embargo, si Ria tenía problemas con Hacienda, debía de estar muy asustada.

–Te refieres al sorbete de champán –señaló él.

–Entre otras cosas –contestó ella. Al menos, ese hombre tenía oídos para escuchar lo que había dicho, además de ojos para espiarle la ropa interior–. Igual están en el congelador de la cocina –añadió. Entonces, al pensar de nuevo en la situación de Ria, se sintió furiosa–. ¿Por qué no me avisó si tenía problemas? Ella sabe que yo la habría ayudado.

–Me avisó a mí.

–Y tú has venido volando como el rayo para rescatarla, ¿no? –comentó ella con una mezcla de sarcasmo y envidia. Sin embargo, si de veras él hubiera sido un caballero andante, habría estado allí al pie del cañón con Ria y no mandándole postales desde playas paradisíacas, con toda seguridad acompañado de bellas nativas para matar el aburrimiento.

–Bueno, he venido en avión, sí –repuso él, interesado por el tono sarcástico de su interlocutora.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Arreglar las cosas? ¿Levantar el negocio? –inquirió ella, debatiéndose entre el escepticismo y la esperanza. Lo que Ria necesitaba era un contable que supiera hacer su trabajo.

–No. He venido a cerrar la tienda. Knickerbocker Gloria ya no está operativa.

–Pero...

–¿Pero qué?

–Da igual.

Sorrel haría todo lo posible por ayudar a Ria cuando hubiera terminado con su trabajo para Jefferson. En ese momento, era su reputación lo que estaba en juego. Sin el sorbete de champán estaba perdida y no iba a dejar que aquel guapo de playa se interpusiera en su camino.

Capítulo 2

Las cosas claras y el (helado de) chocolate espeso. Proverbio español.
Del *Libro de los helados,* de Rosie.

–¿Me dejas? –pidió Sorrel, al ver que él no se movía para dejarla entrar en la cocina.

Alexander West era bastante más alto que ella. Pero, gracias a los tacones que llevaba, no tenía que herniarse el cuello para mirarlo a los ojos. Una mujer de negocios tenía que saber defenderse y los zapatos de tacón alto eran un arma indispensable para ganar seguridad, pensó.

–Pues no.

Al parecer, Alexander West no estaba dispuesto a ser razonable. Y, aunque fuera un experimentado viajero y hablara una docena de idiomas, no parecía hablar el suyo.

No importaba, se dijo Sorrel. Ella misma no hubiera llegado tan lejos si no fuera políglota.

–Por favor, señor West... –comenzó a decir, esforzándose por ignorar su camiseta ajustada y su aroma a hombre...

Era difícil ser una mujer de negocios. Había que saber emplear los recursos. A los bancos, debía presentarles sólidos planes de negocio, a los clientes debía mostrarles que comprendía lo que querían. Pero la herramienta más útil que conocía era una amplia sonrisa. Y ese era un buen momento para poner en práctica la desarmadora sonrisa que había heredado de su madre.

–Alexander... –se corrigió ella, intentando convertirlo en su aliado y cómplice–. Esto es importante.

Él la miró con atención y gesto serio.

–¿Cómo de importante? –preguntó Alexander con tono seductor.

Sorrel pudo sentir su aliento, su aroma envolviéndola. Nerviosa, se humedeció los labios.

–Muy, muy importante.

Entonces, cuando él le puso la mano en la cintura, tocándole la piel a través de la blusa de seda, Sorrel se quedó sin respiración y se estremeció de pies a cabeza, ignorando la advertencia de peligro que su mente le enviaba. Y, cuando inclinó la cabeza para besarla en los labios, ella solo pudo pronunciar una palabra.

–Sí...

Sorrel se derritió entre sus brazos mientras él deslizaba la lengua

dentro de su boca con deliciosa sensualidad.

Despacio, Alexander levantó la cabeza un milímetro para mirarla.

–Frambuesa, no... –susurró él.

¿Frambuesa no?

–Y no es tan importante –añadió, frunciendo el ceño sin dejar de mirarla.

En ese momento, la soltó y Sorrel dio un paso atrás, agarrándose al congelador una vez más, tratando de no perder el equilibrio. Por segunda vez esa mañana, deseó haber mantenido la boca cerrada.

Intentando no sonrojarse, se maldijo por haberse dejado llevar por la tentación. Era la lacra de todas las mujeres de su familia, ese impulso incontrolable que les hacía perder la cabeza por un hombre a primera vista...

Nada más verlo, había querido que la besara. Y había querido mucho más. Sin embargo, Alexander West había malinterpretado sus motivos. Había creído que estaría dispuesta a seducirlo hasta el final para conseguir el pedido que había ido a buscar...

–Es solo helado –dijo él con gesto de desprecio.

–¿Solo? –preguntó ella, confusa.

–¿Cómo has entrado? –inquirió él con tono seco, ignorando su pregunta–. La tienda no está abierta.

Su cambio de actitud le sentó a Sorrel como una bofetada, pero fue efectivo para hacerle recuperar la compostura de golpe.

–Por la puerta trasera –le espetó. De ninguna manera iba a confesarle que Ria le había entregado una llave para que pudiera ir a buscar sus pedidos cuando quisiera.

Lo único que la impedía salir de allí en ese mismo instante era su necesidad de comprobar si Ria había preparado todos los helados que le había encargado. Cuando se asegurara de ello, se iría y volvería a por su pedido cuando ese hombre no estuviera.

–Estaba cerrada con llave –replicó él.

–Cuando yo entré, no –negó ella. Y era la pura verdad–. A diferencia de la puerta principal. No vas a ayudar a Ria si no dejas que entren los clientes –añadió con tono de reproche.

Alexander la miró pensativo, como si adivinara que lo estaba engañando.

–He pagado mi pedido por adelantado –señaló ella, para romper la tensión del momento. Debía distraerlo del hecho de que hubiera entrado en la tienda por una puerta cerrada, para no darle pie a que la registrara, pensó; y, sin poder evitarlo, se derritió al imaginar la escena. Pero era mejor centrarse e ignorar las sensaciones que abrumaban su cuerpo, decidió–. Ya que parece que estás sustituyendo a Ria, ¿no podrías buscar lo que me falta?

–¿Has pagado por adelantado?

No solo había logrado distraerlo, sino que lo había sorprendido, observó ella, mientras Alexander la observaba con las cejas arqueadas.

–Es algo normal a la hora de hacer negocios.

–No es algo propio de Ria –replicó él.

–Te creo. Pero yo no soy Ria.

–¿No? –repuso él, sin mostrar interés–. De acuerdo –accedió finalmente, encogiéndose de hombros–. Muéstrame el recibo y podrás llevarte tus helados.

–¿El recibo?

–Es algo normal cuando se hacen negocios –repuso él, aprovechando para devolverle la pelota–. ¿Lo tienes?

–¿El recibo? Aquí, no –reconoció ella, sin querer admitir que se le había olvidado pedírselo a Ria–. Ria lo tendrá anotado en sus cuentas.

–Ria lleva semanas sin anotar nada en sus cuentas.

–Pero eso es...

–Así es ella.

–¿Tan mal están las cosas?

–Peor.

–No se le dan bien las cosas prácticas –apuntó Sorrel, compadeciéndose–. Yo le escribo los ingredientes cuando probamos recetas para sabores nuevos, pero a veces se le ocurre añadir un toque imprevisto y, si no estoy atenta, no queda registrado.

–Es ese toque imprevisto lo que le da valor a sus helados.

–Es verdad –dijo ella, sorprendida de que él se hubiera dado cuenta–. Por desgracia, no hay garantía de que pueda repetir una nueva receta, si no apunta los ingredientes –añadió, pensando que a veces había vuelto a la tienda para pedir un helado que había probado en una ocasión anterior, pero el sabor ya no había sido el mismo.

–Tienes que aprender a vivir con el riesgo –opinó él.

–¿Ah, sí? –preguntó ella, mirándolo pensativa–. ¿Es por eso por lo que has vuelto?

La sonrisa de Alexander era bastante peligrosa. Fugaz y llena de ambigüedad. Sorrel no sabía si algo le hacía gracia y, si así era, ¿se estaba riendo de la situación, de sí mismo, de ella?

No tenía importancia, se dijo. Lo importante era que ese hombre estaba interponiéndose en su camino. En un momento de debilidad, ella había perdido la concentración, pero no dejaría que le volviera a pasar. Le daba lo mismo cuáles fueran los motivos que lo habían llevado a Maybridge. Solo debía preocuparse por llevarse su pedido.

–En lo que se refiere al helado, el toque de Ria es el punto fuerte de mi negocio.

Después de haber renunciado a que Ria hiciera cada helado siempre de la misma manera, Sorrel había decidido vender su producto como algo irrepetible y único, con colores y sabores diseñados a medida del

cliente.

Eso significaba trabajar de cerca con Ria, para asegurarse de que sus clientes iban a obtener lo que habían pedido y no se iban a sorprender con una fantasía de último minuto inventada por la heladera. No era fácil, pues tenía que estar allí casi todo el tiempo. Pero el esfuerzo merecía la pena.

–¿Dónde está Ria? –volvió a preguntar–. ¿Y Nancy? Debería haber llegado hace una hora para abrir la tienda.

–Vino, pero como el negocio no va a salir adelante, me pareció adecuado sugerirle que dedicara su tiempo a buscar otro empleo.

–¿Adecuado? –le preguntó, sin dar crédito. ¿Aquel intruso había despedido a Nancy? Las cosas estaban yendo mucho más rápido de lo que había anticipado–. ¿Adecuado? –repitió–. ¿Tienes idea de lo importante que es este trabajo para Nancy? Es madre soltera. Encontrar otro empleo...

–Háblalo con Ria –la interrumpió él–. Es ella quien ha desaparecido.

–¿Desaparecido?

Para ser un hombre de aspecto tan relajado, se movía con la velocidad del rayo, divagó Sorrel, atontada y a punto de desmayarse, cuando él corrió a sostenerla.

–¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

–Nada. Me he expresado mal –repuso él.

Si conocía a Ria, ese hombre debía de saber que, bajo su apariencia vivaz y su exuberancia, era una mujer muy frágil, pensó Sorrel, todavía asustada ante la idea de que le hubiera pasado algo.

–No puede esconderse de Hacienda –observó ella.

–No, pero si la conoces tan bien como dices, sabrás que, cuando las cosas se ponen feas, se cierra en sí misma como una ostra.

Eso era cierto. Ria era experta en enterrar la cabeza como los avestruces y no escuchar lo que no quería.

–¿Tienes idea de adónde ha podido huir?

–Eso no es asunto tuyo.

No, reconoció Sorrel para sus adentros. Ria lo había elegido a él para hacerse cargo de la situación y no a ella.

–Yo he intentado ayudarla a organizarse –confesó con amargura, lamentando no haberlo intentado más. Aunque aquel hombre no fuera de su agrado, no quería que pensara que Ria no le importaba–. Era como intentar amaestrar a un animal salvaje.

Alexander sonrió como alguien que comprendía a lo que se refería. Sintiendo por primera vez que los dos estaban de acuerdo en algo, Sorrel le devolvió la sonrisa.

–Ya lo sé –murmuró él y, al verla temblar, añadió–: ¿Estás bien?

–Muy bien –contestó Sorrel y, al mirarlo a los ojos, le temblaron las rodillas y supo que no era cierto. Alexander West era demasiado

atractivo y estaba interfiriendo con su capacidad de pensar y actuar–. Solo he perdido un poco el equilibrio. He tenido la cabeza dentro del congelador demasiado tiempo. Me he incorporado demasiado deprisa…

–Es comprensible –comentó él, fingiendo seriedad, pero riendo con la mirada.

–Sí… –balbuceó ella, distraída por el cálido contacto de la mano de aquel hombre en el codo–. Cuéntame qué sabes de ella –pidió, para no pensar en lo mucho que le gustaba.

–No mucho –reconoció él, meneando la cabeza–. Anoche, llegué tarde y me encontré la llave de su casa debajo del felpudo.

–¿La llave? Pensaba… –comenzó a decir. Había pensado que Ria habría estado esperándolo en la puerta con los brazos abiertos–. ¿Quieres decir que no la has visto?

Alexander negó con la cabeza.

–¿Pero has hablado con ella? ¿Qué te ha dicho?

–La línea se cortaba constantemente por una tormenta –explicó él–. He tardado tres días en llegar y, cuando llegué, ella ya se había ido.

¿Tres días? ¿Había viajado durante tres días? ¿En qué parte del mundo había estado? ¿Tanto le importaba Ria como para recorrer esas distancias para rescatarla?, se preguntó Sorrel y, al instante, se recordó que no debía entrometerse.

–¿Adónde se ha ido?

–No tengo ni idea.

–Alguien debe de saber dónde está –objetó–. No creo que haya dejado sus gatos a su suerte.

–Arthur y Guinevere están a salvo con una vecina que cree que Ria ha tenido que irse por una emergencia familiar –explicó él con una sonrisa.

–No sabía que tuviera familia.

–¿No? –replicó él, como si supiera algo que ella ignoraba–. No es la primera vez que hace esto.

–¿De verdad?

–Ha pasado ya por un par de auditorías en su vida. Yo esperaba que hubiera aprendido la lección. Le advertí que no era justo para los clientes y los proveedores, gente que confía en ella… –señaló él y se interrumpió de golpe, como si no quisiera abrirse demasiado–. Ella sabe lo que va a pasar y no quiere estar aquí para verlo.

–¿Estás seguro?

–¿Por qué, si no, habría de irse?

Sorrel meneó la cabeza. Tenía razón. No había otra explicación.

–Mientras, nada puede salir de aquí hasta que no haga un inventario de lo que hay en la tienda –apuntó él y comenzó a poner otra vez dentro del congelador los contenedores que Sorrel había sacado.

–¡Espera! –exclamó ella y agarró el que tenía helado de frambuesa con galletas de chocolate–. Estos son míos. Los he pagado, ya te lo he dicho.

–¿Cómo? ¿Con cheque, con tarjeta de crédito? He estado en el banco y Ria no ha recibido un penique desde hace semanas.

Sorrel parpadeó. ¿En el banco le habían dejado ver el estado de la cuenta de Ria? No lo habrían hecho a menos que tuvieran una cuenta conjunta. O si él tenía un poder notarial para actuar en su nombre. ¿Sería eso?

No merecía la pena preguntárselo, pensó. Alexander no iba a decírselo y, además, tenía bastante con sus propios problemas.

–Yo… le di… –comenzó a responder Sorrel y titubeó, sabiendo lo estúpida que iba a parecer.

–Por favor, dime que no le pagaste en efectivo.

Había sido una excepción poco común a su estricta forma de hacer negocios, pero Sorrel le había pagado en efectivo, sí.

–Así es –admitió ella finalmente, esbozando una sonrisa con la esperanza de ablandarlo.

–Entonces, espero que hayas guardado el recibo en un sitio seguro.

Sorrel había esperado que aquel hombre tan impasible y desconfiado se hubiera olvidado del recibo. Pero era obvio que no.

Capítulo 3

Existen cuatros grupos básicos de alimentos y todos los encontrarás en Knickerbocker Glory.

Del *Libro de los helados,* de Rosie.

–Tenía prisa. Era una emergencia –explicó Sorrel. Sabía que eso no era excusa, pero era la única verdad–. Le dije a Ria que ya me daría el recibo cuando viniera a recoger el pedido.

Alexander se quedó callado. No era la clase de hombre que hiciera mucho esfuerzo por hablar. Se limitó a arquear una ceja con mirada escéptica, dejando claro lo que pasaba por su cabeza.

–¡No me mires así!

No, no, no... Debía mantener la compostura, se reprendió Sorrel. Debía comportarse como una profesional, pasara lo que pasara.

–Vine a ver a Ria para contarle que había firmado el contrato con Jefferson –explicó ella, para que no pensara que era una completa idiota y entendiera que su prisa había estado justificada–. Le presenté la lista de helados que había elegido el cliente y, entonces, mi cuñado me llamó para decirme que acababan de ingresar a mi hermana en el hospital.

Alexander siguió mirándola sin inmutarse.

–Cuando me iba, Ria me pidió si podía pagarle en efectivo y por adelantado. Era un pedido muy grande –añadió ella.

–¿Cómo de grande? –inquirió él y, cuando Sorrel le respondió, arqueó las cejas todavía más–. ¿Tanto helado has encargado?

Bien. Había dado en el blanco, pensó ella. Por fin había conseguido captar su atención.

–Sí. Pero no se trata solo de la cantidad, lo que importa es la calidad. Estos helados no son los que vende en la tienda. Y no tienen nada que ver con los que vendemos en nuestra furgoneta en la calle. Son algo mucho más sofisticado.

–¿Vendes helados en una furgoneta?

–Bueno, tenemos un puesto ambulante al estilo antiguo. Se llama Rosie. Es una celebridad desde que ha empezado a salir en una serie de televisión.

–¿Rosie?

–Es rosa –apuntó ella y, al ver que él esbozaba una sonrisa burlona, continuó sin desanimarse–. Vendemos helados para adultos, hechos

con ingredientes caros: fruta ecológica, licores…

–Y champán.

–Y champán –repitió ella–. No usamos un sustituto gaseoso, sino champán del bueno. Supone un gran desembolso, sobre todo cuando Ria no anda bien de dinero.

–¿Y por qué no le pagaste con la tarjeta de crédito?

–El terminal de pago no funcionaba y, como yo tenía prisa, me fui a sacar dinero al cajero de enfrente.

–¿Te dejaste engañar tan fácilmente?

Sorrel soltó un taco. Él tenía razón. Había sido una idiota.

–¿Cómo está tu hermana? –preguntó él–. Dijiste que la habían ingresado. ¿Algo grave?

–¿Grave? –repitió ella y parpadeó. Al parecer, no le había contado el porqué del ingreso y, sin duda, él pensaba que había sido nada más que una excusa–. Incurable –señaló e hizo una pausa para saborear la expresión de susto en él–. Se llama maternidad. Ha tenido una niña, Fenny Louise. Ha pesado tres kilos y medio. Es la tercera que tiene –explicó y le tendió la mano–. Sé que eres Alexander West, pero yo no me he presentado. Soy Sorrel Amery, directora ejecutiva de Scoop.

Cuando él le estrechó la mano, un ardiente calor le recorrió el cuerpo, subiendo por el brazo y bajando a partes que un apretón de manos no podía tocar.

–¿Scoop?

–Distribuimos helado para eventos especiales –señaló Sorrel y comenzó a devolver los contenedores al congelador, antes de que se derritieran igual que ella. Por el momento, parecía que no iba a poder llevárselos tan rápido como había creído–. Servimos en bodas, fiestas, reuniones. Este pedido es para la fiesta de Jefferson Sports que se celebrará en la antigua sala de conferencias de Cranbrook Park, en la presentación de sus novedades de tenis para la próxima temporada.

–¿Jefferson Sports?

–Es una gran compañía local. Fabrican y venden equipos deportivos de alta gama.

–Los conozco.

–Entonces, comprenderás la importancia de este pedido –continuó ella, decidida a aprovechar el interés que había suscitado en él–. Será un evento mediático. La idea es que las revistas publiquen muchas fotos atractivas, que impulsen a la gente a comprar sus coquetas nuevas raquetas, sus pelotas de tenis rosas y las ropas que las estrellas del tenis llevarán a Wimbledon este año.

–¿Rosas?

–Rosas, moradas, azules… colores pensados para conjuntar con la ropa.

–Por favor, dime que bromeas.

–¿Crees que sería ridículo jugar con una pelota rosa? –preguntó ella con una sonrisa–. ¿O dudas que sea legal usar ese color? Además, quedará perfecto en las fotos.

–Eso, si no llueve.

–El pronóstico del tiempo es bueno. Pero el lugar donde será la presentación tiene una gran carpa, por si acaso. Además, acudirán muchas celebridades.

Sorrel había aprovechado la oportunidad de hacer publicidad de su compañía cuando Nick Jefferson la había llamado para contratar la furgoneta Rosie para el cumpleaños de su hijo menor. Rosie había tenido mucho éxito y, cuando el empresario había invitado a Sorrel a la fiesta promocional, ella le había propuesto la idea de servir el champán en pequeños bocados de helado, algo ingenioso, divertido y perfecto para el tiempo veraniego.

Entre los invitados, habría grandes estrellas del deporte, famosos de la alta sociedad y personajes de las revistas del corazón, justo la clase de clientes a los que Sorrel pretendía llegar.

Sin embargo, sin los helados de Ria, perdería la oportunidad, su reputación se haría pedazos y todo el trabajo que había invertido sería para nada, reflexionó.

–Señor West... –comenzó a decir ella. Llamarle Alexander no había funcionado, así que probó con otra táctica–, si no me aseguro de que el pedido para la fiesta llegue en perfectas condiciones, mi reputación se irá a pique. Y, si eso pasa, Ria no será la única al borde de la quiebra –añadió, tratando de despertar su compasión.

–Te lo mereces por haber confiado en Ria.

–Eso es un poco duro –se defendió ella. Siempre había sabido que era un poco confiado trabajar con Ria, pero hasta el momento había conseguido que todo fuera bien.

–La vida es muy dura.

–¿Entonces vas a dejar que las dos nos hundamos en el barro y nos devore el cobrador de Hacienda?

–Si no pagamos impuestos, señorita Amery, todo el mundo pierde.

–¡Yo pago los míos! –exclamó ella, furiosa–. Siempre a tiempo. Y también pago mis facturas. ¿Y tú?

–¿Qué pasa conmigo?

–Nunca estás aquí, ¿verdad? ¿Tienes trabajo o dejas que te mantengan las mujeres?

–¿Es eso lo que piensas? ¿Acaso crees que yo soy la causa de que Ria tenga problemas económicos?

Su tono de voz, aunque bajo, fue tan gélido que a Sorrel se le pusieron los pelos de punta. ¿Se habría equivocado respecto a él?, se preguntó.

Podía ser, pues aquel cuerpo que tenía delante le estaba haciendo

perder la noción de la realidad. ¿Cómo era posible que existiera un hombre tan atractivo en carne y hueso?

Sin embargo, no llevaba traje, ni ropa elegante... ¡No era su tipo!, se reprendió. Ni de lejos.

Respirando hondo para controlar los nervios, Sorrel contó hasta tres antes de hablar.

–No importa lo que yo piense –repuso con voz calmada. Como buena organizadora de eventos que era, debía saber mantener la calma en los momentos de crisis. Aunque lo cierto era que se estaba quedando sin recursos...–. ¿Podemos, al menos, comprobar si ha preparado el sorbete? –pidió–. No aguanta mucho tiempo y, cuando hayas terminado de hacer el inventario y revisar el papeleo, habrá caducado ya. Eso sería una pérdida enorme de dinero para todos.

–Estoy seguro de que solo te preocupa el tuyo –observó él con creciente irritación.

–Si insistes, lo pagaré otra vez –ofreció ella, pensando que esa era la única forma de hacer que él se atuviera a razones–. Prefiero perder dinero con este evento que perder mi reputación.

Él no pareció entusiasmado con la oferta, a pesar de que podía ayudar a pagar las deudas con Hacienda.

–Y lo pagaría en efectivo también, claro –añadió Sorrel y pensó que él se lo quedaría a modo de soborno.

Cuando Alexander aceptó, Sorrel intentó no sentirse decepcionada, después de que sus intentos de jugar limpio habían fracasado y, peor aun, no había conseguido su propósito solo por su cara bonita.

Después de buscar en el congelador de la cocina, sin embargo, tenía algo más urgente por lo que preocuparse.

–No hay sorbete –indicó él, sin mostrarse sorprendido–. Y no hay helado de pepino, aunque no creo que fuera una idea demasiado apetecible.

–Están de moda los sabores nuevos –señaló Sorrel, pensativa. Lo único que la preocupaba en ese momento era cuánto tiempo tardaría en hacer ella misma los helados que faltaban.

–Bueno, puedes llevarte los helados que dice que son suyos –cedió finalmente él, dando el tema por zanjado–. No me quedaré con tu dinero, pero devuélveme la llave antes de irte.

Alexander le tendió la mano. Ella lo ignoró. No había terminado, ni muchos menos. Pero, como era él quien estaba a cargo de la heladería, tenía que convencerlo de que la dejara quedarse.

–¿Qué haría falta para que Knickerbocker Gloria siguiera funcionando?

–Eso no va a pasar.

–No eres tú quien tiene que decidirlo, ¿no crees?

–No hay nadie más.

–¿Y piensas que lo mejor es cerrar la tienda?

–Haría falta una inyección importante de capital para pagar a los acreedores y alguien que supiera encargarse del papeleo –dijo él. Por su tono de voz, no parecía muy optimista al respecto.

–¿Cuánto dinero hace falta?

–¿Por qué? –quiso saber él, mirándola desde la puerta con ojos entreabiertos, como si estuviera aburrido–. No me digas que estás interesada en invertir.

–¿Por qué no? –replicó ella.

Alexander no respondió.

–Si la cantidad es razonable, puede que estuviera interesada en invertir. Aunque, en ese supuesto, no pagaría en efectivo y exigiría un recibo.

Sorrel se sorprendió con sus propias palabras. No era su estilo tomar decisiones apresuradas. Solía planear las cosas despacio, valorando los pros y los contras. Y siempre hablaba con su asesor financiero antes de dar ningún paso que pudiera afectar a su plan de negocio.

De todos modos, no le hacía falta hablar con Graeme para saber con certeza lo que iba a pensar.

Sin duda, le aconsejaría olvidar el tema. Él nunca había estado de acuerdo en que trabajara con Ria.

–¿Cuánto dinero pensabas ofrecer?

¿Pensar? Sorrel no parecía tener un buen día en lo que a pensar se refería...

–Tendría que ver los libros de contabilidad antes de hacer una oferta –señaló–. ¿Cuánto paga de alquiler por el local? ¿Lo sabes?

–No es transferible. Tendrías que negociar un nuevo alquiler con el dueño.

–Ah... –dijo ella, sorprendida de que él lo supiera. No hacía más que llevarse sorpresas y todas malas–. Sin duda, aprovecharía la oportunidad para subirme el precio –opinó. En los últimos dos años, los alquileres se estaban estabilizando al alza. Además, el barrio donde estaba Knickerbocker Gloria había sido restaurado y convertido en una zona comercial de pequeñas tiendas de productos de lujo. Y estaba funcionando bastante bien.

–Ha costado mucho dinero a los propietarios de estos edificios el remodelar y mejorar este barrio. El dueño se merece disfrutar de los beneficios, ¿no te parece?

–Supongo que sí. ¿Quién es el propietario? ¿Lo sabes?

–Sí –afirmó él, esbozando una media sonrisa–. Soy yo.

Con la atención puesta en aquella irresistible y sensual boca, Sorrel notó que le temblaban las rodillas y necesitó un par de segundos para digerir la respuesta.

–Ah... ¿Knickerbocker Gloria es tuyo? –preguntó finalmente–.

¿Entonces he metido la pata hasta el fondo?

–Tendré en cuenta lo que has dicho sobre subir el alquiler –comentó él con una sonrisa.

–Genial –repuso ella. Aquello era un mal día y lo demás, tonterías, pensó.

–Siempre estoy abierto a negociar para encontrar el inquilino adecuado.

–¿Es así como Ria consiguió un trato especial?

–¿Trato especial?

–Supongo que tendrá un alquiler muy... razonable –balbuceó, arrepentida de lo que había querido insinuar con sus palabras. Ria no era la clase de persona que se vendía a cambio de dinero.

–A ver si lo entiendo. ¿Antes pensabas que ella me pagaba a mí por mis servicios y ahora crees que yo le he bajado el alquiler a cambio de los suyos?

Había días en que era mejor no levantarse de la cama. Y ese era uno de ellos, se repitió a sí misma.

–¿Vosotros... no...?

–Ni ella, ni yo. No entiendo por qué pensaste que sí –señaló él, arqueando una ceja.

–Ria te llamó cuando tenía problemas y tú has venido –dijo por única respuesta.

–Nos conocemos desde hace mucho.

–Esa no es razón suficiente.

–Tengo una responsabilidad hacia ella.

–¿Porque eres su casero?

–Es más complicado que eso.

–No lo dudo. La última vez que le enviaste una postal, la encontré llorando abrazada a ella.

–Maldición –dijo él y suspiró–. Ahora empiezo a entender lo que ha estado pasado aquí.

–¿Ah, sí? –preguntó ella y, como él no respondía, sumido en sus pensamientos, añadió–: ¿Cuándo puedo ver los libros de cuentas?

–¿Lo dices en serio?

–¿No lo parece?

–¿La verdad? –replicó Alexander y la recorrió con la mirada, deteniéndose en la bata larga que ella se había puesto para entrar en la cocina y, por último, en el ridículo gorro de manipulador de alimentos. Con un lento movimiento, le quitó el gorro de la cabeza–. Lo siento, pero con esto no puedo tomarte en serio.

Sorrel trató de mantener la calma, a pesar de que el corazón le latía a cien por hora por lo íntimo de aquel gesto. No podía reaccionar así, se reprendió. Bueno, de acuerdo, no podía evitarlo. Pero, al menos, impediría que él se diera cuenta.

–La verdad.

–La verdad es que me da la sensación de que has dicho lo primero que se te ha pasado por la cabeza –respondió él, encogiéndose de hombros.

–Yo nunca hago eso –aseguró ella. Al menos, nunca lo había hecho hasta ese momento...

–Pues por como te he visto actuar, parece que nunca piensas antes de hablar.

–Hoy tengo un mal día –reconoció ella, quitándole de las manos el gorro con el que él estaba jugueteando.

–¿Solo hoy? Perdona, pero por lo que parece no eres capaz de llevar tu propio negocio, así que no creo que puedas ocuparte de otro al borde de la quiebra.

¿Quién se creía que era aquel tipo? Era cierto que se había acercado a ella más que cualquier hombre después de que Jamie Coolidge le hiciera el favor de quitarle la virginidad a los diecisiete años, sí, pero eso no le daba derecho a hablarle así.

–Mi eficiencia no es asunto tuyo. Si entro en quiebra, no te llamaré para que me rescates.

–¿Me das tu palabra?

–Te lo juro.

–Bueno –dijo él, observándola como si tuviera visión de rayos X–. ¿Por qué no vas a que te hagan el helado en otra parte? Tienes las recetas, ¿no?

–Algunas –admitió ella. Pero no todas. Por ejemplo, no tenía la de chocolate con chile que Ria debía haber preparado para una reunión corporativa para la semana siguiente–. Pero necesito más que las recetas. Necesito el equipo para prepararlas.

–No creo que sea gran problema. Ria empezó preparando helados en su casa.

–¿Ah, sí? –preguntó. ¿Hace cuánto tiempo conocía Alexander a Ria? No parecía tan mayor como Ria, pero tal vez era porque disimulaba mejor la edad, como muchos hombres, caviló. En cualquier caso, él parecía estar en la flor de la vida...–. ¿Me estás sugiriendo que haga lo mismo?

–¿Por qué no?

–Porque no llevo una empresa casera, sino una compañía que organiza eventos de alto nivel –replicó–. Y, como mis helados son para el consumo público, tienen que prepararse en una cocina que haya sido inspeccionada y certificada por la oficina de Sanidad. No puedo hacerlos en una cocina que parece un anexo del refugio para animales.

–¿Un refugio para animales?

–Es de mi hermana.

–Entre los animales y los bebés, tu hermana debe de estar muy

ocupada.

–Otra hermana.

–¿Sois tres? –preguntó él, en apariencia impresionado.

–Felicidades. Sabes sumar.

–Lo que me impresiona es que el mundo pueda soportar a tres como tú.

¡Qué grosero!

–No te preocupes por eso –le espetó–. Mi madre se sumergió en un amplio abanico genético, por lo que las hermanas no nos parecemos en nada, ni en aspecto ni en personalidad.

–¿Tu hermana número tres no podría echarte una mano para limpiar esa cocina? –preguntó él–. Nadie tiene por qué saber que no ha pasado la inspección.

–Yo lo sabría –contestó con determinación. No iba a hacer los helados en cualquier sitio cuando tenía allí mismo una cocina equipada y en condiciones–. Da la sensación de que no quieres que saque de la ruina a Knickerbocker Gloria.

–Y así es. No quiero.

Capítulo 4

No solo de helado vive el hombre. La mujer sí podría hacerlo.
Del *Libro de los helados,* de Rosie

Sorrel se quedó callada ante su franqueza aplastante. Pero solo un momento.

–Por suerte, no eres tú quien debe tomar esa decisión. Estoy segura de que Hacienda estará deseando negociar conmigo, si eso significa que cobren lo que se les debe –señaló–. ¿Sabías que, cada día que pasa con la deuda pendiente, se van sumando las multas por impago?

–Algo he oído.

Si Knickerbocker Gloria cerraba, Sorrel iba a tener que montar su propia planta de producción. Le llevaría tiempo encontrar al equipo adecuado, cumplir los requisitos de Sanidad y entrenar a sus empleados antes de empezar a funcionar. Y tiempo era lo que no tenía.

Además, tendría que prescindir del único ingrediente que hacía de su oferta algo tan especial: Ria.

Tal vez fuera cierto que había dicho lo primero que se le había ocurrido con su oferta de invertir en la tienda. Sin embargo, también era verdad que rescatar a Knickerbocker Gloria sería la salvación tanto para Ria como para Scoop. Y, si de paso conseguía borrar aquella expresión de autosuficiencia del rostro de Alexander West, merecería la pena.

–Y volviendo a tu propuesta de hacer los helados en otra parte, no voy a hacerlo sin el permiso de Ria. Y, como no sabemos dónde está, tampoco sería una solución.

–¿Por qué?

–Porque la fiesta de Jefferson es mañana.

–¡Mañana! –exclamó él, sorprendido.

–Creo que ya te he dicho que el sorbete aguanta muy poco tiempo antes de ponerse malo.

–Sí.

–No sabía si me habías escuchado.

–Te prometo que has tenido toda mi atención desde que has entrado aquí –aseguró él.

–Ya me di cuenta –le espetó ella con gesto desaprobatorio.

–Si no fueras por ahí medio desnuda...

¿Medio desnuda?

–¡No voy medio desnuda! Al contrario. ¡Llevo un conjunto *vintage* de Mary Quant!

–Seguro que olvidaste ponerte parte de ese conjunto.

–Tengo la chaqueta en la furgoneta. No esperaba estar aquí más que unos minutos. Ahora, si no tienes más comentarios que hacer sobre mi ropa o sobre mi forma de trabajar, ¿podemos continuar? Quiero dejar claro que si compro el negocio de Ria será con la condición de que se haga el pedido de Jefferson primero.

–En otras palabras, estás intentando quitarme de en medio hasta que consigas lo que quieres –adivinó él y se cruzó de brazos apoyado en la puerta.

–¡No! –gritó Sorrel, cerrando los puños. O, tal vez, sí–. Hasta que pueda hablar con Ria.

Sabía que Ria tenía amigos en Gales. Solía ir a verlos un par de veces al año, a un lugar donde vivían en yurtas, bebían cerveza de ortiga, comían queso de cabra y recogían hierbas silvestres para la ensalada. También sabía, porque había intentado contactar con ella el verano anterior, que no tenía cobertura para el móvil.

En ese momento, sin embargo, la prioridad era lidiar con Alexander West. Era hora de dejar de babear por él como una adolescente y comportarse como una mujer de negocios.

–Alquilaré el local por semanas mientras negociamos las condiciones de la compra. Por supuesto, espero que lo que pague de alquiler se deduzca del precio de venta.

Él no se movió.

–Estoy segura de que el recaudador estará encantado de cobrar al menos una parte de la deuda –insistió ella–. ¿O pensabas pagarla de tu bolsillo?

El silencio de Alexander fue la respuesta que ella necesitaba.

–¿Entonces trato hecho? –inquirió Sorrel–. Porque ahora mismo tengo que ocuparme de solucionar una crisis que no es culpa mía y no tengo tiempo que perder.

–Hazme una oferta que no pueda rechazar –contestó él–. Luego, puedes contratar a Ria.

Alexander se encogió de hombros como si eso fuera todo. Se equivocaba. Sorrel había tenido en mente, más bien, a Ria como socia. Ella podía ocuparse de las cuentas y Ria tendría libertad para hacer lo que mejor sabía.

–Quizá pueda hacerle a Ria una oferta que *ella* no pueda rechazar.

–No cuentes con ello –señaló él y, despacio, acercó el brazo y le colocó un rizo rebelde detrás de la oreja a su interlocutora–. Para trabajar en la cocina, deberías ponerte una redecilla en vez del gorro.

–Sí... –balbuceó Sorrel con la boca seca como un pozo en Agosto–.

Tienes razón. Intentaré encontrar uno. Gracias...

–No me lo agradezcas. No ha cambiado nada. Aunque tienes la buena suerte de que yo conozca a Nick Jefferson –señaló él–. Haré esto por él, no por ti, así que es mejor que prepares el mejor sorbete de champán de la historia.

–¿O? –preguntó ella. Decir lo primero que se le pasaba por la cabeza se estaba convirtiendo en un hábito.

–O tendrás que vértelas conmigo.

Mientras la imaginación de Sorrel fantaseaba sobre qué haría Alexander West con ella si no conseguía hacer el sorbete, él entró en su despacho y cerró la puerta, dejándola sola en la cocina.

Mejor así, se dijo, no muy convencida, llevándose la mano detrás de la oreja, donde todavía pudo sentir la calidez de su contacto.

Sí, mucho mejor, se repitió.

Tal vez había heredado los genes lujuriosos y casquivanos de su madre, pero tenía un objetivo claro en la vida y no pensaba dejarse llevar por ellos. Y menos con un hombre que, como su padre, se habría ido antes de que se diera cuenta. Sin duda, Alexander no tardaría en regresar a su vida despreocupada en alguna playa tropical, mantenido por el alquiler que Ria le pagaba. Aunque, quizá, Ria también le debía dinero a él. ¿Sería esa la razón por la que había vuelto? ¿Sería su intención echarla para encontrar un inquilino que pagara una renta más alta?

Mientras Sorrel Amery había estado engatusándolo con su sonrisa, a Alexander se le había quedado frío el café. Podía volver a la cocina para prepararse otro, pero con ella allí, prefería no hacerlo.

Esa mujer tenía un cuerpo de escándalo, una boca ardiente y era lo bastante ingeniosa como para no aburrirse con ella. En condiciones normales, él se habría dejado llevar por aquel beso inesperado y lleno de pasión.

A pesar de que estaba agotado del viaje, lo había encendido como si hubiera pulsado el interruptor de la luz. Sin embargo, aunque su cuerpo lo urgía para tomar lo que tan claramente se le ofrecía, solo tenía una semana para terminar con el papeleo y volver a su trabajo. Además, no le gustaba mezclar los negocios con el placer. Por otra parte, hacía tiempo que había desistido de tener aventuras de una noche. Pero para tener una relación estable era necesario alimentarla y cuidarla con constancia, algo que no podía hacer si no se quedaba en el mismo lugar el tiempo suficiente.

Meneando la cabeza, trató de concentrarse en el problema más inmediato. Lo único que tenía que hacer era no pensar en ella...

¿Qué diablos hacía alguien tan sólido como Nick Jefferson

confiándole un evento tan importante a Sorrel Amery? No lo entendía.

¡Helado de pepino!, pensó, sin dar crédito. El encargo debía de haber sido obra de algún idiota del departamento de marketing de Jefferson, alguien con debilidad por las mujeres de pelo castaño y largas piernas. Sin duda, Sorrel no había tenido más que sonreír para que el pobre aceptara su propuesta sin resistencia. O igual había hecho algo más que eso...

Solo de imaginarlo, se estremeció.

La deseaba, tenía que reconocerlo. Deseaba poseer aquella boca tan caliente, tener aquellas largas piernas abrazadas a él...

Pasándose las manos por la cara, intentó apartar sus pensamientos del mechón de cabello moreno rizado que había colocado detrás de una oreja de color crema, con un pequeño pendiente con forma de cono de helado. No podía negar que todo en ella parecía comestible. Pero no iba a comérsela de postre.

Debía concentrarse en terminar con el papeleo que tenía entre manos, se repitió.

No tenía mucho tiempo.

Mientras, no podía hacer otra cosa que tratar a Sorrel Amery como al resto de los acreedores y sacarla del agujero donde Ria la había arrastrado.

Cuando ella llamó a su puerta, Alexander se dijo que, en su caso, iba a hacer falta algo más que un cheque para quitársela de encima.

–Siento molestarte, pero necesito el número de teléfono de Nancy –dijo Sorrel, entrando sin esperar invitación.

–Sírvete tú misma –contestó él, sin levantar la vista. Tomó un sobre y lo abrió.

–¿Has visto...?

Él señaló a la agenda de teléfonos que había en una balda detrás del escritorio.

–Gracias –repuso ella, acercándose a él para alcanzarlo.

Alexander no había anticipado la ola de calidez que le rozó cuando ella se apoyó en su hombro, tambaleándose en esos ridículos tacones.

–Oops...

–¿Llegas?

–Ya lo tengo. Gracias.

Alexander contuvo el aliento, esperando que ella se apartara, pero Sorrel no lo hizo. En apariencia, miraba hipnotizada el montón de sobres que él tenía delante.

–¿Son facturas sin pagar? –preguntó, horrorizada.

–No es tan malo como parece –le aseguró, colocando otra factura con las demás.

–¿No?

Ella olía de maravilla, a una mezcla de vainilla, chocolate y...

Alexander se esforzó para no apretarla contra su cuerpo e inspirar su aroma. Pero pudo hacerlo de todas maneras, cuando se inclinó sobre él para ver las facturas más de cerca. Olía a fresas bañadas por el sol, eso era, pensó. No a frambuesas, sino a fresas. Una de esas variedades de color rojo oscuro, llenas de sabor, chorreando jugo en la boca...

–Uso un sistema de triaje –señaló él, desesperado por distraer sus pensamientos de aquellos labios de fresa–. La pila de la izquierda es de facturas originales, la de en medio es de los recordatorios y este... –dijo, poniendo la mano sobre el tercer montón– es el de los avisos finales.

–Oh, cielos, pobre Ria.

Cuando Sorrel se inclinó para tomar la factura de la luz, Alexander pudo ver un atisbo de sus suaves pechos tras un sujetador de encaje color crema. Maldición, pensó. ¿Acaso esa mujer no tenía control sobre su propia ropa? ¿No debería haberse abotonado la bata?

–No sirve de nada lamentarse –indicó él–. Pero ya han cortado el teléfono, así que te sugiero que empieces a preparar el sorbete antes de que corten también la luz.

–Iré ahora mismo al banco a pagar la factura.

–¿Por qué? –preguntó él, cometiendo el error de levantar la vista.

Los labios de ella estaban a unos milímetros de los suyos. Rojos, dulces, maduros...

Durante un instante, sus miradas se entrelazaron y el aire se llenó de feromonas. Al momento, ella se enderezó, tomó aliento y dio un paso atrás.

No era la reacción que Alexander había esperado. Había creído que su plan era seducirlo, pero parecía que se había equivocado. Más bien, era él quien lo deseaba, mientras no podía dejar se imaginarse aquellas largas piernas desnudas, aquel cuerpo caliente y sus labios de fresa...

–Porque puedo hacerlo. Puedes deducírmelo del alquiler –contestó ella.

–Buen intento. Sin embargo, la tienda te debería dinero.

–Y helado, también –le recordó ella–. Lo sé, pero no puedo llevar un negocio sin electricidad. ¿O pensabas que mi oferta era solo un truco para poder terminar este pedido?

–Se me ha pasado por la cabeza –admitió de forma abrupta, mientras le quitaba la factura de la mano.

–Bueno, pues no es así. Tengo otro evento la semana que viene –afirmó Sorrel.

Al percibir un ligero temblor en su voz, Alexander adivinó que tampoco ella era inmune a su cercanía, lo que le hizo sentir un poco menos incómodo...

–¿Un evento?

–Una empresa local celebra una cena benéfica y nos ha encargado suministrarles helados en miniatura para cerrar la gala. La idea es repartirlos cuando todo el mundo esté acalorado de bailar.

Él sí que estaba acalorado…

–La verdad es que tenía la esperanza de que solo pensaras quedarte por aquí hasta terminar el pedido de Jefferson.

–¿Creías que mi oferta de ocuparme de la tienda no era en serio?

–Sí.

Sorrel frunció el ceño, como si no comprendiera por qué él no la tomaba en serio. Quizá, la estaba subestimando o juzgándola solo por su aspecto. O, tal vez, solo estaba distraído por el calor que emanaba de ellos cada vez que se acercaban.

–Tengo encargos a lo largo de todo el verano. Bodas, fiestas corporativas, reuniones. Ria debe de tenerlas anotadas en su agenda.

–Ria y su agenda ya no están en el negocio de los helados, así que es mejor que encuentres otro proveedor o me hagas una oferta cuanto antes.

–Lo haré. Pero primero quiero ver las cuentas.

Alexander esperó que saliera del despacho, pero ella no se movió, solo se limitó a seguir mirándolo con el ceño fruncido.

–Debes darte cuenta de que te interesa vender el negocio.

–¿Debo?

Sorrel tragó saliva.

Sin duda, ella no tenía la situación tan controlada como quería hacerle creer, observó Alexander para sus adentros. ¿Qué haría si la rodeaba de la cintura, la sentaba en su regazo y le demostraba lo caliente que estaba?

–Podrías mantener el empleo de Nancy como dependienta de la heladería –sugirió ella–. Así, seguirá entrando dinero y será más fácil pagar las deudas. Y el negocio ganará valor.

–Eso es lo que a ti te interesaría.

¿Qué haría ella si deslizara las manos bajo su minifalda y la colocara sobre la mesa?

–No –negó ella, apoyando el trasero en el escritorio, como si le hubiera leído la mente–. A mí me interesaría más esperar a que cierres, comprar el equipo cuando lo vendas a precio de saldo y alquilar un local más barato cerca de mi oficina…

–Perderías la heladería –replicó él, sin estar seguro de por qué perdía el tiempo en esa discusión.

–Esa es la parte buena. No entra en mis planes mantener una heladería abierta al público.

–¿Y la parte mala?

Lo único que Alexander tenía que hacer era mover la silla unos centímetros, deslizar la mano bajo la bata y la falda de ella y podría

tocarle ese cremoso trasero…

–Lo malo es que… tendría que montar el local de cero… necesitaría tiempo… Y para Nancy no sería fácil llegar a Haughton Manor en autobús.

¿Haughton Manor?

Debía de provenir de la aristocracia, caviló él. No era de extrañar. Su ropa sexy, su actitud despreocupada, aquellas estúpidas ideas sobre nuevos sabores… Tenía todas las características de una niña rica jugando con su negocio mientras esperaba que llegara el hombre adecuado. Un hombre que pudiera costearle zapatos tan caros como los que llevaba.

Y él estaba tentado de actuar justo igual que su padre, un hombre que había usado su riqueza y posición para darse todo tipo de lujosos caprichos de usar y tirar: coches, barcos, mujeres… reconoció para sus adentros.

Aquel pensamiento le resultó a Alexander tan helador como una ducha fría en una mañana de enero.

Capítulo 5

No preguntes por quién repican las campanillas de la tienda de helados; ¡repican por ti!

Del *Libro de los helados,* de Rosie.

–No deberías decirme eso –contestó Alexander, diciéndose que no debería importarle quién era ella ni cuáles eran sus planes de negocio. En cuanto a Nancy, le había dado el finiquito...

Había actuado justo como habría hecho su padre, lo acusó una voz en su interior. ¿Pero qué otra cosa había podido hacer? Le había dado a Nancy dinero suficiente para que se mantuviera hasta encontrar otro empleo.

¿Y si no lo encontraba?

–¿Por qué? –inquirió Sorrel, perpleja–. ¿Crees que podrías recibir ofertas mejores que la mía?

–No. Pero no estoy interesado en vender.

–¿Y qué pasa con Ria? ¿Qué hará si se cierra la heladería? Eres tú quien me sugirió que le ofreciera trabajo.

–También te advertí que ella no aceptaría.

–¿Por qué no? Yo me ocuparía del papeleo y dejaría que ella se concentrara en los helados. Para Ria sería divertido y no tendría ninguna preocupación.

Si Sorrel pretendía que él le mostrara gratitud, estaba muy equivocada, caviló Alexander. Él conocía a Ria mucho mejor que ella. Además, no sabía nada de Sorrel Amery, excepto que había puesto al rojo vivo sus hormonas. Y, aunque su cuerpo estaba deseando zambullirse en la cama con ella, no iba a dejar que su libido tomara decisiones de negocios.

–No sabía que el helado se hubiera convertido en un ingrediente tan indispensable en las fiestas corporativas –señaló él con escepticismo.

–No lo es. Pero pienso hacer que lo sea.

–Dudo que llegues a conseguirlo nunca.

–Sí, tu desconfianza me llega alta y clara, señor West –le espetó ella.

–¡Alexander! –le corrigió él. Señor West era como habían llamado a su padre.

–Alexander...

Su nombre sonaba suave en los labios de Sorrel, como el susurro de un amante.

–Quizá podrías asistir a uno de estos eventos y ver cómo lo hacemos –sugirió ella con voz crispada–. Córtate el pelo y, si tienes un traje, también puedo darte trabajo. No me vendría mal contratar a un camarero atractivo.

Alexander se contuvo para no sujetarse el pelo en una coleta con la goma que había sobre la mesa.

–Paso, pero gracias de todos modos –replicó y esperó que ella se fuera.

Sin embargo, Sorrel no se movió.

–Creía que tenías mucha prisa por encontrar a Nancy.

–Sí, pero...

–¿Qué?

–Cortar la luz sería una forma muy fácil de librarte de mí.

Daba la impresión de que ella no confiaba en él más de lo que él confiaba en ella. Y era más lista de lo que parecía, observó Alexander. Pero no lo suficiente.

–Por desgracia, los congeladores están llenos del único activo con que cuenta Knickerbocker Gloria, así que no me conviene quedarme sin electricidad.

–Ah –dijo ella, confundida–. Ria hace helados nuevos tres veces a la semana para la tienda, así que no creo que tenga mucho en stock...

De acuerdo. Era lista, pensó él.

–Habrá que pagar la factura antes o después –señaló él y sacó su móvil y la tarjeta de crédito. Llamó al número indicado en el aviso de pago y marcó los dígitos de su tarjeta para efectuar el ingreso–. Así que prefiero hacerlo ya.

Alexander escribió la palabra *pagado*, con la fecha, en la factura, antes de dejarla en otra bandeja.

–Ahora tengo que ocuparme de los impuestos –indicó él, al ver que Sorrel lo observaba arqueando las cejas.

–Buena decisión –comentó ella, aunque no sonó muy convencida.

Tenía que conseguir que Sorrel saliera de su despacho con su jugosa boca, sus largas piernas y su cabello rizado antes de que él cayera en la tentación y se dejara llevar por sus instintos más primarios, se dijo Alexander.

–Si quieres devolverme el favor, puedes preparar café –sugirió él–. Y, si vas a hacer la compra para preparar tus sorbetes de champán y pepino, puedes traerme una empanada de carne.

–¿Ria te hacía los recados?

–Privilegios de casero.

–Pues no esperes que yo te los haga –advirtió ella.

–Y no quiero que sea helado de empanada, sino una recién hecha de la panadería de la esquina. Con mucha salsa.

Sorrel dejó un mensaje en el contestador de Nancy, pidiéndole que volviera de forma urgente. Ya había intentado localizar a Ria en su móvil, pero no estaba operativo. Y eso era preocupante. Si Ria decidía cortar con todo…

No. Alexander había dicho que estaba a salvo. Lo más probable era que él tuviera un número de contacto, pero no quisiera compartirlo, pensó, deseando haber prestado más atención cuando Ria le había hablado de sus amigos de Gales.

Sumida en sus pensamientos, limpió y rellenó la cafetera.

Alexander West podía haberle puesto los nervios de punta al poner en duda y burlarse de su habilidad para llevar un negocio, pero un café era lo menos que podía hacer para pagarle por permitirle usar el equipo de Ria.

Cuando dejó la cafetera funcionando, Alexander no le dio las gracias, ni la miró. Parecía concentrado en la pantalla del ordenador, tal vez tratando de entender qué había pasado con las cuentas y cuánto dinero podía pedirle por la tienda.

Sorrel decidió no interrumpirlo y salió del despacho. Entonces, se tocó los labios, recordando sin querer el beso apasionado de hacía unos minutos. Si él hubiera querido ir más allá…

No.

No debía pensar en eso. No quería tener una aventura de una noche. Ni de una semana. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado a punto de hacerlo. Graeme…

Meneó la cabeza. Su relación no estaba basada en el sexo, sino en el compañerismo. Su matrimonio estaría basado en el respeto y el apoyo mutuo y sería sólido y duradero.

En ese momento, su única preocupación debía ser su negocio. Quería labrarse un nombre en el mundo de la organización de eventos.

Decidida, sacó su portátil de la furgoneta y revisó las recetas de Ria que tenía grabadas, para comprobar qué ingredientes le faltaban. Mientras, no podía dejar de pensar en el colapso de la heladería y en el papel que Alexander tenía en todo ello.

Sin duda, él no era un caradura que viviera a costa de las mujeres, como había pensando en un principio. Había pagado la factura de la luz de su propio bolsillo sin pestañear.

Fuera cual fuera su relación con Ria, era profunda. Sin embargo, eso no era asunto suyo, se recordó por undécima vez.

De todas maneras, tenía que hablar con Ria y volvió a intentar encontrarla en el número de su casa. Dejó un mensaje en el contestador, pidiéndole que volviera y prometiéndole que la ayudaría. Después, después de revisar su propio buzón de voz, le devolvió una

llamada a Graeme Laing. No era solo su asesor financiero y su mentor desde la universidad, sino todo lo que siempre había buscado en un hombre.

–Sorrel… gracias por llamarme tan pronto –contestó Graeme–. He conseguido entradas para el preestreno de *La Bohème* y quería saber si estás libre para el día veinticuatro.

–¿De verdad? –repuso ella, tratando de sonar entusiasmada–. Pensé que eran imposibles de conseguir.

–Lo son. Alguien me debía un favor, por eso las tengo.

No era de extrañar, pensó Sorrel. Todo el mundo quería tenerlo de su lado en las turbulentas aguas financieras.

–Las óperas de Puccini no son nada pesadas, Sorrel. Te gustaría.

–¿Solo muere una persona? –inquirió ella, medio en broma.

–Es una ópera excelente –repuso él con un poco de impaciencia. No le gustaba bromear con el arte–. No es una telenovela.

–He leído que las óperas están inspiradas en las tragedias griegas.

–¿Sí? –replicó él sin inmutarse.

Podía ser el hombre ideal, pero todavía le faltaba algo, caviló Sorrel. Sus hermanas se referían a él como «el profesor cara de cartón».

Sin embargo, era perfecto para ella, se dijo. Y haría todo lo posible por estar a su altura. Si lo acompañaba a la ópera, podía ponerse el traje de fiesta que acababa de comprarse. Era perfecto para mezclarse con los millonarios que asistirían al baile después del evento. Y ella necesitaba ser vista con la gente adecuada, si quería llegar a ser millonaria algún día gracias a su negocio.

–Me encantaría –afirmó Sorrel, esforzándose por mostrarse emocionada. Aunque las óperas le parecían un tostón, podía haber sido peor. Graeme podía haber sido un fanático del cricket, el juego más aburrido del mundo–. ¿Cuándo dices que es? Te llamaré cuando revise mi agenda. Como mi hermana Elle acaba de dar a luz, me estoy ocupando de llevar a Rosie, además de la organización de eventos –explicó. Al menos, Graeme entendía que el trabajo siempre era lo primero, pensó–. Ahora mismo tengo una pequeña crisis con la heladería.

–¿Qué ha hecho esa mujer ahora? –preguntó él, olvidándose de pronto de la ópera. Siempre le había parecido que Ria era lo opuesto a una mujer de negocios.

–¿Puedes quedar esta noche? –inquirió Sorrel, sin responder–. Quiero hablar contigo de una posible inversión.

–¿Inversión? Te dije que tenías que consolidar tu empresa antes de correr más riesgos. Tal vez, el año que viene podrás ampliar el negocio, pero antes, no.

–Sí, sí… –contestó ella. Graeme llevaba un par de años diciéndole lo

mismo y, si le hacía caso, no satisfaría su ambición hasta los cincuenta años–. Pero se trata de aprovechar la oportunidad –indicó, copiando uno de los favoritos axiomas de su interlocutor–. Quiero hacer una oferta para comprar Knickerbocker Gloria.

–¿Le van mal las cosas? –preguntó Graeme, con ese tono de voz de «te lo advertí»–. Bueno, ya sabes lo que pienso. Ria es demasiado desorganizada como para tener nada que ver conmigo. No dejes que el sentimentalismo te impulse a hacer nada de lo que puedas arrepentirte.

–Claro, pero no tengo tiempo para hablar ahora –repuso ella, molesta porque siempre le estuviera recordando reglas tan básicas de los negocios. Le agradecía su apoyo y su consejo, aunque aquello no era cuestión de pérdidas y ganancias. Se trataba de algo mucho más importante, como la amistad, el futuro, la magia.

Sorrel tenía un montón de ideas y, en cuanto solucionara los problemas más inmediatos, las pondría sobre el papel y prepararía un plan de negocio. Así, sonaría mucho más creíble.

–Déjamelo a mí. Puede que le saquemos provecho a la situación. Haré algunas pesquisas y averiguaré lo desesperada que está esa Ria.

–Gracias por la oferta, Graeme, pero si de veras tienes tiempo para ayudarme, prefiero que me eches una mano mezclando los ingredientes para hacer helado de pepino –pidió ella. No pudo resistir la tentación de ponerlo en un compromiso, después de que él había demostrado tener razón respecto a Ria.

–¿No necesito tener el carnet de manipulador de alimentos?

–Vaya excusa –dijo ella, riendo. ¡Graeme era tan predecible!

–Ah, estabas bromeando.

–El helado no tiene nada de gracioso, Graeme –repuso ella, disfrutando de su pequeña broma–. Tendré que darte algunas clases sobre cómo se prepara.

–Creo que puedo serte de más ayuda en el aspecto financiero –replicó él con tono serio–. Averiguaré lo que pueda sobre la situación en que se encuentra la heladería, para que podamos hacer la oferta más baja posible.

¿Podamos?, se preguntó Sorrel. Eso implicaba que los dos trabajarían juntos. Pero, primero, ella tenía que estar de acuerdo con él, caviló.

–Avísame cuando sepas lo del veinticuatro –pidió él.

Cuando Sorrel colgó, deseó no haberle contado nada sobre el problema económico de Ria. Era cierto que necesitaba información, pero odiaba pensar que Graeme iría por ahí husmeando en los problemas de Ria.

Sin embargo, era una estupidez, se dijo. En el mundo de los negocios, no había lugar para el sentimentalismo. Graeme tenía razón

en eso. Por eso ella siempre estaba de acuerdo con él, porque siempre tenía razón.

Graeme era la roca que le daba estabilidad, se recordó. Tal vez, no hacía que se le acelerara el pulso como había conseguido Alexander. Igual tampoco tenía un gran sentido del humor. Pero se podía confiar en él.

Cuando regresó con todo lo que necesitaba para el pedido de Jefferson, Nancy seguía sin dar señales de vida y sin responder el teléfono. Así que Sorrel se fue a la panadería.

Nunca le haría un recado a un hombre que pudiera caminar por sí mismo, pero lo cierto era que había encargado unas cuantas cosas en la panadería para la fiesta de Jefferson. Además, de paso, ella también se compraría un sándwich.

–Aquí está tu empanada, Alex... –comenzó a decir cuando regresó a la heladería, pero se interrumpió de golpe al verlo dormido sobre el escritorio del despacho de Ria.

Sus hombros parecían aun más anchos sobre la mesa, igual que su espalda. El pelo le caía sobre la cara, dejando al descubierto solo un poco de su barbilla y su mandíbula. Una sombra de barba, que delataba que no se había molestado en afeitarse esa mañana, acentuaba sus sensuales labios. Solo de pensar en tocarle la mejilla, Sorrel se estremeció.

–Tomaré nota –dijo, hablando sola y dio unos pasos atrás para alejarse de la tentación–. La próxima vez haré el café más fuerte.

–Gracias por la empanada.

Absorta en licuar los pepinos, Sorrel se sobresaltó cuando Alexander entró en la cocina para enjuagar su taza.

–De nada.

Alexander tenía una marca rosada en la mejilla, donde había tenido apoyada la muñeca con su reloj, observó ella. Llevaba un Rolex antiguo, muy parecido al que había tenido su abuelo. Elle lo había vendido, junto con todas las cosas de valor que había poseído su familia.

El estafador que los había dejado sin nada había sido demasiado listo como para robarles nada material, pero lo habían perdido todo de todas maneras. Primero, les había robado su seguridad. Luego, su historia familiar, escrita a lo largo de generaciones en la mesa de comedor Sheraton, en la alfombra traída de Persia por su bisabuelo, en la cubertería de plata para las grandes ocasiones. Con todo ello, las joyas y todos los objetos preciosos coleccionados a lo largo de dos

siglos habían sido subastados para pagar las deudas que habían aparecido a nombre de su abuela. Había sido un fraude, por supuesto, pero su abuela había firmado los pagarés...

–¿Te sientes mejor después de la siesta?

Su pregunta sonó más sarcástica de lo que Sorrel había pretendido, pero estaba irritada porque debería estar en el lugar donde se iba a celebrar el evento, comprobando que todo estuviera en su sitio, y no licuando los pepinos.

Aunque él no tenía la culpa, se recordó.

–Un poco –contestó él, estirándose–. Voy a necesitar un par de días para acostumbrarme al cambio de horario.

–¿Sí? –replicó ella con la boca seca, mirando embobada sus pectorales. Se pasó la lengua por los dientes, un truco que Graeme le había enseñado para aplacar los nervios cuando tenía una cita con un cliente–. ¿A qué zona horaria estás acostumbrado?

–Al de una isla de la que no creo que hayas oído hablar.

–¿Una con largas playas de arena blanca, cócteles servidos en cáscaras de coco y bellas nativas con collares de flores? –sugirió ella, inspirada por las postales–. Entiendo que tuvieras poco tiempo para escribir postales.

–Una isla con mosquitos tan grandes como murciélagos y murciélagos tan grandes como gatos. Y sin oficinas de correos.

–Bueno, no suena muy atractiva –replicó ella con sinceridad–. Tienes que hablar muy en serio con tu agente de viajes.

–No creo que Pantabalik esté entre las islas más visitadas por los turistas.

–Entiendo por qué –afirmó ella, encandilada por la calidez de su sonrisa–. ¿Y desde dónde enviaste la última postal?

–Desde un aeropuerto.

–Debes de estar cansado. Igual deberías irte a la cama a descansar.

–Gracias por tu preocupación, pero mi cuerpo está acostumbrado a sobrevivir en cualquier situación –aseguró él, rotando el hombro izquierdo para desentumecerlo.

–No... –balbuceó ella, casi sin querer.

–¿Qué?

–No hagas eso –dijo, cansada de pasarse la lengua por los dientes–. Te va a estallar la camiseta.

En realidad, era su propia tensión lo que iba a estallarle a Sorrel...

Alexander se miró el hombro y se tocó un pequeño descosido en la costura de la camiseta.

–El sudor pudre el algodón –comentó él, sin darle importancia.

–Demasiada información –repuso ella y apartó la vista para agarrar la licuadora, donde había mezclado puré de pepino, nata fresca, zumo de lima y sal. Pesaba demasiado.

–Deja que te ayude.
Cuando él agarró la licuadora, ella no se lo impidió. Se limitó a no mirarlo a los ojos y a dar un paso atrás. Con su olor a hombre, el calor que desprendía y aquella camiseta a punto de hacerse trizas, era demasiado peligroso.
–Gracias –dijo ella, concentrándose para no imaginárselo deslizándose desnudo bajo las sábanas o tumbado en una hamaca en la jungla, empapado en sudor, dentro de una mosquitera...
¿Qué diablos le estaba pasando?, se dijo.
Siempre había sido una mujer muy organizada, con la cabeza en su sitio. Tenía todo planeado hasta el único detalle. Su objetivo era centrarse en Scoop y, dentro de un par de años, casarse con Graeme en la iglesia local y vivir en la casa de estilo colonial que él acababa de comprar. Aquel era un plan sólido, estable.
–Yo tampoco dormiría si tuviera alrededor mosquitos y murciélagos gigantes –comentó. Debía concentrarse en los murciélagos, se dijo, y no en...–. ¿Qué hacías allí en Pan...?
–Pantabalik.
–Pantabalik, es verdad. Nunca he oído hablar de ese lugar –señaló, y lo miró. Hablar de geografía la ayudaría a no tener esas indeseables fantasías.
–Iba en una expedición para buscar plantas.
–¿Plantas? –repitió, atónita–. Qué... –balbuceó, sin saber qué decir. ¿Sorprendente? ¿Inesperado?
–¿Qué qué? –preguntó él, arqueando las cejas.
–Nada, que creía que era una profesión anticuada –respondió, para salir del paso. Hundió una cuchara en la mezcla y la probó. Cremoso, con un toque de pepino, pero le faltaba algo...–. No te imagino atravesando la jungla con un *salacot*, en busca de una especie rara de orquídea.
–Es esencial cubrirse la cabeza–comentó él–. Nunca se sabe lo que puede caer de un árbol. Aunque, personalmente, prefiero un sombrero australiano de ala ancha.
Oh, sí, podía imaginárselo a la perfección, se dijo ella.
–¿Y la orquídea?
–Lo siento. No son mi especialidad.
–Es una pena. Las orquídeas son muy eróticas...
«Exóticas». Había querido decir «exóticas», pero si se corregía, llamaría la atención sobre su error y no haría más que empeorar las cosas, pensó Sorrel. Girándose hacia el helado, se apresuró a cambiar de tema.
–He seguido la receta que Ria empleó para hacer el helado original, pero debió de añadir algo más a la muestra que le di a probar al cliente.

–Su magia.

–Sí… –afirmó ella, suspirando–. Por desgracia, yo no tengo una varita mágica, así que si tienes una sugerencia más práctica, te lo agradecería.

–¿Qué más da? ¿Quién más lo ha probado aparte de ti y alguien del departamento de marketing de Jefferson?

–Fue la esposa de Nick quien probó los helados e hizo la selección final.

–En ese caso, tienes un problema.

–Ya lo sé –admitió ella. Nick Jefferson estaba casado con Cassie Cornwell, una famosa cocinera que, sin duda, notaría si faltaba algo–. Además, esto no es lo que les he prometido –añadió y volvió a llevarse a la boca otra cucharadita–. ¿Se te ocurre alguna idea? –preguntó, dándole a probar.

Capítulo 6

Una dieta equilibrada es tener un helado en cada mano.
Del *Libro de los helados,* de Rosie.

Sorrel había dado por hecho que Alexander agarraría la cuchara. Sin embargo, él se acercó y se la llevó a la boca directamente de su mano. El pelo se le cayó hacia delante, rozándole la muñeca. Cuando la mano de ella comenzó a temblar, se la sujetó. Y la miró a los ojos.

Estaban demasiado cerca.

Sorprendida por la reacción de su propio cuerpo y de su mente, que la urgía a olvidarse de sus principios y de Graeme, Sorrel dio un paso atrás. La poderosa atracción que sentía no significaba nada, se dijo, para tranquilizarse. El deseo era algo incontrolable, irracional, una respuesta atávica a la necesidad de las especies de reproducirse. Algo tan innecesario y problemático como el apéndice.

De todos modos, al sentir el calor de la mano de él, su cercanía, un terremoto la sacudió por dentro.

Entonces, Alexander le soltó la mano, se dio media vuelta y se acercó a la cafetera para rellenarse la taza con agua.

Eso era lo que Sorrel necesitaba también. Agua. Mucha agua fría...

Pero se conformó con respirar hondo, un poco jadeante, aprovechando que él estaba de espaldas.

–¿Tan malo te ha parecido? –preguntó, intentando fingir que no había pasado nada.

–¿El helado? No –respondió él, cuando terminó de beber–. No está mal. Lo que pasa es que sorprende un poco que no sea dulce –añadió con toda la tranquilidad del mundo, como si fuera ajeno a la atracción que suscitaba en ella–. ¿Cómo vas a servirlo?

–Entre pequeñas galletas de avena, para que parezca un sándwich en miniatura –explicó ella y, al ver que él ponía cara de asco, preguntó–: ¿No te parece bien?

–Las galletas de avena que he probado sabían a cartón.

–Estas no –le aseguró Sorrel, recuperando la calma poco a poco al hablar de un tema que conocía bien–. Me las han hecho en la panadería. Peter se encarga de hacer nuestras galletas, barquillos y cucuruchos de forma artesanal.

–¿Nuestros?

–Scoop es un negocio familiar. Mi hermana mayor lo empezó,

cuando le regalaron de forma inesperada la furgoneta Rosie. Mi hermana menor, que es estudiante de Bellas Artes, se encarga de diseñar las tarjetas, nuestra publicidad y la página web.

–¿Y tú? –preguntó él–. ¿Qué haces tú?

–¿Yo?

Ella era la que iba a hacer un éxito de su negocio y a conseguir que su marca fuera conocida en todas partes, pero pensó que era mejor callárselo. Alexander ya había arqueado las cejas demasiadas veces ese día.

–Soy quien se queda aquí haciendo helado cuando debería estar en Cranbrook Park, donde va a celebrarse la presentación, para asegurarme de que nuestra barra ha sido bien instalada y que todo está en su sitio –señaló–. Para tu información, las galletas que vamos a servir no tienen nada que ver con el cartón, son finas láminas de avena crujiente que se deshacen en la boca.

–Si las ha hecho Peter Sands, me lo creo.

–¿Conoces a Peter?

–Por eso te he encargado que me traigas una empanada de las suyas.

–Genial –repuso Sorrel, sin saber si se estaba burlando de ella o si hablaba en serio–. ¿También eres su casero?

–Sí, y tampoco me acuesto con él –contestó Alexander–. Por si acaso te lo preguntabas.

–No. ¿Y la floristería, la tienda de alimentación y la mercería?

Alexander cambió el peso de una pierna a otra, incómodo, como si su pregunta lo hubiera tomado con la guardia baja. Entonces, de pronto, Sorrel comprendió. No solo era suyo medio barrio, sino que él debía de ser el responsable de que lo hubieran restaurado todo, manteniendo su antiguo encanto.

–¡Oh, cielos! ¡Eres tú!

Sorrel cayó en la cuenta de que debía de ser el hijo de James West, un hombre que había empezado a fabricar «píldoras para el hígado» en un cabaña al otro lado del río, cuando Maybridge no había sido más que una pequeña aldea con un puente. En el presente, una mansión gótica del siglo XIX, en la parte alta de la ciudad, era la sede de la multinacional Grupo Farmacéutico West.

–Tu familia levantó esta ciudad. ¿Cómo he podido ser tan tonta y no darme cuenta antes?

–¿Por qué? Hace un siglo que la compañía se llama por sus iniciales, GFW. Mi familia decidió cambiar el nombre cuando mi tatarabuelo se vio implicado en un escándalo con una mujer casada.

–Puede ser. Pero he sabido que la W era por West –afirmó ella. ¿Cómo había tardado tanto en establecer la conexión?–. En la facultad, hice una tesis sobre la historia de la ciudad. Hablé con

departamento de marketing de GFW y me hicieron una visita guiada a sus instalaciones. Todo allí dentro es de mármol y caoba –recordó–. Además, la compañía tiene vínculos muy estrechos con la universidad. Invierte en investigación y contrata a nuevos licenciados.

–Se les da bien cazar talentos.

–Lo sé –repuso ella y se preparó para alardear–. A mí me ofrecieron un puesto en su departamento de dirección.

–¿Y lo rechazaste? –preguntó él con escepticismo.

Nadie rechazaba una oferta de GFW, reconoció Sorrel. Pero, para ella, Scoop era mucho más importante.

–¿Por qué iba a querer sentarme en las oficinas de una corporación gigante, cuando puedo estar pensando cómo alegrar el día a los demás con el helado perfecto? –señaló, mirándolo pensativa–. Había creído que un hombre que prefiere estar con mosquitos y murciélagos en vez de en la sala de juntas lo entendería.

–*Touché* –dijo él, sonriendo.

–Pero, por desgracia, yo no cuento con los alquileres de media ciudad.

–¿Y quién sí? Aunque mi tatarabuelo construyó esta parte de High Street, todas sus propiedades las lleva una organización benéfica.

–Entonces, no eres el casero de Ria.

–Formo parte de la junta de administración.

–Sin duda, esa junta es quien subvenciona tus exóticas expediciones.

–Cualquier expedición para buscar plantas requiere un patrocinador sólido. Luego, ellos se benefician de mis hallazgos.

–¿Y qué ganas tú, aparte de picaduras de mosquito?

–¿Fama? –sugirió él–. ¿Diversión?

Eso le decía a Sorrel todo lo que necesitaba saber sobre Alexander West. Igual se había llevado la impresión equivocada respecto a su relación con Ria pero, por lo demás, lo había calado desde el principio.

–Si lo que persigues es diversión, deberías haber estado en la fiesta de Navidad que GFW hizo el año pasado para los niños del hospicio de Melchester. Contrataron a Rosie y la adornamos como si fuera el trineo de Papá Noel, cargada de helados para todos.

–¿Y tú eras la pequeña ayudante de Papá Noel?

–En realidad, era el hada de la Navidad –admitió ella–. Mi hermana estaba embarazada en aquellas fechas y no le cabía el disfraz.

–Siento habérmelo perdido –dijo él, sonriendo.

–Y yo. Si hubieras estado allí, no pondrías en duda la profesionalidad de mi empresa. Bueno, tengo poco tiempo. ¿Podrías darme tu opinión sobre qué le falta a esta mezcla? ¿Lima o menta? –preguntó, tratando de recordar cómo había sabido el helado original que le había dado a probar a Cassie. ¿Cuál sería el ingrediente mágico

que Ria había añadido cuando ella no había estado mirando?

–Ninguna de las dos cosas.

Alexander le tomó la cuchara de la mano y se la llevó a la boca, lamiéndola de forma deliberadamente provocativa. O, quizá, era ella quien estaba imaginando cosas.

¡No, no, no! Debía concentrarse en su trabajo, se reprendió.

Entonces, Sorrel se contuvo para no abanicarse con la mano, mientras él se recostaba en la encimera, pasándose la cuchara por el labio inferior con gesto pensativo.

–Lo que le falta es un poco de cayena.

–¿Cayena? –repitió ella, escéptica–. Se supone que un helado de pepino debería tener un sabor plano... El epítome de la sangre fría inglesa.

Justo lo opuesto a lo que Sorrel estaba sintiendo en ese momento.

–Me has pedido mi opinión –dijo él, tirando la cuchara de plástico a la basura–. Has intentado llamar a Ria, ¿verdad?

–Sí, claro. Ha sido lo primero que he hecho. Su móvil no está disponible. Supongo que lo ha apagado para que no la molesten los acreedores.

–¿Es eso lo que harías tú?

–¿Yo? Yo nunca dejaría que las cosas llegaran a ese punto.

–Nunca digas nunca.

–Imagino que no tienes un número donde pueda encontrarla, ¿o sí? –inquirió Sorrel, sin querer entrar al trapo en su comentario provocador. Él no podía saber por qué ella nunca tendría deudas y no iba a explicárselo–. Yo tengo dos números, uno para el trabajo y otro para llamadas personales. Igual ella también.

–¿Tantas llamadas tienes?

–Es más profesional así –replicó. No recibía muchas llamadas personales, era cierto. Además, Graeme parecía no entender la diferencia y siempre la llamaba a su número de trabajo, incluso para invitarla a la ópera. ¿La vería solo como una socia de negocios? Pero, si fuera así, no la llevaría a cenar, a fiestas, a la maldita ópera, pensó.

Hasta ese momento, a Sorrel no le había parecido importante. Le había parecido que Graeme y ella hacían el equipo perfecto. Él era elegante, inteligente y nada exigente. Y ella... era exactamente igual con él.

De pronto, sin embargo, su relación le pareció fría y vacía. Se vio asaltada por la duda. ¿Lo dejaría todo Graeme para ir a rescatarla al otro lado del mundo si lo necesitaba?

–Nadie puede calificar a Ria de profesional –comentó él, sacándola de sus pensamientos.

–No –admitió ella–. Por lo que yo he visto, creo que solo tiene una vieja Blackberry –añadió. Aunque, de todos modos, eso no significaba

que no tuviera otro teléfono para casos especiales.

Que Alexander le hubiera enviado postales muy de cuando en cuando no implicaba que no hubieran hablado cuando él había estado tumbado en una hamaca en medio de la selva...

–¿Cómo pudiste recibir una llamada suya, si estabas en una jungla plagada de mosquitos?

–Aunque mi ocupación te parezca anticuada, tengo conexión con un satélite del siglo XXI que me mantiene en contacto con el mundo exterior. Pero, para responder a tu pregunta, Ria nunca me ha dado otro número. Yo esperaba que tú lo tuvieras, ya que te confió la llave de la heladería.

–Y a ti te confió su cuenta bancaria.

–Fue una condición que le puse la última vez que pagué sus deudas –explicó él–. Quizá Nancy pueda decirte cuál es el ingrediente mágico.

–No tengo mucha suerte hoy con el teléfono. Tampoco ella me responde. Igual se ha quedado sin batería –repuso Sorrel. Aquel día nada parecía ir bien–. Le he dejado un mensaje, pero si no me ha llamado a las tres iré a buscarla al colegio donde recoge a su hijo. ¿No te importa si le digo que venga a trabajar mañana?

–¿Qué más te da si me importa o no? –preguntó él a su vez y, como ella no respondió, se encogió de hombros–. Suponía que no. Puedes decírselo, pero le pagarás tú.

–El viernes es un día de mucho trabajo. Y, para el fin de semana, está prevista una ola de calor. Podríamos vender muchos helados.

–Olvídalo. Voy a hablar con el banco y con el contable de Ria para decirles que he cerrado el negocio.

–No creo que lo encuentres en su despacho. Está enfermo. Creo que Ria me dijo que le había dado un ataque al corazón. Así que puedes tachar eso de tu lista. Además, vender helados es más divertido, te lo aseguro.

–El viejo contable de Ria tiene un socio que lo estará sustituyendo. Además, no he atravesado medio mundo para ponerme a vender helados.

¿Y por qué había atravesado medio mundo?, se preguntó Sorrel. Aunque no era asunto suyo...

–De acuerdo –dijo Sorrel, fingiendo indiferencia–. Pagaré a Nancy pero, si yo pago a los empleados y el alquiler y compro el helado, me quedaré con lo que saque de las ventas.

–Es la primera cosa razonable que te oigo decir –comentó él con una sonrisa.

Sorrel estaba cada vez más entusiasmada con la idea de comprar Knickerbocker Gloria. Si Ria tenía talento para hacer helados, ella lo tenía para los negocios.

Su hermana Elle había sido quien había aprovechado la oportunidad

de fundar una heladería ambulante para grandes eventos. Hasta el momento, Sorrel solo se había ocupado de la parte financiera, pero por fin había tenido una idea propia. Sería la inversión que cambiaría sus vidas.

–Me alegro de que te parezca bien. Entonces, ¿trato hecho, Alexander West?

–Si puedes pagarme un mes por adelantado, sí, Sorrel Amery.

–¿Un mes?

–Es el tiempo que hace falta para preparar las cuentas, negociar un nuevo alquiler con la junta de administración, hacer los contratos... ¿Lo tomas o lo dejas?

Ella se encogió de hombros.

–Parece que no me queda elección. ¿Cuánto vas a cobrarme?

Alexander le respondió con la cantidad exacta que pagaba Ria.

–¿Sería en efectivo? –inquirió Sorrel. Sabía que estaba tentando a la suerte, porque no quería que él supiera que un mes era mucho mejor para ella que una semana. Necesitaba tiempo–. Sin teléfono, no podrás cobrarme con la tarjeta.

–Prefiero un cheque. Hazlo a nombre de GFW Trust –indicó él y, como si se le acabara de ocurrir, añadió–: Ah, no llevas contigo la chequera, ¿verdad?

¿Se estaba burlando de ella?, se preguntó Sorrel y abrió el bolso para sacar su chequera.

–Anda, hoy debe de ser tu día de suerte.

–¿Eso crees?

–No, lo siento –contestó Sorrel, dándose cuenta de todos los quebraderos de cabeza que debían de estar causándole tanto Ria como ella. Y, como se trataba de negocios, inquirió–: Lo que pague de alquiler por este mes se me descontará del precio total de venta, si mi oferta de compra es aceptada, ¿verdad?

–Se descontará del precio total de venta –afirmó él con una sonrisa. A continuación, le tendió la mano para cerrar el trato al modo tradicional.

También podían cerrarlo con un beso, se dijo ella.

Eso sería más divertido.

Pero...

¡Cielos! ¡No debía dejarse llevar por esa clase de pensamientos! ¡No se jugaba con los negocios!

Sorrel se la estrechó con firmeza. La mano de Alexander West era fuerte, con callos e irradiaba poder.

–Supongo que lo querrás por escrito –señaló él, soltándole la mano de forma abrupta.

Sorrel dio un paso atrás para recuperar el equilibrio, tanto físico como mental, ante un gesto tan repentino.

–¿Tú qué opinas?

–Opino que deberías ponerle cayena a ese helado –repuso él, poniéndose en movimiento hacia la puerta.

Estremeciéndose un poco, Sorrel se quedó mirándolo embelesada. ¿Tendría ese efecto en todas las personas con las que hablaba?

Por suerte, Alexander no miró atrás y no pudo ver lo embobada que estaba. Enseguida, cerró la puerta tras él, aunque Sorrel tardó unos segundos más en recordar qué hacía allí.

¿Cayena?

Al otro lado de la cocina, abrió el armario de las especias y los sabores. Allí estaba, en primera línea.

¿Tendría razón Alexander? Podía probarlo, no perdía nada. ¿Pero cuánto era «un poco»? A ella le gustaban las medidas exactas y las balanzas digitales. Con una receta en la mano, se sentía segura, pero eso del toque mágico la sacaba de su terreno, como si no hiciera pie. Lo mismo le sucedía cuando estaba en presencia de Alexander West.

Pesó un poco de cayena con cuidado en la balanza y se la añadió a la mezcla, añadiendo más hasta que, de pronto, el helado cobró vida. No estaba picante, pero tenía el toque perfecto... igual que el que había hecho Ria.

¿Cómo lo había sabido él?

Ella le había visto hacer lo mismo a Ria en otras ocasiones. Le había visto sacar de pronto algo del armario de las especias para dar a un helado el toque que había necesitado. Era una especie de alquimia. Y resultaba muy frustrante no poder imitarla.

Necesitaba a Ria.

Necesitaba a Alexander.

¡No, a Ria!

Comprobó en la balanza la cantidad que había usado en la última mezcla y actualizó la receta en su portátil. Luego, miró su teléfono. No tenía mensajes.

Así que empezó a hacer el granizado de Earl Grey.

No era una receta nueva, pues ya la habían usado varias veces antes. Para repetirla, no había que experimentar, solo necesitaba concentrarse en el trabajo.

Alexander tardó unos minutos en concentrarse en lo que tenía que hacer. Tenía la molesta sensación de que estaba perdiendo los papeles.

Flexionó las manos, que todavía estaban cargadas de electricidad por el contacto de los dedos de Sorrel Amery. Su piel era fría y suave, seductora. Sus uñas rojas, a juego con sus labios, despertaban en él toda clase de fantasías.

Y eso era peligroso.

Tenía claro que su estilo de vida no hacía posible mantener una relación. Los tiempos en que las mujeres se quedaban en casa esperando a sus maridos cuando se iban de expedición durante meses o años habían desaparecido.

Él había hecho su elección y, aunque le dolía sacrificar ciertas cosas, amaba su trabajo, a pesar de la soledad que implicaba.

Tomando aliento, comenzó a revisar las facturas por pagar. Cuando dejó la última, se recostó en el asiento y trató de hacer encajar las piezas de su entrecortada conversación telefónica con Ria.

Sus palabras se habían escuchado distorsionadas, interrumpidas por los cortes de línea, pero la urgencia de su ruego había sido indiscutible. Al escucharla llorar de desesperación, no había podido hacer otra cosa que abandonar su búsqueda y volar a casa.

Encontrar el aviso que amenazaba con declararla insolvente entre un montón de facturas había supuesto cierto alivio. Él podía ocuparse de los problemas financieros, pero no podía hacer que Ria cambiara.

Y no era justo para la gente que confiaba en ella, como Sorrel Amery.

Por desgracia, en su caso no era cuestión solo de que le debiera dinero. A pesar de su diminuto atuendo, parecía ser que Sorrel Amery había convencido a hombres muy serios de que contrataran sus servicios de catering de helados. Hombres serios que él conocía.

Pero hacía falta algo más que una minifalda diminuta y una bonita sonrisa para convencerlo, se dijo e, irritado, tecleó el nombre de *Scoop* en un buscador de Internet.

Sorprendido, descubrió que tenía una web muy elegante y profesional. Había fotos de chicas atractivas y jóvenes apuestos con bandejas con miniconos o pequeñas copas de cristal con clásicos postres de helado.

Cuando pulsó uno de los links, vio una foto de Sorrel con un glamuroso vestido negro de cóctel que resaltaba su figura a la perfección. Se parecía al atuendo que había llevado su tatarabuela en una antigua foto familiar.

Pero, a diferencia de su tatarabuela, Sorrel sonreía de una forma tan irresistible que era imposible no comprar cualquier cosa que ella quisiera vender.

Era la misma sonrisa que le había dedicado a él. Aunque lo único que ella había estado pensando había sido en su negocio. A pesar del beso, Sorrel no se había dejado distraer de su objetivo ni un momento. Al parecer, solo tenía una cosa en la cabeza: helado.

Y eso era bueno.

Lo malo era que tenía que aguantarla. ¿O no era tan malo? Si era sincero consigo mismo, y muy a su pesar, tener que compartir el espacio con ella le estaba resultando bastante excitante.

Estaba claro que llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer, pensó. Lo que necesitaba era...

Una de las fotos que distraídamente acababa de abrir llamó su atención, sacándolo de sus pensamientos. En la imagen, una novia sonriente se llevaba a la boca un helado que combinaba a la perfección con el cuerpo bordado de su vestido. Se quedó mirándola un momento, antes de pasar a las siguientes fotos.

En otra, un equipo de fútbol celebraba su victoria con conos de helado a rayas negras y blancas, a juego con sus camisetas.

También había una fiesta de empresa, con los helados del color de su logo.

Y encontró una imagen de Rosie. Según rezaba su blog, la antigua furgoneta restaurada había hecho su aparición en todo tipo de eventos, como cumpleaños, bodas, apariciones en una serie de televisión... incluso un funeral.

Siguió husmeando hasta dar con lo que no sabía que había estado buscando: una foto de Sorrel Amery vestida de hada de Navidad. Con una sonrisa capaz de derretir los casquetes polares, abrazaba a una niña enferma y parecía estar contándole algo divertido, pues la pequeña reía.

Al parecer, Sorrel Amery era mucho más que unas piernas largas y unos ojos verdes con forma de almendra que evocaban una mañana de primavera.

Por otra parte, además de haber estado centrada en su empresa, había mostrado preocupación por el bienestar de Ria. Eso demostraba que era capaz de sentimientos nobles, algo que contradecía un poco la minifalda, los tacones y eso de besar a un hombre que había conocido hacía unos minutos. Un beso que, por cierto, lo había dejado sin aliento.

Encima, era una mujer con recursos, pues no se había desesperado cuando sus planes se habían truncado. Se había enfrentado al problema y, mientras, lo había convencido de hacer algo que iba contra todos sus principios.

Y, para eso, hacía falta mucho más que una bonita sonrisa.

Sorrel estaba exprimiendo unos pomelos como si le fuera la vida en ello cuando Alexander regresó a la cocina.

–¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? –preguntó él.

–El que haga falta. Todavía me queda un rato. Dejaré el sirope haciéndose e iré al colegio a buscar a Nancy –señaló ella y se miró el reloj, antes de girarse hacia él–. No es necesario que me esperes. Como creo que has adivinado, Ria me dio una llave para que pudiera recoger mis pedidos a deshoras.

–Me parece bien –repuso Alexander y se quedó pensando en Ria. Era una mujer de muchos talentos, pero entre ellos no estaba el saber hacer negocios–. Siento que te haya fallado.

–No es culpa tuya y ella no lo ha hecho a propósito. Ria es así.

–Sí –afirmó él. Ria era irresponsable, irritante, descontrolada... Aunque no había servido de mucho, él había estado apoyándola durante muchos años. Había querido compensarla por su pérdida...–. He redactado ya el acuerdo de alquiler.

–Qué rápido.

–Es un subarriendo de un mes. No ha sido difícil.

–No te subestimes –señaló ella y se limpió un poco de jugo de pomelo de la mejilla–. Y eso que acabas de llegar de un largo viaje... Debes de ser una bomba cuando duermes bien.

–Cuando consiga dormir, te lo digo. Mientras, ¿quieres firmar esto?

–Ahora mismo voy –dijo ella y dejó la cáscara del último pomelo para quitarse los guantes.

Después de comprobar la fecha y la firma del contrato original firmado por Ria, leyó una carta que él había redactado.

–¿Tú eres mi patrocinador? ¿Qué significa eso?

–Todos nuestros inquilinos deben estar patrocinados por un miembro de la junta de administración. Tendrás que enseñarnos tus libros de contabilidad y referencias antes de que se te conceda un alquiler definitivo.

–¿Y serás mi patrocinador también para eso?

–No. No voy a estar aquí.

Sorrel se encogió de forma casi imperceptible. Solo alguien que hubiera estado observándola con mucha atención, como Alexander, podría haberse dado cuenta.

–No, claro –respondió ella–. Bueno... todo parece estar correcto. ¿Tienes un bolígrafo?

–¿No vas a leer el contrato de alquiler?

–¿Es que estás abierto a negociar?

–No –negó él y le entregó el bolígrafo con rapidez.

–Eso pensé –comentó ella. Después de firmar las dos copias, le entregó una a Alexander–. Te he dejado el cheque pinchado en el corcho de los pedidos.

Por lo visto, Sorrel había tenido plena confianza en él, caviló.

–Un mes, Sorrel. Ni un día, ni una hora más –le advirtió.

Capítulo 7

Podría renunciar a un helado, pero no soy ningún cobarde.
Del *Libro de los helados,* de Rosie.

Nancy estaba en la puerta del colegio, esperando a su hija pequeña. Sorrel había esperado encontrarla triste o con aspecto de preocupación, pero más bien parecía encantada. Incluso había ido a la peluquería, como delataban sus nuevas y relucientes mechas rubias.

–Nancy... te he dejado muchos mensajes.

La otra mujer se giró de golpe.

–Oh, Sorrel... Iba a llamarte, pero he estado un poco ocupada –se excusó–. ¿Sabes algo de Ria?

–No, pero tengo buenas noticias para ti. He alquilado la heladería por un mes y, si todo va según el plan, Knickerbocker Gloria va a seguir abierto.

–¿Sí? Pero el señor West dijo...

–Sé lo que dijo el señor West. Sin embargo, hemos llegado a un acuerdo. Yo te contrataré por ahora y, cuando vuelva Ria, lo arreglaremos todo. Mientras, puedes venir mañana y seguiremos como siempre.

–¿Mañana? –repitió Nancy. Más que emocionada por recuperar su empleo, parecía presa del pánico.

–¿Algún problema?

–No... Sí...

–¿Qué pasa?

–Es que no puedo, Sorrel. Mañana, no.

–No me puedo creer que hayas encontrado ya otro empleo. No es que no te lo merezcas –puntualizó Sorrel al momento–. Cualquiera tendría suerte de que trabajaras para él –añadió. Nancy era una joven alegre, trabajadora y puntual. Sin embargo, la situación laboral no era tan buena como para contratar a una mujer a tiempo parcial de un día para otro.

–Nada de eso. Ni siquiera he empezado a buscar.

–Bueno... –repuso Sorrel. Era comprensible que se hubiera tomado un día libre para recuperarse del shock, pensó.

–Miré en la sección de anuncios del periódico local, pero no había nada. Entonces, vi que anunciaban un paquete de vacaciones.

–¿Vacaciones?

–En la costa. En uno de esos campings con piscinas, rutas para montar en bici y toda clase de juegos para los niños. El señor West me ha dado algo de dinero... Sé que se supone que era para mantenerme mientras encontraba otro empleo. ¿Pero cuándo voy a volver a tener en mis manos tantos billetes juntos?

¿Alexander le había pagado en *efectivo*?

–¿Te lo vas a gastar en unas vacaciones?

–Es solo una semana. Cuando vi el anuncio, me acordé de lo que Ria siempre dice, que hay que aprovechar las oportunidades porque no sabemos cuándo pueden repetirse.

Sí, sin duda, así era Ria, se dijo Sorrel, acordándose de las veces que se había marchado sin avisar para asistir a un concierto o para bailar alrededor de Stonehenge en el solsticio.

–Al ver ese anuncio, comprendí a qué se refería. Y he aprovechado mi oportunidad.

–¿Y qué pasa con el colegio? Estamos a mitad de curso, ¿no?

–He hablado con la tutora de la niña –repuso Nancy, poniéndose a la defensiva–. Dice que a Kerry le va a sentar mejor pasarse una semana en la playa que estar sentada en clase, respirando los gérmenes de los otros niños. Ha pasado un invierno muy malo con bronquitis. También llevo a mi madre –añadió–. Le debo mucho.

–Lo sé... –dijo Sorrel. Quiso alegrarse por ella, pero de lo que de veras tenía ganas era de sacudirla por los hombros por ser tan irresponsable y derrochar el dinero. Sin embargo, eso no cambiaría nada–. Bueno, espero que os haga buen tiempo y que lo paséis muy bien las tres.

–Puedo estar en la heladería el próximo viernes, si todavía me necesitas –se ofreció Nancy con ansiedad. Con un repentino ataque de pánico, añadió–: No tendré que devolverle el dinero al señor West si acepto el empleo, ¿verdad?

–¿Qué dijo él cuando te lo dio?

–Solo que me serviría para mantenerme durante un tiempo. Se fue al banco para sacarlo y entregármelo.

–¿Eso hizo? –preguntó Sorrel, sonriendo para sus adentros–. Qué amable.

–Es un encanto. No es para nada como yo esperaba.

–No.

–Lo que pasa es que con las vacaciones, la peluquería y la ropa que le he comprado a mi hija...

–Claro que voy a querer contratarte cuando vuelvas, Nancy. Y no, no tendrás que devolverle el dinero al señor West. Eso ha sido... un regalo –afirmó Sorrel, tragando saliva. Si las cuentas de Knickerbocker Gloria no tenían dinero, lo que Alexander le había dado a Nancy debía de haber salido de su propio bolsillo. Y, encima, ella lo había acusado

de no preocuparse por Nancy–. Eso ha sido un regalo.

–¿Estás segura?

–Sí. Y, en el futuro, trabajarás para mí. Empezaremos de nuevo –Sorrel se sacó un billete del monedero–. Dale esto a Kerry de mi parte, para que se compre helados en sus vacaciones.

–Oh, gracias. Eres muy amable.

–Nada de eso –repuso. Alexander sí que había sido generoso–. Esto es trabajo nada más. Dile que quiero que me lo cuente todo de la competencia: sabores, colores, presentación... Con fotos.

–Bien –dijo Nancy, riendo. Pero, enseguida, su sonrisa se desvaneció–. ¿Tú estarás bien? ¿Quién llevará la venta al público mientras yo estoy fuera?

–No te preocupes por eso –la animó Sorrel, dándole un abrazo–. Quiero que te diviertas y te relajes. Nos vemos cuando vuelvas.

–De acuerdo.

Entonces, Nancy se giró cuando los niños comenzaron a salir en tropel del colegio. Sorrel se quedó mirando con ojos tristes, sumida en sus recuerdos, cuando la otra mujer recibió en sus brazos a su hijita.

Y el consejo de Ria resonó en su cabeza. «La vida es incierta. Es mejor aprovechar el momento».

Alexander estaba haciendo un inventario de los contenidos del congelador cuando Sorrel volvió. Por supuesto, él no se había molestado en ponerse gorro ni bata, pero se había recogido el pelo con una goma. Solo sirvió para resaltar sus rasgos fuertes y masculinos, su musculoso cuello, sus mejillas esculpidas.

–¿Por qué no te vas a casa y descansas? –sugirió ella, irritada, mientras Alexander se agachaba para examinar la balda de abajo, consiguiendo que los vaqueros se le ajustaran todavía más a los muslos–. No voy a robarte nada.

–Parece que vienes de mal humor –observó él, levantando la vista hacia ella–. ¿No has encontrado a Nancy?

–Sí, la encontré.

Gracias a Alexander West y su inesperada generosidad, Sorrel tenía la heladería, pero no había nadie que pudiera despachar los helados. Nancy se merecía unas vacaciones, aunque no podía haber elegido peor momento.

Sorrel se lavó las manos, se puso la bata blanca, el horrible gorro y, consciente de que él la observaba, se colocó un par de guantes de goma. Comprobó cómo estaba el sirope que había dejado haciéndose con el zumo de pomelo y, a continuación, vertió la mitad en una heladera. Acto seguido, quitó el envoltorio de plástico que protegía el tapón de la botella de champán y se dispuso para descorcharla.

Alexander se acercó y dejó el cuaderno sobre una mesa.
–Deja que yo lo haga.
–Puedo sola –protestó ella, retorciendo el tapón con fuerza.
–No lo dudo, pero si sigues haciendo eso te vas a romper una uña.
–Qué amable –repuso con tono burlón.
–Has tenido un mal día y lo último que necesitas es que se convierta en un desastre.
Sorrel levantó la vista, lista para descargar toda su frustración, cuando se dio cuenta de que él estaba sonriendo.
Durante un momento, se sintió tan sorprendida que se quedó sin respiración. Entonces, sin poder evitarlo, se le escapó la risa. La situación tenía su gracia, debía reconocerlo. Y eso era exactamente lo que ella necesitaba. Reírse un poco para combatir el estrés...
–Idiota –dijo ella–. Una uña rota no es un desastre. Pero tienes razón. No tengo tiempo de ir a la manicura.
–Así está mejor –replicó él, tomándole la botella de la mano. Con un movimiento rápido y limpio, la descorchó–. No sé qué es lo que te ha disgustado tanto, pero con ese humor de perros solo vas a conseguir que se te corte el sorbete.
–Si eso pasa, será culpa tuya.
–Como todo, ¿no? –replicó él y agarró la segunda botella de champán, para abrirla también.
–Eso no lo sé –admitió ella–. Pero voy a tener que apañármelas sin Nancy y, sin duda, es por tu culpa.
Su comentario captó la atención de Alexander.
–¿Ya ha encontrado otro empleo?
–No, ni siquiera lo ha buscado. No deberías haberle dado el finiquito en efectivo –le acusó Sorrel, dejando claro que ella no era la única en meter la pata de vez en cuando.
–No tenía la chequera encima.
–Claro, hoy en día nadie lleva la chequera encima –replicó ella, en tono burlón–. Por desgracia, el efectivo es más fácil de gastar.
–Es imposible que se lo haya gastado todo.
–¿Sí? –Sorrel se preguntó cuánto dinero le habría dado–. Todo, no. Pero un nuevo peinado en la peluquería, unas vacaciones y ropa nueva para su hija deben de haberle costado una buena suma.
Alexander soltó una maldición.
–Lo siento. El dinero era para que pudiera sostenerse hasta que encontrara otro trabajo –explicó, exasperado.
–Tú y yo lo sabemos. Nancy... –comenzó a decir Sorrel y levantó la mano en un gesto de impotencia–. Cuando me lo contó, quise sacudirla, pero la verdad es que la pobre no se ha ido de vacaciones desde que el padre de su hija la abandonó –reconoció, pensando lo frágiles que eran las mujeres cuando estaban a merced de un hombre

irresponsable e inmaduro–. Cuando le dije que volviera al trabajo, lo que más le preocupó fue si iba a tener que devolverte el dinero.

–Claro que no –aseguró él y agarró la tercera botella–. Le pagué el finiquito con dinero del negocio de Ria.

–No, esa todavía no –señaló ella, tocándole la mano para detenerlo.

Una oleada de calidez la invadió cuando sintió el contacto de la mano de Alexander bajo la suya. Era fuerte y morena. Tuvo deseos de acariciársela y seguir subiendo por su brazo, sentir sus irresistibles músculos.

Alexander se quedó mirando la mano que lo agarraba. Era mucho más blanca que la suya, con las uñas pintadas del mismo color que la falda. Entonces, cuando levantó la vista hacia ella, reconoció en sus ojos lo mismo que él sentía. Una emoción intensa e imposible de ocultar.

Debía hablar para romper la tensión que vibraba entre los dos, se dijo Sorrel.

Tenía que decir algo para romper el hechizo, antes de que acabara haciendo algo estúpido...

–Me sorprende... –consiguió balbucear–. Me sorprende que, si Ria tenía ese dinero en su cuenta, no lo usara para pagar sus deudas.

–Hay un par de restaurantes que le deben dinero –explicó él, sin dejar de mirarla a los ojos.

Derritiéndose, Sorrel pensó que necesitaba un milagro para resistir a la tentación que tenía delante. En ese momento, un teléfono comenzó a sonar. Ella lo ignoró.

–Iré a cobrarlo –se decidió Alexander.

–¿Sí? ¿Cómo sabes que no le han pagado ya a Ria en efectivo? –preguntó Sorrel, apartando la mano–. Igual lo han hecho a cambio de un descuento. Con lo que yo le pagué, no tendrá para mucho.

–Eres rápida para hacer cuentas.

–Por desgracia, no tanto como quisiera. Si hubiera sabido el lío en que se encontraba, la habría ayudado –afirmó, meneando la cabeza–. No lo entiendo. No parecía preocupada por nada. La última vez que la vi, incluso parecía entusiasmada –comentó–. Por desgracia, ahora tengo otro problema. Mañana es viernes, el hombre del tiempo dice que hará sol, la gente de Maybridge querrá helados y no tenemos a nadie que despache en la heladería.

–¿Tenemos?

Con el plural, Sorrel se había referido a su empresa Scoop, pero no le importaba incluir a Alexander. Por alguna razón, él se estaba tomando las cosas de forma muy personal.

–Lo haría yo sola –continuó–. Pero, como sabes, mañana tengo un evento importante. Ahora mismo debería estar en Cranbrook, preparándolo todo.

–Espero que no estés insinuando que es culpa mía.

–Tú eres quien le dio dinero a Nancy para irse de vacaciones –dijo y sonrió, para hacerle saber que no estaba enfadada con él. Por el contrario, Alexander cada vez le gustaba más. A pesar de que necesitaba un buen corte de pelo, no llevaba traje y prefería explorar una jungla infestada de mosquitos que establecerse en un lugar como un adulto responsable.

Como Graeme, se recordó, el hombre que había elegido como esposo ideal. Maduro, estable... era todo lo que Alexander no era.

Sin embargo, en ese momento, Alexander esbozó una sonrisa y, mirando la deliciosa curva de sus labios, Sorrel se olvidó de respirar.

–¿Sabes cómo hacer bolas de helado? –preguntó ella–. Solo tienes que usar esta cuchara, presionar el mango y... –señaló, mostrándole el utensilio necesario–. Seguro que es más divertido que revisar cuentas.

–En eso no voy a discutir contigo.

–Pues déjalo para el lunes. Es una pena malgastar un viernes tan soleado en hacer un trabajo de oficina.

–¿De verdad me estás pidiendo que atienda la heladería?

Sin pensar, Sorrel le tocó el brazo en un gesto sencillo, una muestra de apreciación por todo lo que estaba haciendo por ella.

–Me gustaría. Por desgracia, deberías hacer el curso de manipulador de alimentos antes.

–Sé que tengo que lavarme las manos.

–No lo dudo, pero me temo que Sanidad exige un certificado que lo demuestre.

–Bueno, qué se le va a hacer.

–Por otra parte... –comenzó a decir, pensativa.

–¿Por otra parte qué?

–Si ocupas el puesto de Basil mañana en Cranbrook... Basil podría despachar en Knickerbocker Gloria hasta que vuelva Nancy.

–¿Cómo dices? ¿Me estás ofreciendo trabajo?

–Te pagaré lo mismo que a él.

–Supongo que será el salario mínimo.

–Y algo más.

–Deja que lo adivine. ¿Todo el helado que quiera?

–¿A estos precios? –replicó ella, mirando al cielo–. Debes de estar de broma. Podría ofrecerte un descuento si quieres contratar a Rosie para una fiesta.

–¿Qué te parece la fiesta de Navidad del año que viene en el orfanato?

–Solo les cobramos a precio de coste –indicó ella–. Pero si vienes con nosotros y haces de Papá Noel, igual podrías convencerme para que no les cobrara nada.

–Es casi irresistible –contestó Alexander, haciendo hincapié en el

«casi».
–De acuerdo, dejaré que me ayudes a hacer el sorbete de champán. Es mi última oferta.
–¿Sin tener el carnet de manipulador de alimentos? –preguntó él con una sonrisa provocadora–. ¿Qué van a decir de eso en Sanidad?
–Me refería a que me ayudaras a abrir el champán, ya que te preocupan tanto mis uñas –señaló ella–. También voy a necesitar un catador. Después del gran trabajo que hiciste detectando el elemento mágico en el helado de pepino, eres mi salvación.
Entonces, Alexander rio, envolviéndola con sus carcajadas como una suave y refrescante brisa.
–Debería haberte echado cuando tuve la oportunidad, Sorrel Amery.
–De eso, nada. Te tengo calado, Alexander West –se defendió ella. Había tardado un poco, pero al fin había comprendido por qué Ria tenía esa mirada embelesada cada vez que recibía una de sus postales–. De acuerdo, esta es mi oferta final. Todo lo anterior, más una cena casera. Apuesto a que Ria no tiene nada de comer en su nevera –aventuró, arqueando una ceja–. ¿Tengo o no razón?
–Pensé...
–¿Qué?
Él no contestó, pero no hizo falta.
–¿Pensaste que yo era solo fachada?
–Bueno, más o menos. Pero vaya fachada –repuso él, recorriéndola con la mirada con gesto provocador.
Sorrel tragó saliva, tratando de mantener la calma.
–Hay que añadir el champán al sirope... –indicó y se aclaró la garganta–. Cuando quieras, puedes pulsar el botón de la batidora.
–¿Y cuándo quieres que lo pruebe?
–Cuando empiece a espesar.
–¿Qué vas a hacer tú?
–Voy a comprobar cómo van las cosas en Cranbrook, si no te parece mal –contestó y, mientras Alexander vertía el champán en la batidora, llamó a su hermana por teléfono–. ¿Elle? ¿Ya han llevado la barra de los helados a Cranbrook Park?
–Sí. Sean y Basil la han instalado ya. Todo está en su sitio. ¿A ti cómo te va? Suenas un poco nerviosa.
–¿Sí? Bueno, he tenido un día bastante complicado, pero todo va saliendo bien.
–¿Sabes algo de Ria?
–No, pero hoy no puedo preocuparme por ella.
–¿Y cómo vas a solucionar las cosas, Sorrel? ¿Qué pasa con ese nuevo helado de chocolate que hay que preparar para la semana que viene? ¿Ya lo has hecho?
–No.

–Vaya lío. ¡No puedo creer que Ria nos haya hecho esto!

–Lo solucionaré –aseguró Sorrel, bajando la voz para que Alexander no la oyera–. Aunque tenga que irme a Gales a buscarla yo misma.

–No lo dejes para el final. Gales es más grande de lo que crees.

A continuación, Sorrel llamó a su tío abuelo Basil, quien le confirmó que todo iba según lo previsto para la fiesta de Jefferson.

–Basil, ¿qué te parece si mañana la abuela y tú os ocupáis de despachar en la heladería?

–¿Quieres que sirvamos conos de helado al viejo estilo, *banana splits* y copas de sabores bañadas en salsa de chocolate caliente? –preguntó su tío abuelo con entusiasmo.

–Eso es –repuso Sorrel, aliviada–. Buscaré a un par de estudiantes para que vayan a ayudaros y se ocupen de servir las mesas. Quiero que todo esté perfecto.

–Tengo que consultarlo con Lally, pero creo que no habrá problema. Estará encantada de ayudar. ¿Pero quién va a ocuparse de la fiesta de Jefferson?

–Lo tengo todo pensado –afirmó, y miró a Alexander, que estaba observando cómo el sorbete empezaba a helarse. Debería ponerse un gorro, pensó–. Tengo un voluntario listo para ocupar tu lugar.

–Si te refieres a mí, no me he ofrecido voluntario para nada –observó Alexander, sin volverse.

–Ah y dile a la abuela que habrá una persona más para cenar, por favor. Tendré que sobornar a mi voluntario con pastel de carne y cerveza de malta.

Capítulo 8

El helado es como una medicina; el secreto está en la dosis.
Del *Libro de los helados,* de Rosie.

Llevado por su instinto, Alexander estaba acostumbrado a prestar atención a los sonidos a su alrededor. En la jungla, eso podía salvarle la vida. Allí, no tenía por qué concentrarse en el murmullo del congelador, ni en el ruido de la batidora. No había ningún peligro y podía enfocar toda su atención en Sorrel.

Percibió su tono de urgencia al teléfono, su leve titubeo cuando le aseguró a Elle que lo solucionaría todo, cómo bajaba la voz para decirle que esta dispuesta a ir a Gales a buscar a Ria si hacía falta. También, notó su calidez y su sonrisa cuando hablaba con alguien llamado Basil.

Solo por estar en la misma habitación que ella, a Alexander le daban ganas de sonreír.

–¿Pastel de carne y cerveza de malta? –le preguntó, pues por la forma en que ella había elevado el tono al decírselo a su tío abuelo estaba claro que pretendía que él la oyera.

–A menos que seas vegetariano como Ria. En ese caso, puedes comerte el tofu de Geli.

–¿Quién o qué es Geli?

–Así llamamos a mi hermana menor, Angélica –repuso ella, acercándose a él para comprobar cómo iba el sorbete–. La amante de los animales.

–¿Y Elle?

–Es mi hermana mayor.

–La que tiene tres hijas.

–Todas menores de cinco años.

–Cielo santo.

–Ella lo lleva muy bien y su marido la ayuda mucho –comentó Sorrel–. Se le dan genial los pañales –añadió, mientras una sombra fugaz le atravesaba el rostro.

–Me alegro por él.

–Sí... –afirmó ella, mientras, de nuevo, una expresión triste se asomaba a su rostro–. Mi abuela se llama Lovage, pero todos la llaman Lally.

–¿Una cena familiar? –preguntó Alexander, sin mucho entusiasmo.

–Mira, siento si no puedo ofrecerte algo más emocionante, pero mañana va a ser un día muy largo y, además, tú no estás vestido para ir a un buen restaurante. O cenas con mi familia o nada.

–Puedo quitarme la camiseta, si tanto te molesta –propuso él, sin molestarse en contener su sonrisa.

–¡No! –exclamó ella–. Olvida la camiseta. Prueba esto... –señaló, paró la heladera y sacó dos cucharas de plástico–. ¿Qué te parece? –preguntó, tendiéndole una.

Cuando inclinó la cabeza para probar el sorbete, Alexander detuvo la mirada justo en el escote de Sorrel y necesitó unos segundos para recordar lo que se suponía que estaba haciendo.

–¿Y bien? –quiso saber ella.

–Da la sensación de que chisporrotea en la lengua.

–Buena señal –comentó ella con tono profesional.

En sus fugaces visitas a casa, Alexander siempre se había buscado parejas sin mucho fondo, chicas superficiales que solo habían querido un poco de diversión. A pesar de lo escaso del atuendo de Sorrel, no se parecía en nada a ellas, caviló. Igual se había estado perdiendo algo importante durante todos esos años. Tal vez, debería ampliar sus horizontes, se dijo.

–¿Está lo bastante dulce? –le preguntó ella–. Ten en cuenta que se sirve con un poco de grosella en el fondo del vaso para darle dulzura y color. Y bayas en la pajita.

–¿Cómo quieres que me imagine eso? –inquirió él a su vez. Lo cierto era que su mente estaba ocupada imaginando otras cosas, como el aspecto que tendría el pelo de Sorrel suelto, rozándole la piel...–. ¿Qué clase de bayas?

–Frambuesas y arándanos.

–Muy bonito –comentó y volvió a probar otra cucharadita–. Teniendo en cuenta las bayas, supongo que no le falta nada. Aunque...

–¿Qué?

–Te apuesto una semana de alquiler a que se acabará antes que el helado de pepino.

–De veras tienes que actualizar tus opiniones sobre los gustos de los helados –replicó ella, cortante–. Tienes que verlo todo en su conjunto. Demasiada dulzura puede resultar empalagosa.

–Contigo, no hay ese peligro, ¿verdad? –dijo él, apoyándose en la mesa.

–¿Cómo dices?

–Sorrel es el nombre inglés de la acedera, del género *rumex,* una planta de usos culinarios y medicinales que se caracteriza por su sabor amargo.

–Claro, había olvidado que eres botánico.

–Solo por accidente. Soy farmacéutico, especializado en hierbas

medicinales.

–Ria también sabe mucho de plantas. Hace una crema relajante buenísima de lavanda.

–Yo siempre llevo un poco conmigo. Tenemos mucho que aprender de las sociedades primitivas.

–¿Es a eso a lo que te dedicas? –quiso saber ella–. ¿Buscas plantas que la gente lleva usando durante siglos y las traes a la civilización para estudiarlas?

–Se están extinguiendo a velocidades vertiginosas, incluso antes de que sepamos de su existencia. Es una carrera contrarreloj.

–Son mucho más importantes que las orquídeas.

–Sí –afirmó él y esbozó una amplia sonrisa–. Pero no son ni la mitad de eróticas.

–Si conduces por la calle principal, no vas a pasar desapercibida para nadie –comentó él, mientras Sorrel abría las puertas traseras de su furgoneta para meter los helados.

–Esa es la idea.

La furgoneta era negra y las letras de la palabra *Scoop* estaban escritas con conos de vainilla. Fuegos artificiales multicolor adornaban el logo, llenando el resto de la carrocería. Cada vez que Sorrel veía el diseño que había realizado su hermana Geli, tenía ganas de sonreír.

–Así no te perderás para seguirme –dijo ella y entró en la heladería para cargar más helados.

–¿Seguirte? –preguntó él, yendo detrás para ayudarla.

–A mi casa. Para cenar –contestó Sorrel, sujetando una gran heladera con él. Estaban demasiado cerca. Si movía sus dedos unos milímetros, sus manos se tocarían. Si lo tocaba, tendría ganas de besarlo otra vez...

Sorrel soltó la heladera para dejar que la llevara él solo y se giró para agarrar otro contenedor del congelador.

–¿Cómo vamos? –quiso saber Alexander, después de cargar el recipiente en el vehículo.

–Solo nos quedan un par de viajes y habremos terminado –repuso ella. Recogió su bolso, comprobó que todo estaba en su sitio y puso la alarma antes de cerrar la heladería–. ¿Dónde tienes el coche?

–No tengo coche. He venido caminando desde casa de Ria.

–¿Caminando? –repitió. Había, al menos, tres kilómetros de distancia, pensó. La mayoría de los mortales habría llamado a un taxi.

–Quería estirar las piernas.

–Claro. Para un hombre que se pasa el día recorriendo la jungla habrá sido cosa de poco –bromeó.

–He tomado el atajo por el río. Un paseo por la orilla al amanecer es

una buena forma de empezar el día.

–Sin murciélagos ni mosquitos que lo estropeen.

–Bueno, tienes que pasear por el río de noche si quieres ver murciélagos. Les gusta cazar insectos en el agua –dijo él.

–Sí... –admitió Sorrel. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había paseado por ese camino, sin preocupaciones en la mente, disfrutando de los aromas y los sonidos que la rodeaban–. También vienen a nuestro jardín al anochecer. Igual esta noche tienes suerte –añadió con una sonrisa.

Entonces, hubo un momento de silencio en que los dos se quedaron quietos, mirándose. Apartando la vista, Sorrel tomó su chaqueta del asiento delantero y se la puso por los hombros.

Eso debería de haberle hecho más fácil a Alexander no distraerse. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la imagen de su blusa de tirantes, su escote y sus hombros color crema.

Acto seguido, Sorrel se sentó en el asiento del conductor. Pero él siguió sin moverse, embelesado con las vistas de aquellas largas piernas.

–¿Qué pasa? No me digas que tienes algún problema con las mujeres al volante...

–Si te dijera que sí, ¿me dejarías conducir?

–¿Tú qué crees? –replicó ella con una sonrisa.

Por lo general, Alexander no tenía ningún problema con que condujeran las mujeres. Pero esa en concreto lo tenía loco.

Esa mañana, había tenido muy claro lo que iba a hacer. Iba a cerrar la heladería, ir a buscar a Ria y asegurarle que todo estaba arreglado.

Había pensado pasarse unos días revisando todos los papeles acumulados en su ausencia y, después, regresar a Pantabalik y continuar con su búsqueda de esa planta medicinal tan escasa que todavía no había logrado hallar. No sabía si su existencia era un mito o si los nativos estaban ocultándosela de forma deliberada, tal vez porque temieran que quisiera robarles su poder.

Sin embargo, un par de horas en compañía de Sorrel habían bastado para distraerlo de sus propósitos. A pesar de estar cansado, ella lo había embobado con su aroma, su color, su entusiasmo y su seductora sonrisa. Además, Alexander se había dado cuenta de que ella sufría por algo que había perdido, un recuerdo que él había despertado sin querer. Lo había notado en su mirada. Eso se le daba muy bien...

–No seas tan machista –dijo Sorrel, riéndose ante su aparente reticencia a ocupar el asiento del copiloto–. Te prometo que no me ha tocado el carnet de conducir en un paquete de galletas.

–Claro que no. Todo el mundo sabe que las mujeres obtienen sus carnets de conducir a cambio de los cupones que vienen en el jabón para lavadoras.

Sorrel rio.
–Eres increíble, Alexander West.
–¿No me digas? ¿Y qué vas a hacer al respecto?
–¿Yo? –preguntó ella, mirándolo con ojos irresistibles.
–¿Quién si no?
–Ah... –balbuceó, quedándose con los labios entreabiertos.
Lo único que Alexander tenía que hacer era inclinarse y besarla. Solo tenía que aceptar su invitación de sentarse con ella en un jardín de noche, rodeados por el aroma a flores, esperando la aparición de los primeros murciélagos.
Pero no solo quería besarla, reconoció para sus adentros. Ansiaba apretarla contra su pecho y acostarse con ella. Quería despertarse a su lado y que ella lo mirara justo así, como lo estaba mirando en ese momento.
–Uno de estos días, Alexander West, alguien podría tomarte en serio. Entonces, tendrías problemas.
–¿Tú crees? –preguntó él. En realidad, ya tenía problemas. Sería fácil acostarse con ella sin más, sin compromisos y sin obligaciones. Pero esa clase de relaciones tenían sus reglas, y no incluían conocer a sus abuelos ni a sus hermanas.
Demasiado tarde...
Era hora de inventarse una excusa y escapar, antes de que las cosas se complicaran todavía más.
–Si te digo la verdad, estoy demasiado cansado –señaló, pasándose las manos por la cara–. Ha sido un día muy largo y, si voy a tu casa, me dormiré encima del pastel de tu abuela.
Si Sorrel tembló cuando arrancó el motor, no fue porque hubiera estado sacando helados del congelador. Fue por el modo en que Alexander la había estado mirando. Su mirada la había envuelto de calidez, llenándola de deseo. Y eso estaba mal, muy mal.
Sin embargo, ¿por qué se sentía tan bien?, se preguntó.
–Tienes que comer –le dijo, mientras se ponía el cinturón de seguridad. Sabía que estaba jugando con fuego, pero no podía evitarlo–. Una cena es lo menos que te debo por rescatar mi helado de pepino. Y por proteger mis uñas.
Y entonces, cuando lo miró, adivinó lo que Alexander pretendía. Su reticencia no tenía nada que ver con el cansancio, ni con dejar que una mujer condujera. Lo que quería era buscar una excusa para no aceptar la invitación, sin parecer grosero.
Así era ella, admitió para sus adentros, un poco mandona. Bueno, tenía que serlo, si quería sacar adelante su empresa. Aunque aquello era diferente.
Habían estado todo el día juntos, rozándose, hasta se habían besado. No eran niños. Los dos comprendían lo fácil que sería cruzar la

frontera entre lo que se debía y no se debía hacer.

Igual que ella tenía su plan de vida, él debía de tener el suyo. Tal vez hubiera alguien esperándolo en alguna parte. Había sido amable, la había ayudado, pero eso era todo. El beso no había significado nada, se dijo, tratando de ignorar su decepción.

–Aunque tengo que admitir que tienes un aspecto horrible. Salta a la vista que necesitas dormir más que el comer –señaló ella.

–Gracias –dijo él con una sonrisa.

–De nada. Súbete. Te dejaré en casa de Ria.

–No hace falta, no te pilla de camino. Además, me vendrá bien caminar. No estoy acostumbrado a pasarme todo el día sentado en un despacho.

La verdad era que la casa de Ria si estaba de camino, pensó Sorrel. Sin embargo, a pesar de las ganas que tenía de llevarlo, darle de comer y asegurarse de que descansara bien, se dio cuenta de que él lo decía en serio. Así que mantuvo la boca cerrada.

Aquello, sin duda, era lo mejor que podía hacer, se felicitó. Por una parte, ella tenía un objetivo claro en la vida, convertirse en una mujer de negocios de éxito. Y, por otra, cualquier hombre que viajaba a lugares donde no había oficinas de correos debía de ser capaz de cuidar de sí mismo. Ella tenía que ocuparse de su propia vida. Caer en la tentación con un hombre que se había cruzado en su camino era lo último que necesitaba en ese momento.

Sorrel cerró la puerta de la furgoneta y bajó la ventanilla.

–¿Estás seguro de que no quieres que te lleve? No quiero que te quedes dormido por el camino.

–Seguro. Por favor, preséntale mis excusas a tu abuela. No dudo que su comida sea deliciosa pero, en este estado, yo no le haría justicia.

–Bueno, la verdad es que nunca se sabe cómo va a ser la comida en su casa. A veces es deliciosa y otras, no tanto. Puede que tengas suerte por no venir –repuso con una sonrisa–. Gracias por haberme ayudado hoy, Alexander. ¿Me llamarás si tienes noticias de Ria?

–Dame tu número –pidió él, lo grabó en su móvil y dio un paso atrás.

Sorrel se quedó parada, mirándolo, hasta que se dio cuenta de que Alexander estaba allí de pie, esperando a que se fuera. Entonces, se puso en marcha. Había mucho tráfico y, en el primer semáforo, él la adelantó caminando.

Alexander ni la miró, ni la saludó, a pesar de que era improbable que le hubiera pasado desapercibida su furgoneta. Ella, en cambio, se quedó contemplándolo hasta que el claxon impaciente del coche de atrás la avisó de que el semáforo estaba en verde.

Alexander se encaminó hacia el río, después de parar a comprar un tentempié que se comió en un banco junto al agua, echando miguitas a los patos. Entonces, deseó haber ido con Sorrel a cenar a su casa. Hacía mucho tiempo que no se llevaba al estómago una comida casera.

Lo malo era que su hambre tenía más que ver con Sorrel que con la comida de su abuela.

Tal vez, había estado demasiado tiempo en la jungla sin una mujer. La chispa había saltado en cuanto se habían mirado y, según parecía, la atracción había sido mutua.

Se sentía como si su destino aquella mañana hubiera sido acostarse con ella. Sin embargo, en el momento en que sus labios se habían tocado, había intuido que habría sido un error.

Conocía bastante a las mujeres como para saber que Sorrel no le había dado la bienvenida como una amante experimentada. Le habían temblado los labios y se había derretido en sus brazos. Por alguna razón, intuía que no era la clase de chica que buscaba una aventura pasajera. Sin embargo, eso era lo único que él podía ofrecerle. No era posible mantener una relación a distancia. Ya lo había intentado en una ocasión y había conseguido que le devolvieran el anillo de compromiso en una carta de despedida.

Había pretendido asustarla con ese beso y quitársela de encima. Pero ella tenía demasiado que perder. Y él, muy a su pesar, solo había conseguido no poder dejar de pensar en su cuerpo perfecto, en su sonrisa, en su pelo rizado.

Después de terminarse el tentempié, se levantó del banco y comenzó a caminar como si le fuera la vida en ello. Tal vez, así podría calmar su deseo.

¿Cuántas veces ese día había estado a punto de repetir el beso? ¿Cuántas veces había tenido la tentación de tomarla allí mismo, sobre el escritorio de Ria?

Quizá, si acudía a Cranbrook Park al día siguiente, Sorrel repetiría su invitación. Aunque ella no esperaba que asistiera...

Si fuera listo, saldría corriendo mientras podía, se dijo y, tras quitarse los zapatos, metió los pies en el río.

Capítulo 9

Un poco de helado es como una aventura sexual: un dulce placer que levanta el ánimo.

Del *Libro de los helados,* de Rosie.

Sorrel metió los helados en el congelador del garaje, echó a los perros que habían ido a saludarla y entró en la cocina, que olía de maravilla.

–Hola, cariño. ¿Has trabajado mucho? –la saludó su abuela, girándose hacia ella–. ¿Y tu amigo?

–¿Amigo? –replicó Sorrel y bajó la temperatura del horno. Tenía que llevar a su abuela al oculista, pensó–. Ah, te refieres a Alexander. No ha podido venir.

–¿Quién es Alexander?

–Graeme... –saludó Sorrel, sintiéndose culpable cuando vio entrar a Graeme. Sin embargo, no tenía nada de lo que avergonzarse, aunque...–. No he visto tu coche.

–Hacía un día tan bueno que he venido andando.

–¿Sí? –dijo ella–. Lo siento, no esperaba verte esta noche. ¿Cómo va todo en tu trabajo?

–Todo va muy bien –afirmó él–. La semana pasada me encontré a Basil en el pueblo y me pidió que echara un vistazo a su declaración de la renta. Así que pensé en venir esta noche para matar dos pájaros de un tiro.

–Ah. ¿Y quién es el otro pájaro?

–Estás un poco dispersa, Sorrel –comentó él, frunciendo el ceño.

–Bueno, he tenido un día muy difícil –repuso ella. Aunque, sin Alexander, habría sido mucho peor, se dijo y se obligó a sonreír–. Gracias por ayudar a Basil.

–De nada. También pensé que, sí venía, te ahorraría tener que llamarme.

–Ah, sí, claro –dijo ella. Se había olvidado de la ópera–. No he tenido tiempo de revisar mi agenda todavía.

–Bueno, puedes hacerlo ahora. Además, querías hablarme de la heladería, ¿no?

–Eso serían tres pájaros –bromeó, un poco incómoda–. Bang, bang, bang.

Cuando Graeme la miró confundido, Sorrel no pudo evitar pensar

que Alexander se habría reído.
–Lo siento, tienes razón. Sí quería hablar contigo, Graeme. Quiero proponerle a Ria que sea mi socia. He tenido una idea muy buena y…
–¿Socia? ¿Estás loca? –la interrumpió.
–Es posible. Ha sido un día muy largo…
–¿Estás cansada?
Lo cierto era que no estaba cansada. Estaba excitada, emocionaba, y no quería que nadie le echara un jarro de agua fría encima.
–… y va a ser un largo día mañana –continuó diciendo–. Si te soy sincera, lo que me apetece ahora es darme un buen baño e irme a la cama.
–¿De verdad? No es tu estilo –comentó él mirándola con desaprobación.
Desde el punto de vista de Graeme, las mujeres de negocios no se daban el capricho de un baño de espuma cuando tenían que tomar decisiones financieras. Aunque tampoco se pasaban todo el día de pie, preparando helados, pensó Sorrel.
–Bien. Cenaremos mañana. Así podremos hablar –concedió él.
Sorrel reconoció de inmediato el tono de su voz, intuyendo que lo que quería era quitarle la idea de la heladería de la cabeza.
–Prefiero dejarlo para la semana que viene, Graeme. Necesito un poco más de tiempo para analizar la situación.
–La situación está muy clara… –comenzó a decir él, cuando Midge, uno de los perros, entró a la carrera, se chocó con él y le llenó los pantalones de pelos–. ¡Por todos los santos! –exclamó irritado, sacudiéndose los pantalones–. Es hora de que tu hermana madure, Sorrel. Esta es vuestra casa, no un refugio para animales.
–Lo siento mucho –se disculpó Sorrel y, al momento, pensó que lo más lógico era que Graeme se hubiera puesto algo más informal para ir a cenar a una casa que sabía que estaba llena de perros.
Alexander, con sus vaqueros y su vieja camiseta, no habría sido tan quisquilloso con los pelos de Midge, se dijo. Sin embargo, no debía compararlos.
Tal vez, Graeme no estaba preparado para ayudarla a mezclar helados, pero había estado allí cuando había necesitado su experiencia para hacer que su empresa se dedicara a los eventos de alto nivel.
Alto, delgado, con el pelo bien cortado, camisas de sastre, trajes de chaqueta de corte inglés clásico… Era el hombre más elegante que conocía.
Además, tenía una excelente reputación de genio de las finanzas y, entre sus propiedades, tenía un piso junto al Támesis en Londres, un chalet en Cornwall y una mansión victoriana en Longbourne.
–Te buscaré un cepillo para la ropa –se ofreció.
–No te preocupes, lo llevaré al tinte –contestó él y, sin levantar la

vista, volvió a preguntar–: ¿Quién es Alexander?
–¿Alexander? –sin poder evitarlo, Sorrel se sonrojó–. Nadie. Un amigo de Ria.
–Uno de esos hippies, sin duda.
–¿Alexander es hippie? ¿Lleva collares de colores? –inquirió la abuela de Sorrel, sonriendo al recordar sus viejos tiempos. Luego, meneando la cabeza un poco, cambió de tema–. Necesito perejil.
–Iré a cortarte un poco del jardín –dijo Sorrel, contenta de tener una excusa para dejar de hablar con Graeme. La atmósfera estaba demasiado cargada. Salió por la puerta de la cocina y se detuvo delante de la maceta del perejil.
–¿Y bien? ¿Lo es? –preguntó Graeme, observándola desde la puerta.
–¿Qué? ¿Hippy? –replicó ella, fingiendo una sonrisa. El tono posesivo de Graeme no la complacía tanto como cabía esperar, caviló. Ni siquiera su presencia le gustaba esa noche–. No lo sé. Solo he visto a los hippies en fotos viejas de los periódicos. Creo que ya no se llaman así, sino New Age.
–Tú sabes a lo que me refiero.
Sí, Sorrel lo sabía.
–Bueno, no lleva collares, ni flores en el pelo –señaló con tono cortante–. Está echándole una mano a Ria con la heladería.
–Típico. Puedo imaginarme el desastre.
¿Por qué estaba Graeme tan molesto? ¿Acaso podía leerle en la cara que había besado a Alexander?, se preguntó.
–Quizá, si fueras más amable con ella, te habría llamado a ti –comentó Sorrel.
Graeme dio un respingo. Por alguna razón, parecía que se tomaba la forma de vida de Ria y su actitud despreocupada con los negocios como una afronta personal.
–Estoy segura de que Alexander sabe lo que hace –afirmó Sorrel, mientras enjuagaba el perejil debajo del grifo–. Aunque eso no es asunto nuestro.
–Si te planteas invertir en su negocio, sí es asunto tuyo –puntualizó Graeme–. Y, si está ayudando a Ria, ¿no debería ser ella quien lo invitara a cenar?
–Ella no está.
–¿Dónde está?
–Ha tenido que ir a ver a su familia por un asunto urgente –mintió Sorrel–. Sin la ayuda de Alexander, el evento de mañana habría sido un desastre. Invitarlo a cenar era lo menos que podía hacer.
–No deberías mezclarte en sus asuntos.
Sorrel no se molestó tampoco en señalar que se estaba contradiciendo a sí mismo.
–Sus asuntos me interesan. Necesito a Ria. Scoop necesita a Ria.

–¿Por qué? Cualquiera puede hacer helado. Tú lo has hecho hoy. No deberías pensar en asociarte con esa mujer –le advirtió él–. Solo necesitas su equipo, y eso podrás conseguirlo a precio de saldo cuando cierre y sus acreedores lo vendan todo en subasta pública.

Sorrel se quedó callada, sin saber qué decir. De pronto comprendió que, cuando le había hablado de los problemas económicos de Knickerbocker Gloria, Graeme solo había visto una oportunidad de negocio. Y esperaba que ella lo viera de la misma manera.

–Lo hice usando las recetas de Ria –le recordó–. Y están protegidas por la ley de propiedad intelectual.

–Por todos los santos, Sorrel, seguro que puedes comprárselas. Hay que aprovechar las oportunidades. Puedes contratar a un estudiante para que te haga los helados, seguro que se conformará con el salario mínimo.

–¿Cómo dices?

–Sé que Ria es amiga tuya, pero en los negocios no hay lugar para el sentimentalismo. No sabes lo que me repugnaba verte mezclada con alguien para quien su empresa no es más que un juego. Ya ha estado al borde de la quiebra un par de veces en el pasado. Si te soy sincero, estaba esperando que llegara este momento.

¿Pero por qué sonaba tan satisfecho, sin preocuparse por lo que significaba para Ria y para Nancy cerrar la heladería?, se dijo Sorrel.

–Es tu momento de actuar. Puedes expandir su negocio. Estás construyendo una marca sólida en el mercado –continuó Graeme.

Sorrel sabía que lo decía para ayudarla. Sin embargo…

–Estoy segura de que tienes razón y hablaremos de ello cuando pueda pensar con claridad, pero ahora mismo voy a dar un paseo con los perros antes de cenar, si no te importa.

–Creía que estabas cansada.

–Lo estoy, pero llevo todo el día encerrada y necesito un poco de aire fresco antes de dormir –repuso –. Te pediría que vinieras conmigo, pero te mancharías los zapatos.

–Sí… –murmuró Graeme, un poco confuso por cómo estaba deshaciéndose de él–. ¿Qué me dices del veinticuatro?

Sorrel sacó su agenda electrónica y le echó un vistazo.

–Tengo una boda el día veinticinco… –dijo, pensando que podía utilizarlo como excusa.

–Bueno, si va a ser una molestia…

–¡No! –exclamó. Llevaba años invertidos en esa relación. Y no iba a pelearse con Graeme por culpa de una heladería. Formularía un plan de negocio y hablaría con otra persona para tener una segunda opinión–. Me las apañaré.

–Bien –asintió él–. Lo prepararé para que un coche te traiga a casa desde Londres.

Entonces, Sorrel no pudo evitar comparar la gran diferencia que había entre lo despacio que iban las cosas con Graeme, que no se había acostado con ella todavía, y lo deprisa que habían ido con el hombre que acaba de conocer esa mañana. Pero no iba a dejar que el beso que había compartido con Alexander West echara por tierra los planes de futuro que se había diseñado con tanto cuidado.

–¿Es necesario? Tendré que estar en Londres al día siguiente de todos modos –contestó, esperando que la invitara a quedarse a pasar la noche en su casa.

–¿Has encontrado la cerveza, Graeme?

–Basil –saludó Graeme, girándose hacia el tío abuelo de Sorrel–. Lo siento, estaba hablando con Sorrel.

–Ah, no te había visto, tesoro –saludó Basil a su sobrina–. Bueno, hablad tranquilos. Yo llevaré las cervezas.

–No, ya hemos terminado –repuso Graeme–. Llámame este fin de semana cuando tengas tiempo para hablar, Sorrel.

Alexander había quedado por la mañana temprano con el contable de Ria. Su socio, que había estado ocupándose de las cuentas durante años, estaba enfermo y lo había sustituido un hombre más joven e inexperimentado. El nuevo contable, sobrepasado por la situación financiera de Knickerbocker Gloria, se había alegrado de poder ceder el testigo.

Luego, se dirigió a Knickerbocker Gloria para seguir revisando las cuentas. Al llegar, se encontró la puerta abierta y todo preparado para un gran día en la heladería. Un cliente estaba pidiendo un helado de tres bolas a un hombre de aspecto distinguido que atendía tras el mostrador.

–¿Basil Amery? Soy Alexander West –se presentó–. Gracias por haber venido a ayudar.

–No me cuesta nada, chico, me divierto mucho aquí. ¿Pero tú qué haces aquí? Deberías estar en Cranbrook Park.

–¿Ah, sí? –replicó Alexander. ¿Acaso Sorrel había contado con él? La noche anterior, cuando se habían despedido, él creía haber dejado claro que no iría. Aunque, tal vez...–. Es que no quedamos en nada.

–Qué raro. A Sorrel siempre le gusta dejar los cabos bien atados.

–Creo que fue culpa mía. Es por el jet lag...

Basil se giró sin esperar a que terminara y llamó a alguien que había en la trastienda.

–Lally, cariño, ¿qué dijo Sorrel exactamente sobre el señor West?

–No mucho. Le pregunté si era hippie, pero Graeme estaba allí... –comenzó a decir una elegante mujer de unos sesenta años, mientras salía de la trastienda, hacia el mostrador–. ¿Tú eres Alexander? –

preguntó con una sonrisa.

–Alexander West –se presentó él, tendiéndole la mano por encima del mostrador–. Debes de ser la abuela de Sorrel. Veo el parecido.

–No, es Elle quien más se parece a mí. Sorrel es más como su madre –repuso la señora, encogiéndose de hombros.

–Tal vez, pero tenéis la misma sonrisa.

–¿Sí? –dijo Lally, seria–. Ay, mi marido se enfada tanto por mi sonrisa…

–Te perdiste un delicioso pastel de carne anoche –señaló Basil, interviniendo para rescatar a Alexander.

–Seguro que sí. Por desgracia, no habría sido muy buena compañía.

–Mejor que Graeme, creo yo. No le gustan nada los pelos de perro –comentó Lally.

¿Graeme?

–Lo mismo le pasa con los collares de colores –continuó Lally y lo miró de arriba abajo–. ¿Tienes listos tus pantalones cortos y el polo blanco de tenis? Es así como van a ir los camareros en Cranbrook Park. Los de Basil no van a servirte, tienes la cintura demasiado estrecha.

–Solo un par de centímetros más que yo –protestó Basil.

–Con eso basta, querido. No puedes llevar una bandeja si estás sujetándote los pantalones –repuso Lally con una sonrisa–. No pasa nada, Alexander. Jefferson es quien les da las ropas a los chicos. Pásate por allí y diles que eres parte del equipo de Scoop. Ellos te vestirán.

Por suerte, un cliente entró en la heladería y Alexander aprovechó la oportunidad para escapar.

–Iré a por los libros de cuentas.

Alexander no había ido, pero Sorrel no lo había esperado. No quería verlo. La distraía demasiado.

Él había sido claro la noche anterior. Y ella lo comprendía. No era razonable esperar que ayudara a alguien que no conocía. Ya había hecho bastante por ella el día anterior.

Todo estaba bien, se dijo, respirando hondo. Ella misma sustituiría a Basil. También, había llevado la cámara para tomar fotos para el blog. Así que, antes de que empezaran a llegar los invitados, hizo que los muchachos de su equipo de camareros se colocaran delante de un bonito templete.

–A ver, sonreíd –les dijo, encuadrando la imagen.

Cuando había tomado media docena de fotos e iba a decirles a sus muchachos que podían irse, alguien habló detrás de ella.

–Espera. Yo también quiero hacer una –señaló uno de los fotógrafos

de la prensa–. Tienes buen ojo para elegir el encuadre. ¿Quién eres?

–Sorrel Amery, de Scoop –contestó ella y miró la tarjeta de identificación de su interlocutor–. Vamos a servir sorbete de champán. ¿Y tú para quién trabajas, Tony?

–Para *Celebrity*. ¿Te importa si os hago una foto desde aquí también?

–No, si prometes publicarla –repuso ella y le tendió una de sus tarjetas de visita, para que no olvidara quiénes eran.

–Eso depende del jefe de diseño, pero unas cuantas chicas guapas siempre quedan bien en una revista –señaló el fotógrafo y leyó la tarjeta–. ¿Helado? ¿De qué sabor vas tú? –preguntó, observando el conjunto verde de Sorrel–. ¿Menta? ¿Pistacho?

–No, va de pepino.

Sorrel se estremeció cuando una mano se posó con gesto posesivo en su hombro.

–Alexander... –balbuceó, tratando de mantener la calma–. Llegas tarde. Casi te pierdes la foto.

–No creo que mencionaras ninguna hora.

–¿No? –dijo ella, sintiendo cómo el calor de su mano le invadía el cuerpo, corriéndole por las venas con un excitante cosquilleo–. Tienes mi número. Podrías haberme llamado.

–Y tú podías haberme llamado a mí para recordármelo.

–Pensé que te levantarías tarde –señaló y, haciendo un esfuerzo, se zafó de su contacto–. Debes de estar muy cansado por el jet lag.

–¿Sigo teniendo ojeras? –preguntó él con una sonrisa–. ¿No estoy lo bastante guapo para la foto?

Sorrel lo miró de arriba abajo. Llevaba unos pantalones cortos de tenis y un polo blanco que le sentaba de maravilla. Las muestras de cansando de sus ojos habían desaparecido. Su rostro era fuerte, masculino, con una mandíbula firme y algunas finas cicatrices en las mejillas, tal vez, producidas por el roce de las hojas venenosas y cortantes de alguna planta de la jungla, pensó. Quiso tocárselas con la punta de los dedos, acariciarlo...

–Seguro que al fotógrafo no le importará corregir tus defectos con Photoshop.

Sin poder evitarlo, Sorrel siguió mirándolo embobada.

–Iba a ir a la peluquería hoy a cortarme el pelo, pero pensé que esto era más urgente –señaló él.

Sin pensar, Sorrel le puso la mano en el brazo.

–Así estás bien.

–¿De verdad? –replicó él y, por primera vez esa mañana, la miró a los ojos.

Entonces, Sorrel se derritió. Apartó la mano de golpe, como si le quemara y, sin saber qué hacer con ella, se colocó un rizo rebelde

detrás de la oreja. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué se comportaba como si tuviera otra vez diecisiete años?

–Solo por esta vez. La próxima, deberás tener el pelo corto –le advirtió, tratando de hacer una broma, aunque estaba demasiado nerviosa como para sonar graciosa–. Por cómo vienes vestido, supongo que has estado en la heladería.

–Fui a recoger los libros de cuentas.

–Y te topaste con Basil y Lally –adivinó ella. Lo más seguro era que se hubiera visto forzado a ir a ayudarla–. ¿Qué tal están?

–Bien. Aunque tu abuela pareció decepcionada porque yo no llevara collares de colores. Me pregunto por qué le vino a la cabeza tal cosa –comentó él–. Tiene tu sonrisa.

–Sí… –murmuró ella–. Yo le dije que eras amigo de Ria. Y como Ria es un poco hippie…

–Ya. Lo entiendo. ¿Has tenido noticias suyas?

–¿De Ria? –Sorrel negó con la cabeza. ¿Por qué iba a llamarla a ella, pudiéndolo llamar a él?–. Pero he encontrado una postal que me envió desde Gales. Es de un lugar llamado Myddfai. ¿Crees que ha podido ir allí?

–¿Por qué? ¿Estás planeando ir a buscarla?

–No tengo otra elección. Iba a hacer un nuevo helado de chocolate con chile. Es un encargo especial para una empresa que importa té, café, chocolate y especias.

–¿Sabían que Ria era la responsable de hacerlo?

–¿Qué más da eso? Me han contratado a mí. Graeme tiene toda la razón. Estas no son formas de llevar un negocio.

Capítulo 10

Ser fuerte es tener la capacidad de abrir un bote de helado y comer solo una cucharada.

Del *Libro de los helados,* de Rosie.

–¿Graeme?

Sorrel parpadeó ante su tono posesivo.

–Graeme Laing –contestó–. Es mi asesor financiero.

Alexander la miró a los ojos con intensidad, como si tratara de leerle la mente.

–Supongo que es más que eso.

–No... –Sorrel y se sonrojó de golpe–. Lo conocí cuando nos dio una charla sobre cómo empezar un negocio en la universidad. Después, fui a hablar con él y siempre he seguido sus consejos. Desde entonces, es mi mentor.

–Y no le gustan los perros, según creo.

–No le vuelve loco el pelo de los perros –admitió ella–. Pero ahora mismo está más preocupado por Knickerbocker Gloria. Me aconseja que espere a que la heladería se vaya a pique y la compre luego a precio de saldo. Más o menos, lo mismo que tú me sugeriste.

–Es un buen consejo.

–Tal vez –balbuceó, aunque tenía la mente en otra parte, en los labios de Alexander...–. Me está ayudando a conseguir mi ambición de convertirme en millonaria a los veinticinco.

–Entonces, debes seguir su consejo sin dudar –sugirió él.

Aunque no se mostró impresionado por aquel objetivo, tampoco se burló.

–¿Y cuánto tiempo te queda?

–Solo un par de años –respondió ella–. Y, aunque sé que Graeme y tú tenéis razón, si tengo que elegir entre la ambición y la amistad, lo tengo claro –añadió–. Invertiré en Knickerbocker Gloria, pero solo si Ria acepta ser mi socia.

–¿Estás segura? –preguntó él, mirándola pensativo.

–No estoy segura de nada, Alexander. Lo único que sé ahora mismo es que deberías haberte puesto pantalones largos. Vas a hacer que las piernas de mis estudiantes parezcan demasiado pálidas y escuálidas.

–No sabía que podía ponerme pantalones largos, pero no te preocupes. Nadie se fijará en los chicos, todos mirarán a las chicas.

–Los hombres mirarán a las chicas –dijo ella. Pero todas las mujeres lo mirarían a él, pensó, mientras Alexander posaba sus bonitos ojos azules en las camareras–. ¿Quieres que te presente a mi equipo? De izquierda a derecha, tenemos a Mermelada de frambuesa, Tarta de queso al limón, Vainilla mexicana, Batido de cerezas, Crema de mocca y Tarta de fresa, también conocidas como Lucy, Amika, Kylie, Poppy, Jane y Siena.

–Muy bonito, pero tenías razón. Demasiada dulzura puede resultar empalagosa –comentó él y la miró de arriba a abajo–. Me encanta la sorpresa del pepino.

–¿Qué sorpresa?

Alexander sonrió, contemplándola con ojos seductores.

–Es frío y crujiente por fuera y por dentro es suave, con un inesperado toque picante cuando lo muerdes.

Sonrojándose, Sorrel se dijo que tenía que ponerle freno a aquella ridícula reacción de su cuerpo antes de que fuera demasiado tarde.

–Te equivocas. Yo voy vestida de *praliné* de pistacho.

Alexander meneó la cabeza.

–El pistacho es más amarillo y la menta es más azulada. Ese vestido que llevas es de color pepino, sin ninguna duda. Confía en mí. Soy especialista en botánica.

–Entonces, me temo que estás demasiado cualificado para este trabajo –señaló, apartando la vista–. No esperaba que fueras a presentarte por aquí.

–Basil me dijo que sí lo esperabas.

–Me temo que te has dejado manipular por mis abuelos...

–Yo no me dejo manipular por nadie.

–¿Pues por qué has venido?

–Porque este lío es culpa mía, porque me prometiste una cena casera...

–¡Ah! –exclamó ella. Así que esa era la razón. Se sentía culpable y quería comida. Suspirando, intentó ignorar su decepción.

–Y porque no he podido evitarlo –añadió él.

Durante un momento, sus miradas permanecieron entrelazadas en silencio. Una oleada de deseo por aquel extraño que se había cruzado en su camino invadió el cuerpo de ella, caliente como la lava de un volcán.

–Sorrel... –dijo Crema de mocca con timidez–. Siento interrumpir, pero creo que tenemos que empezar.

–Sí... claro... sí –balbuceó Sorrel y tardó un momento en recordar el nombre de la chica–. Jane... gracias.

Como si hubiera intuido que le flaqueaban las piernas, Alexander agarró a Sorrel del brazo mientras caminaban hacia el edificio donde iba a ser la presentación y la dejó en una de las mesas.

Tenía que recuperar la compostura, se dijo Sorrel. Debía escribir el nombre de Alexander en una tarjeta identificativa para que se la prendiera de la camiseta, pero sus dedos no la obedecían...

No la ayudó mucho que él se sentara a su lado, con sus rodillas rozándose debajo de la mesa.

–Dime lo que tengo que hacer –Alexander le tomó el bolígrafo y escribió su nombre él mismo.

–No puedo pensar... –repuso Sorrel, mientras él la observaba con el ceño fruncido–. Me sería de gran ayuda que apartaras tu rodilla... –murmuró, sin pensarlo–. Lo siento... –se disculpó, sin estar segura de por qué. ¿Por no ser capaz de escribir su nombre en la tarjeta? ¿Por haberse olvidado del tiempo y el espacio? ¿Por haber dejado patentes sus sentimientos de una forma tan obvia?–. Yo no... Esto no...

–Respira –murmuró él, colocándose la identificación en su sitio. Apartó la rodilla unos centímetros–. Inspira y espira. Eso ayuda.

Alexander tenía razón. Acordarse de respirar la ayudó mucho. Eso y ver que él se había colocado la identificación al revés. Al parecer, no era ella la única con dificultades para centrarse.

–¿Qué es lo que hace Basil exactamente? –preguntó él.

Sorrel trató de concentrarse.

–Es una especie de showman. Actúa de maître en esta clase de eventos y está alerta para comunicarnos qué hace falta.

–De acuerdo –dijo él con gesto preocupado–. Siento que te tengas que conformar conmigo.

–No te preocupes. Seguro que lo vas a hacer muy bien –lo animó con una sonrisa–. El truco es que no dejen de servirse helados, asegurarte que siempre hay algo en las bandejas y que se sirve rápido, antes de que se derrita.

–Cada vez me parece más atractivo el plan de ocuparme de las cuentas de Ria.

–Demasiado tarde. Durante las dos próximas horas, serás solo mío –añadió, mirando al suelo para que él no pudiera ver lo feliz que le hacía esa idea.

–Supongo que no tendrás inconveniente en devolverme el favor.

–Claro –replicó, y levantó la vista. Durante una milésima de segundo, sus ojos se encontraron y una poderosa corriente eléctrica la recorrió. Se sintió incapaz de moverse, de hablar...

–Dos horas de tu tiempo... yo te diré cuándo –señaló él con una sonrisa seductora.

Sorrel se llevó la mano al corazón, que le latía desbocado.

–Yo... esto... El helado ha de servirse en pequeñas cantidades y muy deprisa, ese es el truco –indicó–. Por eso necesito tantos camareros.

–¿Por qué no están en clase?

Debía respirar, se recordó Sorrel.

–Tengo un acuerdo de colaboración con el taller local de empleo –contestó. Hablar sobre cosas superficiales la ayudaría a centrarse–. A los estudiantes de catering y relaciones públicas les viene bien tener algo de experiencia que poner en su currículum.

–¿Y dónde vas a estar tú?

–En Gales. Primera parada, Myddfai –respondió–. A no ser que se te ocurra una alternativa.

–No, me parece un buen punto de partida. Pero lo que te estaba preguntando es dónde vas a estar tú mientras yo les quito los chorretes de helado a los famosos de la ropa.

–Ah... Ahora que estás aquí, yo puedo ocuparme de supervisar el servicio. ¿Sabías que llevas la identificación al revés?

–¿Ah, sí?

Sorrel se la colocó bien, aunque los dedos le temblaron un poco al rozar su fuerte pecho.

–Respira, Sorrel –murmuró él y la sujetó de la cintura para evitar que se tambaleara.

–Alexander... –comenzó a decir, presentándoselo a las chicas. Olía tan bien, a ropa limpia, a piel caliente...–. Esta sustituyendo a Basil, así que si tenéis algún problema, es vuestro hombre.

–Yo tengo un problema –bromeó una de las chicas, provocando risitas en las demás.

–Mermelada de frambuesa –la reprendió Sorrel–. No seas descarada.

–Yo creía que esa eras tú –comentó Alexander en voz baja.

–¿Qué? ¿Mermelada de frambuesa o descarada?

–Las dos cosas –contestó él tras unos segundos de vibrante silencio–. Pero me equivoqué. No sabes a frambuesa.

A Alexander no le costó mucho conseguir que los helados no dejaran de circular. Todo desaparecía tan rápido entre los asistentes que los camareros apenas tenían tiempo de servirlo.

–Me equivoqué respecto al pepino –reconoció él, cuando se encontró con Sorrel en la barra.

–Te dije que yo voy vestida de helado de pistacho.

–No me refiero a tu ropa, sino al helado –repuso–. Está teniendo mucho éxito, sobre todo entre las mujeres.

–¿De verdad? ¿Admites que has perdido la apuesta?

–Eso depende. No hemos dicho qué apuestas tú.

–Si yo pierdo, pagaré el alquiler completo –le recordó ella–. ¿Necesitas algo?

Cuando él esbozó una lenta y sensual sonrisa, Sorrel se derritió.

–¿Helado? –volvió a preguntar.

–Las señoras que están viendo el tenis me han pedido una bandeja

de granizados de Earl Grey.

–Sospecho que lo que quieren es que tú se los sirvas –Sorrel ya se había fijado en cómo no le quitaban el ojo de encima.

–Igual deberías enviar a otro camarero.

–¿Y decepcionar a unas clientas? De eso, nada –negó, mientras servía los granizados en pequeños vasos, decorando cada uno con cáscara de limón a la velocidad del rayo. Junto a cada vasito, colocó un crujiente barquillo de limón.

–Se nota que tienes experiencia.

–Lo he hecho mil veces.

–Tienen un aspecto muy tentador.

–No hagas esperar a lady Louise –indicó, echándolo con un gesto de la mano mientras empezaba a preparar dos cortes de frambuesa y tarta de queso al limón–. No le hará ninguna gracia que su granizado se caliente.

–Sí, señora.

Cuando Sorrel levantó la vista de nuevo, vio que Alexander había sido interceptado a medio camino por una bella locutora de televisión, que tenía fama de devorahombres y era portada habitual en las revistas del corazón. La joven se inclinó hacia él, mostrándole su generoso escote, y le susurró algo al oído. Él contestó y ella empezó a reír y tomó una copa de granizado de la bandeja. Entonces, el fotógrafo de *Celebrity* disparó, captando el momento.

Era probable que su granizado de Earl Grey, en manos de la famosa del momento, junto a un desconocido muy atractivo, fuera la próxima portada de la conocida revista, pensó Sorrel.

Debería estar contenta por ello, se dijo; pero al ver que Alexander seguía sonriendo mientras se encaminaba a la pista de tenis, no pudo evitar sentirse rabiosa.

–Fabuloso, Sorrel –la felicitó Nick Jefferson cuando todos los invitados se hubieron ido–. Gracias por tu maravillosa aportación al evento. Alexander... –dijo, girándose hacia él–. Creí haberte visto antes, pero pensé que era una alucinación.

–Estoy aquí desde hace un par de días.

–Lo que me sorprende es verte trabajando de camarero.

–Son cosas que solo pasan una vez en la vida –señaló Sorrel con una sonrisa.

–Bueno, gracias de nuevo, Sorrel. Estamos en contacto. Mi sobrina va a cumplir dieciocho dentro de un par de meses y quiere tener a Rosie en su fiesta.

–Claro. Avísame en cuanto sepas la fecha.

–Te llamaré la semana que viene –repuso Nick–. ¿Te quedas mucho

tiempo, Alexander?

–Una semana o dos.

–Pues llámame si tienes tiempo para vernos –dijo Nick y se despidió.

–¿Quieres que haga algo más? –preguntó Alexander a Sorrel.

Ella negó con la cabeza. Los estudiantes de su equipo estaban bien entrenados y ya habían limpiado y recogido todo.

–Has estado genial. Muchas gracias.

–De nada. Bueno, ¿quién ha ganado?

–¿Ganado?

–¿Qué se acabó primero, el sorbete de champán o el helado de pepino?

–Relájate, voy a pagar el alquiler. El sorbete voló, no nos ha quedado nada.

–¿Puedo hablar con la señorita Amery?

–¿Graeme?

Por segunda vez ese día, a Sorrel le dio un vuelco el corazón al oír la voz de un hombre. La primera vez, le había entusiasmado que fuera Alexander. En esa ocasión, sus sentimientos eran más confusos. Debería estar encantada de que Graeme se hubiera tomado la molestia de ir a verla. Pero, en lugar de eso, se sentía un poco irritada.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Anoche... –comenzó a decir Graeme, e hizo un gesto con la mano, indicando que lo que tenía que decir era solo para sus oídos y que el camarero debía captar la indirecta e irse.

Sin embargo, el camarero no se movió.

–¿Anoche? –preguntó ella.

–Estabas muy picajosa, como si te pasara algo.

–¿De verdad? –replicó. ¿Tal vez había estado picajosa porque se había ofrecido a dormir con él y él la había ignorado?

–Cuando no volviste a cenar, me preocupé.

–¿Sí? –Al parecer, no se había preocupado lo bastante como para ir a buscarla, pensó–. Di un paseo por el río con los perros.

–No me preocupaba tu seguridad, sino tu estado mental –señaló Graeme–. Si te soy honesto, temo que hagas alguna tontería.

–¿Por qué? –inquirió Alexander.

Graeme le lanzó una fría mirada y siguió hablando con ella.

–Podemos tomar algo aquí y charlar.

–Ya pasó la hora del té –señaló Alexander–. Es una pena. El helado de pepino ha sido un éxito. ¿Por qué crees que Sorrel puede hacer una tontería?

–Vamos, Sorrel –ordenó Graeme, con el mismo tono con que solía ordenar a los perros que se apartaran.

–A mí me parece que Sorrel Amery tiene la cabeza muy en su sitio,

no es la clase de mujer que hace tonterías –continuó Alexander, como si Graeme no hubiera hablado.

–¿Quién eres tú?

–Se llama Alexander West, el amigo de Ria –lo presentó ella–. Se ofreció voluntario para sustituir a Basil hoy. Y este es Graeme Laing, mi asesor financiero.

Graeme la miró con impaciencia, haciendo caso omiso de la presentación.

–¿Dónde está Basil? ¿No se encuentra bien?

–Está muy bien. La abuela y él están trabajando para mí en la heladería hoy.

–¿Para ti?

–He alquilado el local durante un mes, hasta que arreglemos las cosas. Necesito sus instalaciones para mis helados.

–¡Eso es ridículo! Basil debería estar aquí –opinó Graeme y suspiró–. Es de esto de lo que te estaba hablando. Tienes que distanciarte de esa mujer, Sorrel, y dejar tus emociones al margen del negocio.

–No puedo. La necesito.

–¡Claro que no! Te he explicado ya lo que tienes que hacer... –repuso Graeme, alzando la voz. Al darse cuenta de que empezaba a llamar la atención a su alrededor, añadió–: Tenemos que hablar esto en privado. Iré a reservar una mesa en la terraza.

–Sorrel... –dijo Alexander.

Ella posó la mano en su brazo, para hacerle saber que lo había oído. Su contacto la invadió de calidez. Pero debía concentrarse en Graeme. Necesitaba explicarle su plan. Quería su apoyo, tenerlo de su lado.

–Lo último que quiero es distanciarme de mis emociones –admitió Sorrel en tono calmado–. Mi negocio me apasiona. Quiero que crezca. No quiero que sea solo para la gente privilegiada. Quiero que todo el mundo pueda probar un pedazo de lo que hacemos. Y quiero que Ria sea mi socia.

La noche anterior, en su paseo nocturno, Sorrel había tenido tiempo para pensar y poner en orden sus ideas.

–Voy a contratar a Geli para que decore Knickerbocker Gloria y, cuando la hayamos convertido en la mejor heladería del mundo, voy a convertir la marca en una franquicia.

–¿Estás loca? ¿Tienes idea de lo que significaría eso?

–Sorrel.

Ella se giró hacia Alexander. Él le tomó la mano.

–Ahora –dijo él.

–¿Ahora?

–Quedamos en que yo diría cuándo –señaló Alexander, arqueando una ceja.

Entonces, Sorrel lo comprendió. Habían quedado en que, si la

ayudaba con el evento, ella le debería dos horas de su tiempo y que él diría cuándo.

No podía haber elegido un momento peor, pensó. ¿Acaso no se daba cuenta de que aquello era importante, no solo para ella, sino también para Ria?

Después de mirarlo, Sorrel volvió a posar los ojos en Graeme. El contraste entre los dos hombres era pasmoso.

Graeme tenía el aspecto de haberse escapado de un anuncio de alguna prestigiosa revista masculina. Alto, esbelto, exquisitamente vestido de pies a cabeza, con el pelo cortado a la perfección, un suave aroma a carísimo aftershave y la expresión de haber mordido un limón.

Alexander tenía una mancha de carmín en la mejilla, una mancha de frambuesa en la manga y la expresión de estar pasándolo en grande.

En ese momento, Sorrel tuvo ganas de abofetearlos a los dos.

–Siento estropear sus planes, señor Laing –comentó Alexander antes de que ella pudiera hablar–. Pero la señorita Amery y yo tenemos un asunto pendiente y me ha prometido dos horas de su tiempo.

–¿Qué asunto?

–No te preocupes, Graeme –lo tranquilizó ella, furiosa con ambos–. No tiene nada que ver con el dinero.

Capítulo 11

No estropees el momento de comerte un helado sintiéndote culpable.
Del *Libro de los helados,* de Rosie.

Ninguno de los dos dijo una palabra hasta que llegaron al aparcamiento. Entonces, Sorrel se soltó de su mano.

–Gracias por elegir un momento tan oportuno –lo reprendió.

–Él no te estaba escuchando, Sorrel.

–Lo sé. Es culpa mía. No debería habérselo soltado todo así, pero eso es lo que pasa cuando te dedicas a hacer castillos en el aire durante toda la noche, en vez de dormir –admitió. También era lo que pasaba cuando el deseo no la dejaba pensar con claridad, pensó, pero no lo dijo–. Tendría que haber elegido un momento mejor para explicarle mi plan.

–Puede que no lo haya conocido en su mejor momento, pero Graeme Laing no me parece la clase de hombre que apoye una idea tan arriesgada. Dudo que nunca sea un buen momento para vendérsela.

–No –dijo ella, saliendo en su defensa–. No lo entiendes. Graeme necesita ver un plan de negocio sobre el papel, comprobar que tienen una base sólida –señaló. Incluso así, Graeme era difícil de convencer, reconoció para sus adentros. Durante el último año, ella le había contado un par de ideas y las había considerado poco prácticas o demasiado apresuradas–. No es la clase de hombre con quien hablar de cosas importantes dando un paseo por el río y tirando palitos a los perros.

–¿Tampoco le gustan los perros?

–¿Qué? Ah, no –respondió. Al menos, no le gustaban los chuchos demasiado afectuosos y peludos. Si Graeme alguna vez tenía un perro, sería de buena raza e iría siempre tan bien aseado como él.

–¿Y tiene alguna buena cualidad?

–Es muy inteligente y me ayudó mucho cuando yo estaba empezando. Lo que pasa es que...

–Te estaba hablando como si fueras una niña, Sorrel.

–No... Tal vez, un poco –admitió. Era como si Graeme no quisiera que ampliara su negocio, como si quisiera mantenerla como estaba. Pero eso era ridículo, se dijo, con todo lo que había hecho para ayudarla–. Debería haber esperado a tener las cosas bien sentadas y un

plan firme sobre el papel. He metido la pezuña hasta el fondo.

Alexander le recorrió las piernas con la mirada y se fijó en sus bailarinas rosas con florecitas.

–Son unas pezuñas muy bonitas.

Sorrel notó cómo se sonrojaba y trató de cambiar de tema.

–¿Cómo has venido a Cranbrook?

–En coche –señaló él con una sonrisa y sacó unas llaves del bolsillo para abrir la puerta de un flamante deportivo.

–¿Es tuyo? –inquirió ella, acariciando el bonito Aston Martin, caliente por el sol–. Es precioso.

–Perteneció a mi padre –repuso él.

Sorrel se fijó en que Alexander había empleado el pasado y levantó la vista hacia él.

–Murió hace catorce años –la informó, respondiendo a su pregunta silenciosa.

–Lo siento.

Alexander se encogió de hombros.

–Tuvo un ataque al corazón. Podría haberse salvado si lo hubieran tratado a tiempo, pero se había comprado un yate por su cumpleaños y estaba a millas de distancia de la costa, disfrutando de una aventura extramatrimonial. La mujer en cuestión se puso histérica y no fue capaz de pedir ayuda por radio. Cuando al fin llegó el guardacostas, mi padre había muerto.

–Alexander... qué horrible.

–¿Te refieres a que él estaba siendo infiel o a que ella no sabía manejar la radio del yate? –preguntó él con tono cínico.

–¡A ninguna de las dos cosas! –exclamó ella, meneando la cabeza–. Es horrible morir de esa manera.

–Sí, sobre todo, porque era dueño de la compañía farmacéutica que vende las mejores medicinas para el corazón del mercado –comentó Alexander, en apariencia, inmune a la tragedia.

–Bueno. Lo que me parece horrible es más el efecto que su muerte pudo tener en la mujer que lo acompañaba. Y en su mujer. Y en ti.

–Yo apenas lo conocía. Ni a mi madre. Se separaron cuando yo tenían ocho años y me enviaron a un internado.

–Pero...

–Estaba siéndole infiel a su cuarta esposa cuando murió –explicó Alexander–. Mi madre se casó otra vez un año después del divorcio. Su segundo marido es diplomático y viajan mucho. La última vez que supe de ella, estaban en América del Sur.

Parecía tan distante, tan desapegado...

Alexander había erigido una sólida barrera a su alrededor para que nadie le tuviera lástima, reflexionó Sorrel, conteniendo su deseo de abrazarlo.

–Sois una familia muy viajera –comentó ella, por decir algo.

–Viajamos. Pero nunca hemos sido una familia –señaló él, meneando la cabeza–. ¿Nos vamos? –preguntó de forma abrupta–. Yo te sigo.

–Bien.

Con el corazón encogido por haberle despertado malos recuerdos, Sorrel caminó hasta su furgoneta. Cuando se puso en marcha, paró junto al coche de Alexander y bajó la ventanilla.

–Si hay mucho tráfico y nos perdemos, toma el desvío a Longbourne –dijo ella. Entonces, se le ocurrió algo–. ¿Tu padre tuvo una aventura con Ria?

Él no contestó. No hizo falta.

–Por eso te sientes responsable. ¿Era ella la mujer del barco?

Alexander negó con la cabeza.

–Eso pasó hace mucho tiempo, cuando mis padres estaban casados todavía. Ria trabajaba en GFW. Imagino que era una joven llena de vida y encantadora.

–¿Y se casó con ella?

–No. Ria no buscaba un compromiso. Era demasiado joven, demasiado inocente, demasiado ilusa como para jugar a cazar a un hombre rico.

–¿Qué pasó?

–Eso tendrás que preguntárselo a Ria –respondió él, cuando un conductor impaciente tocó el claxon detrás de ellos–. Estamos molestando.

Sorrel hizo una señal de disculpas al otro conductor.

–Si nos separamos, atraviesa el pueblo y encontrarás Gable End. Es una casa con una valla blanca y rosas alrededor de la puerta.

–Suena muy bucólico –señaló él con tono burlón.

–Si tenemos suerte, habrá cervezas en la nevera.

Alexander siguió a Sorrel por una vieja puerta de madera, atravesando un camino de arbustos que necesitaban una buena poda.

Unas enormes rosas adornaban el porche, dejando caer sus pétalos como confeti y dándole un toque de cuento de hadas a la escena.

No debería haber ido allí, pensó él. Ni debería haberse presentado en Cranbrook Park. Aunque la verdad era que se lo había pasado muy bien y había disfrutado de ver a Sorrel en su salsa. Lo cierto era que le encantaba estar cerca de ella.

Era placentero y, al mismo tiempo, peligroso, caviló.

Debía tener cuidado…

Sorrel aparcó junto a la furgoneta de los helados que él había visto en la web.

–¿Esta es Rosie? Está en muy buen estado –comentó, al salir del coche.

–La tratamos con mucho cariño –dijo ella, sonriendo–. Puede que pienses que mi pasión por el helado es algo frívolo, pero te aseguro que la llegada de Rosie cambió nuestras vidas.

–Me gustaría escuchar la historia.

–De acuerdo. A ver qué te parece este trato. Yo te cuento mi historia y tú me cuentas la tuya –propuso ella y, sin esperar su respuesta, se dirigió hacia la puerta del jardín–. Prepárate.

Nada más abrir, un perro se lanzó hacia ellos. Cuando Sorrel se echó a un lado, Alexander se llevó todo el impacto.

–¡Abajo, Midge!

–No pasa nada –aseguró él, agachándose para hacer migas con aquel chucho peludo–. Vamos, chica.

–Increíble –murmuró Sorrel, mientras Midge trotaba, obediente, junto a Alexander. Enseguida los tres perros estaban caminando a su lado.

–Ay.

–¿Pasa algo? –preguntó él.

–Si hace sol y la puerta trasera de casa está cerrada, significa que no hay nadie –comentó ella, sacando una llave.

Dentro, la única señal de vida era un gato acurrucado en una mecedora en una cocina pasada de moda.

Sorrel tomó una nota de la puerta del frigorífico.

–«La abuela está demasiado cansada, así que nos vamos a cenar al pub» –leyó ella. Acto seguido, abrió la nevera y le tendió una cerveza–. Debería haberlo pensado.

–Tenías muchas cosas en la cabeza –observó él y dejó la cerveza en su sitio para tomar una botella de agua–. No puedo beber, voy a conducir –dio un largo trago de agua–. Ahora, la pregunta del millón –anunció, mientras Midge se apoyaba extasiada en su rodilla, recibiendo sus caricias–. ¿Sabes cocinar?

–¿Cocinar?

Era obvio que Sorrel había pensado seguir el ejemplo de su familia e ir a cenar fuera pero, después de habérsela robado a un hombre que no la escuchaba, Alexander no estaba dispuesto a compartirla con un pub lleno de gente. La quería solo para él.

–Me prometiste una cena casera.

–Las promesas están hechas para romperse... –murmuró ella, medio en serio, medio en broma.

Alexander tuvo unas ganas terribles de besarla.

Debía contenerse...

–¿Están hechas para romperse?

–En este caso, es por tu propio bien –le dijo, riendo–. De verdad.

–¿No sabes cocinar?
–Sé usar un abrelatas y quemar tostadas –admitió, y se encogió de hombros–. Lo siento, pero llevar mi negocio me ocupa todo el tiempo.
Sorrel se apoyó en la mesa de la cocina, lo bastante grande para doce personas. Estaba muy hermosa con su vestido verde pepino, que se ajustaba a su silueta y ocultaba el picante que él sabía que ardía en su interior. Solo tenía que alargar la mano hacia ella, quitarle los pasadores que le sujetaban el pelo en un moño, soltárselo y...
–¿Y tú? ¿Cómo sobreviviste en la jungla?
¿Significaba eso que, como él, Sorrel también prefería que se quedaran en casa, a solas?, se preguntó Alexander y le dio otro largo trago a la botella de agua. Aunque el agua estaba helada, no lo ayudó mucho.
–No me moría de hambre –reconoció él–. ¿Qué se puede cocinar aquí?
–Veamos.
Sorrel pasó por encima de un terrier, demasiado viejo y artrítico para llegar a la mano de Alexander. Él se agachó y le acarició la cabeza.
–Ay.
–Es la segunda vez que dices eso con ese tono. Sospecho lo peor.
–Geli lleva toda la semana en Londres. Mis abuelos han estado todo el día en la heladería. Nadie ha hecho la compra –señaló ella y le mostró el interior de la nevera–. Solo hay un poco de queso, leche, un par de latas de cerveza y agua.
Cuando Sorrel se giró para mirarlo, sus piernas se rozaron. Sus labios estaban solo a unos milímetros de distancia.
Midge interrumpió el momento, exigiendo atención.
Ella apartó la vista.
Alexander contuvo el aliento. No debería estar allí, pensó. Lo más inteligente sería ir al pub a cenar.
–Las opciones son limitadas, pero si sabes hacer una tortilla de queso, yo puedo ocuparme de la ensalada –sugirió ella.
–Buena idea –comentó Alexander, dando por perdida su última oportunidad de escapar a la tentación–. Pero nos faltan los dos ingredientes más importantes, huevos y ensalada.
–Eso no es problema. Ven conmigo.
Sorrel cerró la puerta de la nevera, tomó una vieja cesta y se dirigió al jardín, hasta un pequeño huerto de patatas, cebollas, zanahorias, guisantes y judías. También había apetitosas lechugas, rábanos y tomates.
–Aquí está la ensalada –le mostró, y señaló un poco más allá, a un gallinero bajo un gran manzano en flor–. Y los huevos.
–Sois bastante autosuficientes –observó él, mientras unas cuantas

gallinas pasaban ante sus narices, buscando gusanos en la tierra.
–Hubo un tiempo en que era una necesidad. Yo lo odiaba –le confesó–. Cuando era pequeña, esto era un jardín de flores, como los que se ven en las revistas de decoración.
–¿Y qué pasó?
–Lo que siempre le pasa a esta familia, Alexander. Que un hombre lo estropeó todo.
–Me siento como si tuviera que disculparme, pero no sé por qué.
Cuando Sorrel meneó la cabeza, se le escapó un rizo del moño.
–Mi abuela siempre ha sido un poco frágil emocionalmente, desde que fracasó su matrimonio. Luego, mi madre murió y la dejó sola con tres niñas. Era presa fácil para el tipo de hombre que busca una viuda solitaria y rica. Ella necesitaba a alguien en quien apoyarse –recordó Sorrel y suspiró–. Todos lo necesitábamos. Él nos alegró la vida en unos momentos muy difíciles. Nos daba toda clase de caprichos, nos llevaba de paseo, nos devolvió la sonrisa. Todos pensamos que era maravilloso. Nos encandiló a todos, pero era una mentira. Se llevó todo lo que teníamos y más.
–¿Lo encontró la policía?
–No lo denunciamos. ¿Para qué? Mi abuela había firmado todos los pagarés y no creo que él usara su verdadero nombre.
–Aun así.
–Lo sé. Lo más probable es que hiciera lo mismo a otras mujeres, pero Elle temía que, si la policía descubría que nos habíamos quedado en la pobreza, los servicios sociales querrían llevarnos a Geli y a mí.
Alexander miró a su alrededor. Tal vez habían pasado malos tiempos, pero habían conseguido sobrevivir. Entonces, comprendió lo que había convertido a Sorrel en una mujer tan fuerte, capaz de aferrarse a su objetivo con uñas y dientes. Eso era lo que hacía falta para triunfar en los negocios, pensó.
–Conseguisteis conservar la casa, al menos.
–El estafador nos la habría quitado si hubiera podido. Por suerte, nuestro abuelo la había dejado en un fondo fiduciario para sus nietas y no podía ser vendida hasta que la más joven cumpliera veintiuno.
–¿Tu abuelo no confiaba en tu abuela?
–No fueron felices en su matrimonio. Él se pasaba casi todo el tiempo trabajando en el extranjero. Lo que más le preocupaba, en realidad, era mi madre, una madre soltera en serie. Había tenido tres hijas de hombres diferentes y todos la habían abandonado. Elle cree que lo hizo a propósito, que quería tener hijos y una familia, pero no quería un marido, después de todo lo que había visto sufrir a sus padres.
–¿Entonces no conoces a tu padre?
–Ninguna de nosotras los conocemos –confesó ella y se encogió de

hombros, como si no le importara.
–¿Cómo pudisteis salir adelante? –preguntó él.
–Elle nos mantuvo unidas. Vendió todo lo que había de valor en casa para pagar las deudas y, en vez de estudiar, se puso a trabajar como camarera para asegurarse de que no pasáramos hambre. Se merece toda la felicidad que tiene.
Y no solo su hermana se la merecía, pensó Alexander.
–¿Cuántos años tenías cuando murió tu madre?
–Trece. Tenía cáncer –explicó ella–. Nos quedamos las cuatro solas hasta que llegó mi tío abuelo, Basil.
–¿Es el hermano de tu abuelo?
Ella asintió.
–Ha sido muy bueno para mi abuela. Es una mujer nueva desde que él llegó –afirmó Sorrel con una sonrisa, dejando atrás los malos recuerdos–. Vaya, estas viejas gallinas solo han puesto un huevo... ¿Te gusta el caldo de pollo? –preguntó con una sonrisa.
–Sí, eso vais a tener que hacer al final con ellas –contestó Alexander, riendo, y la rodeó con un brazo para regresar a la casa–. No te preocupes. Claudicaré. Estoy dispuesto a comer en el pub.
–Buena decisión. Dame cinco minutos para cambiarme.
–No tan deprisa –replicó, sin soltarla de la cintura–. Tengo una condición.
–¿Cuál? –preguntó ella y alzó la mano para colocarse un rizo rebelde detrás de la oreja. Sin embargo, él se le adelantó y lo hizo por ella.
–Yo elijo el pub.
Sorrel dejó de respirar.
Durante un momento, recordó cuál era su objetivo en la vida. Quería establecerse con un hombre serio y de fiar, alguien que siempre estuviera allí. Pero, con la mano de Alexander en la cintura y su voz sensual envolviéndola, todo lo anterior carecía de sentido.
Él le acarició la mejilla, trazando un camino de fuego a su paso.
Estaban tan cerca que Sorrel solo podía ver sus ojos. Todo lo demás desapareció a su alrededor, el aroma a lilas y a hierba, el canto de los pájaros, el agitado cacareo de las gallinas. Su mundo se convirtió en un par de ojos profundos como el océano. Y se estaba hundiendo en ellos... solo quería ser besada, sentir sus caricias...
Alexander la atrajo más cerca hasta que sus cuerpos estuvieron pegados el uno al otro.
–¿Algún problema?
Sorrel sintió que el mundo se ponía cabeza abajo. Todas sus certezas y seguridades se desvanecieron. Sabía que en una semana o un mes él estaría en la otra punta del globo. Sin embargo, había momentos que no podían dejarse escapar.

–No… –balbuceó, a pesar de que una docena de razones para negarse le asaltaban la mente, pues sabía que él le estaba pidiendo su permiso para mucho más que para elegir el pub–. Sí…

Con un supremo esfuerzo de voluntad, Sorrel se apartó, dejando que corriera el aire entre ellos para poder respirar. Y pensar. Se sentó en el viejo banco del porche antes de que le fallaran las piernas.

–Yo no hago estas cosas –señaló con voz temblorosa, deseando tocarlo y ser tocada por él–. No soy como mi madre –añadió y, al oírse a sí misma, se sintió como una traidora.

–¿No? Ella sabía lo que quería e iba tras ello. ¿No es eso lo que tú haces?

Capítulo 12

Lo único que necesito es amor, pero un poco de helado tampoco me sentaría mal.

Del *Libro de los helados,* de Rosie.

Sorrel levantó la vista hacia él.

–No lo entiendes.

La verdad era que Alexander sí la entendía. Lo mejor que podía hacer irse en ese momento, se dijo.

Podía tomar un vuelo a Pantabalik esa misma noche. No sería difícil.

Siempre le había resultado fácil irse, en el pasado. Incluso cuando había estado comprometido con Julia, no había tenido reparos en volver a su jungla.

Aun así, la tomó de la mano y habló.

–Ria tuvo un bebé.

Ella abrió los ojos como platos.

–Pero ella no... Ella nunca...

–No. Mi padre le dio dinero para que se deshiciera del bebé, pero ella no lo hizo. Ria es bipolar y tiene altibajos muy marcados. Un día, cuando estaba en la fase maniaca, se llevó al recién nacido para presentárselo a mi padre. Puedes imaginarte cómo reaccionó él.

–Pobre Ria.

–Se vino abajo con una depresión postparto aguda. Comenzó a tener alucinaciones, a agredirse a sí misma... Le quitaron el bebé, la pusieron en tratamiento y, cuando se recuperó, su madre y mi padre habían dado al niño en adopción. Desde entonces, Ria no ha dejado de buscar a su hijo, mi hermano.

–¿Así os conocisteis?

–Encontré cartas de Ria y de su madre entre los papeles de mi padre, después de su muerte –explicó él y se interrumpió con un nudo en la garganta.

–¿Te pusiste en contacto con Ria con la esperanza de encontrar a tu hermano?

–Sí. Al parecer, el bebé fue enviado al extranjero.

–Alexander... Lo siento mucho –dijo Sorrel, apretándole la mano–. Ojalá Ria hubiera confiado en mí para contármelo.

–No es por ti, Sorrel –aseguró él, meneando la cabeza–. Nunca habla

de ello con nadie. Sigue sintiéndose muy culpable.

–No debería.

–No.

–Me alegro de que te tenga para apoyarla.

–He hecho todo lo que he podido. Esperaba que la heladería la ayudara a concentrarse en algo.

–Entiendo por qué te quiere.

–Yo también la quiero. Pero no así –señaló él–. No así.

¿Así?

Sorrel oyó sus palabras, mientras Alexander la miraba con tal intensidad que por un momento creyó que se refería a algo más que a la ardiente atracción sexual que vibraba entre los dos.

Pero eso era ridículo, se dijo. Apenas se conocían.

Aun así, Sorrel casi no podía respirar. Era como si hubiera sido despertada de pronto de un largo sueño...

–¿Así?

Con el corazón acelerado, alargó la mano y le tocó la cara, trazándole un camino de besos desde la sien a los labios, provocando chispas a su paso.

–Olvídate del pub –dijo–. Podemos pedir pizza. Pero ahora mismo, lo único que quiero comer es a ti.

Sin esperar respuesta, atrapó el labio inferior entre los suyos y lo succionó, ansiado devorarlo, saborearlo. Y Alexander respondió como un muerto de hambre delante de un banquete.

Envueltos en un beso interminable y abrasador, consiguieron llegar al pequeño apartamento que ella se había hecho en el desván.

Sorrel no podía percibir más que la boca de Alexander, sus manos debajo de la falda, en los muslos. Le quitó la camisa por encima de la cabeza, desesperada por ver con sus ojos lo que había estado imaginando desde que lo había conocido.

Sin aliento, llegaron a la cama, riendo mientras él le bajaba la cremallera del vestido. Ella se quedó de pie con ropa interior blanca con lunares verdes y unas medias que le llegaban a medio muslo. De pronto, ninguno de los dos reía.

–Hermosa... –susurró Alexander con voz ronca, mientras le besaba el cuello.

Cuando Sorrel se apretó contra él, ansiando más, Alexander le desabrochó el sujetador y le acarició un pezón con la punta del dedo. Luego, con la lengua, mientras ella jadeaba de placer.

–Muy hermosa...

–Alex... –gimió ella, suplicante. Quería sentirlo, poseerlo.

Alexander la tumbó en la cama.

–¡Espera! –le ordenó–. Espera... –repitió. Quería que él recordara su encuentro cuando estuviera en la otra punta del globo, en medio de la

jungla o caminando en una playa tropical. Quería que, al menos, pudiera llevarse su recuerdo consigo.

Él sonrió y se tumbó hacia atrás, relajado, con los brazos por encima de la cabeza, rindiéndose.

–Sírvete tú misma.

Minutos después, Alexander la abrazó hasta que ella volvió en sí después del orgasmo, abriendo los ojos a un nuevo mundo.

–Para haber esperado tanto tiempo, parecías tener mucha prisa.

–Lo siento. ¿Tú te has…?

–Sí –afirmó él, envolviéndola con su brazo para que ella apoyara la cabeza en su hombro–. Pero la próxima vez iremos más despacio. ¿Dijiste algo de una pizza?

«La próxima vez»…, se repitió Sorrel para sus adentros. Eso implicaba que él quería repetir.

–Siento lo de la cena.

–No pasa nada. Todavía me la debes, así tendré una excusa para volver.

–No necesitas una excusa. Podemos volver a hacerlo cuando quieras.

–Dame un momento para recuperarme –le pidió él, sonriendo–. No soy un adolescente.

–No, gracias al Cielo.

Con el teléfono en la mano, Alexander la miró. De inmediato, la pizzería respondió su llamada e hizo el pedido.

–De acuerdo. Tenemos treinta minutos. ¿Quieres hablarme de ello?

–¿De qué? –preguntó Sorrel, desperezándose.

–¿Cómo es posible que hayas llegado virgen a los veintitrés años?

–No soy virgen… –balbuceó y, cuando él arqueó una ceja con gesto expresivo, se corrigió–: No lo era…

–¿No? Tengo que comunicarte que el adolescente que me precedió no consiguió mucho.

–¿No? –Sorrel sonrió, tan relajada que se sentía pegada a la cama–. Yo tenía diecisiete años y él, dieciocho. Estaba enamorada.

–Un chico con suerte.

–Pensé que yo era que quien tenía suerte. Era el capitán del equipo de rugby, tenía una plaza en Oxford y me había elegido a mí para acompañarlo a la fiesta de fin de curso –recordó–. Consiguió las llaves del vestuario del gimnasio, pero estaba un poco… demasiado ansioso.

–¿Me estás diciendo que te decepcionó tanto que no volviste a intentarlo?

–Bueno, no fue como en las novelas románticas que había leído. Aunque imagino que, si hubiéramos tenido la oportunidad de practicar, habríamos conseguido superar la primera vez.

–Sin duda –afirmó él, quitándole un mechón de pelo de la frente–.

¿Pero por qué has esperado tanto para intentarlo de nuevo?

–¿Tengo que contártelo?

Sorrel no quería hablar de su pasado. Había tardado demasiado tiempo en superarlo.

–Yo te he contado mi historia. Te toca a ti.

¿Qué podía pasarle por contárselo?, se dijo Sorrel. Nunca le había hablado de ello a nadie, ni siquiera a sus hermanas. Había llevado la carga ella sola durante demasiado tiempo.

–De acuerdo. Después de aquello, él se fue a la discoteca y bebió de más. Al llegar a casa, hizo lo que cualquier chico de dieciocho años habría hecho.

Alexander frunció el ceño, sin entender.

–Se quitó la ropa y la dejó tirada en el suelo para que su madre la recogiera y la lavara –explicó ella.

–¿Y encontró una caja de preservativos?

–En la que faltaba uno.

–¿Y? El chico estaba en la edad, ¿no? Al menos, había tomado precauciones.

–No era por lo que había hecho, Alexander, sino por con quién lo había hecho. Mi madre tenía tres hijos de diferentes hombres.

–¿La madre de tu novio dio por hecho que ibas a seguir sus pasos?

–Éramos tres niñas sin el apellido del padre, viviendo solas con una abuela que había perdido todo su dinero en manos de un estafador... Su imaginación comenzó a volar y, para evitar peligros, envió a su hijo a Estados Unidos a pasar el verano.

–Él podría haberse negado.

–Ya, pero tenía que elegir entre quedarse conmigo o irse a pasar el verano a la playa con cientos de americanas que se volverían locas por su acento español –repuso ella. En su día, le había dolido como un cuchillo en el corazón, pero había sido hacía mucho tiempo–. En el fondo, creo que él pensaba de mí lo mismo que su madre.

–Ah. ¿Y eso fue todo?

–A la mañana siguiente, cuando fui a verlo, su madre me dijo que era una cualquiera y que quería echarle el lazo a su hijo quedándome embarazada. Supongo que por eso él me había elegido como su pareja, porque había pensado que era una chica fácil.

–Bueno, pues les has demostrado que se equivocaban.

–Sí. Por fin, entendí por qué Elle no salía con nadie.

–¿No salía con nadie?

–Nuestra familia atrae el escándalo como la miel a las moscas.

–¿Es que hay más?

–Mi abuela se dio cuenta demasiado tarde de que no quería estar con el hombre con quien iba a casarse...

–¿Demasiado tarde? No es demasiado tarde hasta que se hacen los

votos –comentó él. De pronto, su sonrisa se desvaneció.

–Es mejor admitir el error antes de la boda –dijo ella, tomándole el rostro entre las manos, para mirarlo con ternura.

Durante un momento, Alexander se resistió. Finalmente, sonrió.

–Tienes razón. No puedes esperar que una mujer te espere durante meses, años...

–¿Cómo se llamaba? –quiso saber ella.

A Sorrel le pareció que pasaba una eternidad, hasta que él habló.

–Julia. Se llamaba Julia. Decidió que el padrino era una mejor inversión. Le encargue a él que organizara la boda. Los dos fueron juntos a hablar con el cura, a elegir la sala de banquetes... hicieron todo lo que debería haber hecho yo en vez de estar jugando a Tarzán de los monos.

–¿Eso te dijo ella?

–Estaba enfadada y tenía todo el derecho a estarlo.

–Pero ya sabía a qué te dedicabas antes de prometerse contigo, ¿no?

–Supongo que dio por hecho que dejaría mis expediciones. Puede que hasta yo lo creyera –reconoció él y la miró–. No pienso volver a cometer ese error.

–No.

«Mensaje recibido y comprendido», se dijo Sorrel.

Él se iría...

Entonces, el timbre de la entrada rompió la tensión.

–Debe de ser la pizza.

Alexander la besó, se levantó de la cama y se puso los pantalones.

Sorrel se recostó en la almohada, esperando que volviera. Cuando vio que tardaba, empezó a entrar en pánico. Todo aquello era nuevo para ella. Lo más probable era que él estuviera esperando que bajara, pensó.

Así que se levantó, se puso unos vaqueros y una camiseta y se fue al baño a lavarse la cara.

Cuando regresó al dormitorio, Alexander estaba tumbado en la cama. Tenía los pantalones desabotonados en la cintura y una caja de pizza sin abrir sobre el regazo.

–Estás muy vestida –observó él.

–Me da indigestión si como en la cama –explicó ella. Y era cierto–. Y los perros necesitan dar un paseo.

–Tu familia puede volver en cualquier momento.

–No lo había pensado, pero supongo que sí. Mi abuela no querrá estar fuera hasta muy tarde.

–De acuerdo –dijo él, poniéndose en pie con un grácil movimiento–. Comeremos, daremos un paseo y luego...

–¿Luego?

–Luego, te daré un beso de buenas noches y me iré a casa –

contestó–. Es mejor que no les demos que hablar a los vecinos.

–¿Sí?

Decepcionada, Sorrel pensó que le importaba un pimiento lo que pensaran los vecinos. Al parecer, se parecía más a su madre de lo que había creído, reflexionó.

–Además, mañana tenemos que madrugar –indicó él.

–¿Ah, sí?

–Si vamos a ir a Gales a buscar a Ria, tenemos que salir temprano.

–¿Vas a venir conmigo?

–No, tú vas a venir conmigo –respondió Alexander, mientras bajaban las escaleras. De pronto, se detuvo, como si se le hubiera ocurrido algo–. También puedes venir conmigo esta noche, así ahorraríamos tiempo.

–¿Ir contigo? –preguntó Sorrel. ¿A su mansión?

–Mi nevera está mejor abastecida que la tuya y no tenemos que preocuparnos por si hacemos ruido –comentó él, encogiéndose de hombros.

–¿Qué ruido?

–Eres un poco gritona.

–¡No es verdad!

Alexander miró al techo con gesto burlón.

¿Gritaba?, se preguntó ella, sin poder evitar sonreír.

–Igual es mejor, tienes razón. Si la gente ve tu coche aparcado delante de mi casa, seremos la comidilla del pueblo mañana –señaló Sorrel. Si Graeme iba a enterarse, era mejor que fuera por ella–. Por eso de los gritos.

–¿Por qué tu abuela no le devolvió el anillo de pedida a tu abuelo sin más?

–Ya sabes cómo son esas cosas.

Se habían llevado la pizza al jardín y se habían tumbado en la hierba. A Sorrel le dolía un poco el cuerpo, en sitios que no había sabido que tenía, pero era un dolor agradable y recordar qué lo había causado le hacía sentir segura de sí misma, algo nuevo para ella.

–Dímelo, venga.

Sorrel miró al cielo, siguiendo el movimiento de una nube, sin querer posar los ojos en él, pues sabía que estaba pensando en otra mujer.

–El vestido ya está hecho, el banquete encargado... El salón está lleno de regalos, botellas de champán esperan en la bodega –dijo ella–. Hace falta tener mucho valor para romper las expectativas de todo el mundo y anular una boda.

–¿Tú habrías hecho lo mismo que ella? –quiso saber él.

–Espero que no –contestó–. Pero ahora son tiempos distintos y mi abuela había desafiado a su familia para casarse con mi abuelo. Sus opciones eran volver a casa y admitir que se había equivocado o seguir adelante con la boda. Ella eligió vivir con las consecuencias de su decisión. Los dos fueron muy infelices, tanto él como ella.

Alexander tomó un pedazo de pizza, pensativo.

–Háblame de tu madre.

Entonces, fue Sorrel quien se quedó callada, repasando un entresijo de recuerdos, algunos buenos, otros, malos.

–Se negaba a seguir ninguna regla que no fuera suya. Se quedó embarazada a los diecisiete años, después de tener una aventura con un cómico que había venido al pueblo con la feria de primeros de junio. Un patrón que repitió otros años –le contó–. Las tres hermanas cumplimos los años casi el mismo día.

Alexander sonrió.

–Seguro que tu madre tenía muchas ganas de que llegara el verano cada año.

–El resto del año también le interesaban los hombres. Se teñía el pelo de rubio, se ponía ropas llamativas y joyas que se hacía ella misma. Los hombres se daban la vuelta para mirarla allí donde iba.

–No tendría muchas amigas en el pueblo...

Sorrel menó la cabeza. Las mujeres del pueblo no habían tenido por qué preocuparse con su madre.

–Cuando quería tener otro hijo, elegía a un hombre que solo estuviera de paso.

–Como elegir a un donante de semen. Aunque más divertido que la inseminación artificial.

–Se le daba muy bien divertirse –admitió ella, sonrojándose.

–Eso no tiene nada de malo –aseguró él, acariciándole la mejilla.

–No... –murmuró ella. Lo que estaba haciendo en ese momento no era buscar diversión, pensó. Sentía algo mucho más profundo por él, aunque no pensaba decírselo–. Solía llevarnos a saltar en los charcos cuando llovía. Y, cuando nevaba, nos llevaba a la montaña a tirarnos en bolsas de basura pendiente abajo, hasta que acabábamos agotadas. Luego, nos daba de comer sopa de tomate de un termo –recordó, sonriendo y, a la vez, con los ojos llenos de lágrimas de la emoción.

–Si era tan divertido, ¿por qué lloras?

–Porque nunca se lo dije –contestó Sorrel, levantando la vista hacia él–. Debería haberle dicho...

–¿Crees que no lo sabía?

–Mi madre vivía cada día como si hubiera sabido que no le quedaba mucho tiempo –señaló, y tragó saliva, con un nudo en la garganta–. Yo la odiaba por ser tan diferente... –confesó–. Quería una madre que fuera como las demás, una madre normal.

–Eso es natural, Sorrel –comentó él, abrazándola–. Son cosas de la edad. Ella lo entendería.

–Ya lo sé. Y eso solo hace que me sienta más culpable.

–Todos nos sentimos un poco culpable cuando perdemos a un ser querido.

–Pero es difícil vivir con esa carga en un pueblo como Longbourne.

–Sin duda. Pero no es por tu madre, ¿verdad? –adivinó él–. Es por todos los hombres que te han abandonado a lo largo de tu vida.

–Sí... Tal vez –reconoció, tragando saliva–. Estaba esperando que llegara el hombre perfecto.

–Ah. Entiendo por qué llevas seis años esperando.

–No... –repuso. Tenía que contárselo–. Lo encontré hace mucho. Graeme cumplía todos los requisitos.

–¿Graeme Laing? ¿Y sabe él que es el elegido?

–Tenemos una especie de acuerdo implícito de que nos casaremos algún día.

–Pero si tiene edad para ser tu padre, Sorrel. Por eso te habla como si fueras una niña.

–Al menos, no es la clase de hombre que te besa y te deja tirada –señaló ella.

–Parece que tampoco es la clase de hombre que lucha por ti. No hizo nada para impedir que me fuera contigo.

–Tienes razón –admitió, pensando que, si hubiera compartido con Graeme la mitad de la química que tenía con Alexander, se habrían acostado hacía mucho tiempo–. No hay chispa entre nosotros. Sin embargo, cuando posé los ojos en ti... ¿Alguna vez has probado esos caramelos que explotan en la boca?

Él sonrió.

–Así me sentí cuando te vi. Como si tuviera caramelos que explotan debajo de la piel.

Capítulo 13

Un poco de helado es como una aventura amorosa, una dulce liberación pasajera que levanta el ánimo.

Del *Libro de los helados,* de Rosie.

DESPUÉS de su confesión, Sorrel se sintió por completo vulnerable.

–Yo no puedo ser tu hombre ideal, Sorrel –señaló él tras un momento.

–Lo sé. No cumples ni uno solo de mis requisitos –comentó ella, tumbada en la hierba, mirando al cielo sobre sus cabezas–. Te irás dentro de unos días. Pero, al menos, me has liberado de la camisa de fuerza que me sujetaba desde mi primera experiencia a los diecisiete años.

–Eso es mucha responsabilidad.

–¡No! –exclamó ella, tocándole el rostro–. Yo no soy Ria. No tienes que sentirte responsable por mí. Nunca te llamaré para que vengas a salvarme.

–Quiero que sepas que intenté resistirme a la tentación. Traté de irme ayer.

–Lo sé. Los dos lo intentamos. Pero la atracción era más fuerte que nosotros. No lo pienses. Solo disfruta el momento –dijo ella–. Es lo que mi madre decía siempre –añadió, riendo, y lo besó.

–Vamos –propuso Alexander, tomándola de la mano para levantarse–. Por si no te habías dado cuenta, los perros se han comido casi toda la pizza. Te prepararé algo en mi casa.

Entonces, sonó su teléfono.

–¿Alexander?

–¡Ria!

–Ah, ahí estás. ¿Por qué tardabas tanto en contestar?

–Te he dejado un montón de mensajes. Sorrel te ha llamado también...

–Ah... lo siento. Es que estoy en Estados Unidos. Apagué mi móvil cuando me di cuenta de lo que caro que era recibir llamadas aquí. Me he comprado uno nuevo.

–¿En Estados Unidos? ¿Qué diablos estás haciendo allí?

–Te lo dije cuando te llamé.

–No... –murmuró él. ¿O tal vez sí? Había habido un huracán y la

conversación se había oído entrecortada–. Me pediste que viniera cuanto antes.

–No... Quería quedar contigo en San Francisco. Llamé a tu ayudante y me dijo que ya habías salido. Al ver que no venías, estaba preocupada...

–¿Y qué pasa con los impuestos y todas las facturas?

–Eso no es importante. Lo arreglaré cuando vuelva.

–¿Cómo que no es importante? ¿Y qué pasa con Sorrel? –inquirió él, furioso–. Hoy ha tenido un evento importante y la has dejado tirada.

–¿No era la semana que viene?

–¡Ria! ¿Qué estás haciendo en América?

–Es por... Michael. Está aquí. He encontrado a mi hijo, Alex. Tu hermano... –contestó Ria y rompió a llorar.

Alexander se quedó sin habla y Sorrel le tomó el teléfono y se puso de acuerdo con Ria.

–Te llamará cuando tenga el número de vuelo –dijo Sorrel al auricular–. No... nos las hemos arreglado. Pero mándame tu receta para el helado de chocolate con chile por e–mail, por favor... Genial... No te preocupes, ya hablaremos cuando vuelvas.

Cuando colgó, Sorrel abrazó a Alexander, que estaba temblando. Lágrimas le rodaban por las mejillas.

–¿Por qué estás triste? Has encontrado a tu hermano.

–¿Y si no quiere conocerme?

–Seguro que sí –afirmó ella con decisión–. Toma, reserva tu vuelo –lo urgió, entregándole el móvil.

Alexander hizo la gestión y la informó de que salía a las siete y media de la mañana del día siguiente.

–Podrías venir conmigo.

–No. Es cosa de Ria y tuya. Y yo tengo mucho que hacer aquí si quiero ser millonaria antes de los veinticinco –replicó ella, mirándolo a los ojos–. Aprovechemos esta noche al máximo.

Alexander se levantó a las cinco a la mañana siguiente, se vistió y, antes de irse, le lanzó una última mirada a Sorrel.

Estaba tan hermosa...

–Vete o perderás el avión –lo urgió ella, abriendo los ojos con gesto somnoliento.

Alexander la abrazó y saboreó sus labios, tratando de guardarse su sabor en la memoria.

–Vamos, tu hermano debe de estar impaciente por verte.

–Sí... –murmuró él. No había nada más que decir. Los dos sabían que, desde San Francisco, regresaría a Pantabalik, aunque solo fuera para no tener que volver a despedirse de ella otra vez.

Sorrel esperó a que él cerrara la puerta y se abrazó a su almohada, inspirando hondo. Apenas habían dormido en toda la noche. Habían hecho el amor y no habían dejado de abrazarse ni un momento. Pero era mejor no ponerse sentimental. Tenía que seguir con su vida, se dijo. Así que se levantó, se duchó, se puso la ropa interior limpia que había llevado en su bolsa de viaje, sus vaqueros y la camiseta de Alexander. Debatiéndose entre sonreír y llorar, llamó a un taxi.

Hizo una primera parada para ver a Graeme.

–¿Saliste hasta tarde anoche? –le preguntó él con sarcasmo, al verla llegar.

–No, en realidad, no –contestó–. He venido porque quería decirte... –señaló y tragó saliva. No hacían falta las palabras. Debía de llevarlo escrito en el rostro. Incluso se había puesto la camiseta de Alexander–. Odio la ópera.

–Podrías haberlo dicho antes.

–Tienes razón. Debería haberlo hecho. Has sido un buen amigo, Graeme y te estoy muy agradecida. Pero no quiero seguir saliendo contigo.

Él suspiró.

–Hubieras sido la esposa perfecta. Eres elegante, inteligente...

–No se trata de ser perfectos, Graeme. El amor tiene también un ingrediente de magia –afirmó Sorrel y lo besó en la mejilla–. Gracias por todo –dijo y, antes de irse, añadió–: ¿Sabes que a Ria le encanta la ópera? Volverá de San Francisco la semana que viene y sería una lástima que nadie utilizara esa entrada.

Horas después, Sorrel habló con Ria por teléfono, le explicó sus planes, y saludó a Michael.

Entonces, recibió un mensaje de texto de Alexander, que le decía que acababa de llegar al aeropuerto de San Francisco y que estaba nervioso. Ella le dio ánimos y, cuando colgó, se quedó abrazando el teléfono, melancólica.

Días después, volvió a escribir a Alexander para darle las gracias por una orquídea que le había encargado por internet. También le contó que había creado un nuevo helado con caramelo que explotaba en la boca.

–Lo hice pensando en ti, pero creo que le falta algo. ¿Alguna idea?

Alexander se llevó a la nariz la camiseta que Sorrel había llevado la última vez que se habían visto, que se había llevado como recuerdo. Olía a hierba, vainilla, fresas...

–Fruta de la pasión –le sugirió.

Un par de días después, Alexander le envió la foto de una mariposa azul y violeta gigante, para que Sorrel viera que en la jungla había algo más que mosquitos.

Ella le dio las gracias en otro mensaje electrónico, comunicándole que la fruta de la pasión había quedado perfecta en el helado.

Alexander se quitó la mochila y estiró los músculos antes de mirar si tenía algún nuevo mensaje de Sorrel. Después de una larga caminata, era como un soplo de aire fresco para él...

Cada día, su intercambio de mensajes lo hacía sonreír, le hacía desear estar a su lado, sentirla entre sus brazos, inspirar su aroma.

Le envió fotos de las plantas que había encontrado, de los nativos. También le mandó una de la última playa donde había dormido bajo las estrellas. Sin embargo, en vez de tumbarse a disfrutar del momento, solo había podido desear que ella estuviera allí, compartiéndolo con él.

Julia solo se había comunicado con él para preguntarle cuándo volvía. Ria solo lo hacía cuando necesitaba algo. Pero Sorrel era distinta, caviló Alexander.

Ella se interesaba por lo que estaba haciendo, por lo que había descubierto, por cómo había podido secarse los calcetines después de un día de lluvia.

Sin embargo, después de escribirse a diario durante semanas, llegó un día en que Alexander no encontró ningún mensaje esperándolo. La ausencia de aquel momento de calidez lo dejó con una extraña sensación de vacío.

Aunque intentó no darle importancia, pues sabía que ella debía de estar muy ocupada con su negocio, no pudo evitar sentirse descorazonado. Hundido.

Cuando, al día siguiente, tampoco tuvo ningún mensaje, la desesperación se apoderó de él y empezó a imaginar todo tipo de desastres. ¿Habría tenido Sorrel un terrible accidente? ¿Estaría en coma en el hospital?

Pensó en escribirle, preguntándole si todo iba bien, pero se contuvo. No tenía por qué preocuparse. Sin duda, estaba exagerando. Dos días sin mensajes no eran para tanto. Además, si le hubiera pasado algo, Ria lo habría llamado, se dijo.

Sin embargo, a la una de la madrugada, después de horas dando vueltas sin poder dormir, decidió llamarla. En Longbourne era la hora de comer, pero Sorrel no contestó. Cuando saltó el buzón de voz, Alexander colgó. De pronto, comprendió que se estaba engañando. Quería estar con ella, abrazarla.

No podía imaginarse la vida sin ella...

–Alex... –lo llamó uno de sus ayudantes–. Uno de nuestros rastreadores ha traído algo que te va a interesar.

Era una hoja de la planta que había estado buscando durante tres años.

–Ocúpate de todo, Peter. Ya sabes lo que hay que hacer. Yo tengo que irme a casa –dijo Alexander, metiendo sus pocas pertenencias en su bolsa.

–¿Yo? Pero el mérito es tuyo. Después de todo este tiempo... ¿Es que has tenido una emergencia familiar?

–Algo así.

Cuando llegó a un recodo del río, vio a Sorrel parada a pocos metros, mirando el teléfono que tenía en la mano.

Alexander nunca había visto nada tan hermoso en toda su vida.

Era la mujer que amaba. Y quien lo amaba a él...

–Alexander... –dijo ella, sorprendida–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Odiaba pensar que estarías saltando charcos sola.

–¿Has venido desde la otra punta del mundo para saltar charcos?

–Contigo.

Entonces, antes de que ella pudiera reaccionar, Alexander la tomó entre sus brazos.

–¿Es que no hay charcos en Pantabalik?

–No los que yo busco –repuso. Tenía que decírselo. En ese momento–. Hay otra razón por la que he venido. Te amo, Sorrel. Quiero estar contigo, si tú me quieres.

Sin dejarla responder, la besó, diciéndole sin palabras que no podía vivir sin ella

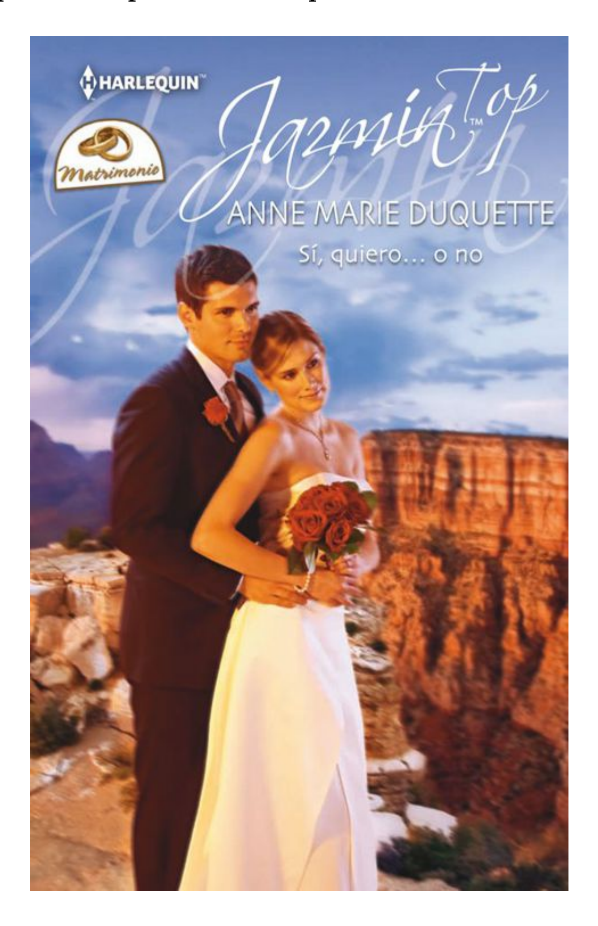
–No pienso marcharme –afirmó él.

–No quiero atarte a mi lado, Alexander. Lo que me importa no es que te marches. Lo importante es que vuelvas.

Seis meses después, Alexander esperaba ante el altar acompañado de Michael, su padrino en la boda.

Cuando el organista comenzó a tocar, Alexander se giró para ver entrar a la novia y se le empañaron los ojos. Ella lo miraba con una sonrisa solo para él, diciéndole en silencio que estaban juntos para disfrutar del momento, de la vida que compartirían hasta el final.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com

Table of Content